

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NUM. 209.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MAYO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
SENADO

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

LA GUERRA Y LA VIDA

CONCEPTO DEL VALOR, APLICADO A ESPAÑA

«Audaces fortuna juvat.»

I

La vida es un continuo riesgo, y la guerra no es otra cosa que un agudo compendio de la vida. Todas las leyes de la guerra son una simple expresión de las leyes compendiadas de la vida. En la lucha armada de los pueblos, como en la lucha económica, idénticos principios llevan á los pueblos al triunfo ó al desastre. El vigor moral de los pueblos se desarrolla en las luchas armadas ó en las luchas económicas por métodos de educación análogos. En uno y en otro caso, antes que atender al ejercicio de las armas hay que atender á vigorizar los espíritus.

Al decir Shakespeare que somos de aquella materia de que se forman los sueños, consideraba la vida como una cosa esencial y nuestro cuerpo como la expresión modular de aquella esencia. Los cambios esenciales en los hombres y en los pueblos han de obrarse en su espíritu. Todos los planes de educación para los hombres y los pueblos han de tender á variar aquella esencia, prescindiendo de las formas: éstas ya se modificarán y plegarán por sí á las fuerzas esenciales.

La vida es un continuo riesgo, y la guerra es una vida compendiada. Nuestro pueblo ha perdido este concepto esen-

cial de la vida. Se quiere obstinadamente sustraer á la lucha, y como éste es forzosamente el medio en que se ha de desenvolver su espíritu, éste se desvigoriza más y más. A un concepto pacífico de la vida corresponderá un espíritu blando; é inversamente, á un espíritu blando corresponde un concepto pacífico de la vida.

Nada puede hacer la inteligencia para salvar al hombre desvigorizado moralmente. El hombre blando zozobra en la vida, fueren cuales fueren la suma de sus cualidades físicas ó intelectuales. En las borrascas de la vida sólo nos puede mantener á flote la capacidad moral. El que lleva dentro de sí una capacidad mayor que el volumen del riesgo que le rodea, sobrenada invariablemente. Y pudiéramos añadir que en el medio borrascoso de la naturaleza y de la vida los pueblos alcanzan la escala de flotación que corresponde á su capacidad moral.

¿Qué da á los hombres y á los pueblos esta capacidad moral? Exclusivamente el ejercicio del valor. Oigamos á Clausewitz: «El valor contra el peligro personal es de doble naturaleza: puede ser, en primer término, indiferencia contra el peligro, ya procedente del organismo del individuo, ya del menosprecio de la vida, ó bien de un hábito, aun cuando en cualquier caso denote un estado de ánimo permanente. En segundo lugar, puede el valor originarse de motivos positivos, tales como la ambición, el amor patrio ó un entusiasmo cualquiera. En este caso el valor no es un estado de ánimo, sino un movimiento del ánimo; esto es, un sentimiento. Se comprende que ambas clases son diferentes. La primera es la más segura porque, constituyendo una doble naturaleza, no abandona nunca al hombre; la segunda produce resultados más vastos. A la primera corresponde particularmente el estoicismo; á la segunda, la audacia: la primera deja la razón más reposada; la segunda la exalta muchas veces, pero también suele deslumbrarla» (1).

(1) *De la guerra*, tomo I, cap. 3.º

Nosotros hemos dado en otra parte una definición del valor que, aun cuando aproximada, es más concreta. Decíamos: «el valor es la resultante de la lucha entablada por la voluntad con el instinto de conservación». Así obran sobre el valor dos causas, las espirituales y las físicas, y parecen darle una doble naturaleza. El salvaje que por indiferencia hacia el peligro, por organización nerviosa ó por hábito no sienta con agudeza el instinto de conservación, habrá de necesitar muy escasa fuerza de voluntad para reaccionar contra el miedo y producirse valor. Pero el hombre civilizado, con una organización nerviosa totalmente distinta y sin los hábitos del peligro agudos en el salvaje, habrá de necesitar una mayor dosis de voluntad que éste para producir una idéntica ecuación de valor. Ahora bien: no se crea por esto que el salvaje posee cualidades de valor superiores á las del hombre civilizado; porque si en el salvaje disminuye el instinto de conservación, en cambio no posee aquella energía de voluntad que busca sus raíces en el espíritu.

La obra de la civilización, como la obra del progreso, tienden á hacer más fácil la vida corporal, y por esa razón menos enérgica; pero en esta debilidad de la energía física hay una compensación en la energía moral. No habría otra manera de sostener á la humanidad en un plano superior.

«Si consideramos—dice Clausewitz—un pueblo inculto y guerrero, veremos que en sus individuos el espíritu militar es más habitual que en los pueblos ilustrados, porque en aquéllos posee este espíritu cada individuo, casi sin excepción, mientras que en los ilustrados no se arrastran las masas sino por necesidad y nunca en virtud de un impulso interno.» Pudiéramos decir que en aquel pueblo inculto su cualidad militar arranca de condiciones corporales, en tanto que en el civilizado ha de arraigar en convicciones morales. Pero la convicción moral en el pueblo no es una cosa abstracta de manifestación colectiva y que sólo á la colectividad mueve; es un producto de las condiciones morales de todos y de cada uno en particu-

lar, como en el salvaje la cualidad guerrera colectiva es la suma de las cualidades guerreras individuales. Si éstas disminuían disminuiría el conjunto, sin que hubiera fuerza humana capaz de hacer recobrar artificialmente mayor valor á la suma, perdido el valor de los sumandos. Esto, que parece tan evidente tratándose del esfuerzo físico, se olvida en lo moral. Y así vemos frecuentemente repetirse en un pueblo, por sus elementos directores, el medio de querer combatir el general descaecimiento atacando con filípicas ó leyes el desfallecimiento colectivo y dejando intacta en su desmoronamiento la labor individual de sus condiciones morales.

Descuidada por sus clases directoras esta labor de educación moral enérgica é individual, colocan á un pueblo en las condiciones del salvaje, y al pedirle valor lo piden al desarrollo de cualidades negativas, como son las del desprecio á la vida, las de la resignación, las del hábito del sufrimiento; y por eso se dan en pueblos civilizados esos casos de estoicismo salvaje. Rusia y España son al presente dos casos elocuentes de pueblos que carecen de valor moral colectivo por no existir una convicción moral, y en cambio son de una convicción corporal extremada para resistir. Todo el proceso educativo individual de estos dos pueblos tiende á anular sus convicciones morales, sus grandes fuerzas positivas del espíritu; y en cambio á desarrollar las negativas de su resistencia corporal, de su resignación, de su hábito de mal vivir.

Estos pueblos han sido abandonados de todo espíritu. Carecen de esa fuerza de voluntad para combatir ofensivamente los riesgos. Son pueblos que resisten á la vida con sus cualidades corporales. Y estos pueblos pronto toman una organización y una estructura defensiva. Su economía política y su política económica es defensiva, y defensiva es toda su organización social en sus diversos miembros. Estos pueblos son todavía de una condición inferior al salvaje, porque aquéllos sufren el influjo de la vida moderna con sus blanduras corporales, y les va faltando cada vez más el asiento del valor que

para acomodarse necesita las rudezas del cuerpo ó las del espíritu.

Un pueblo así es un terreno yermo: ni tiene la lozanía del terreno virgen, ni puede producir las especies superiores del terreno cultivado. Por eso dice Clausewitz: «Pero en los pueblos incultos no se encuentra jamás un gran caudillo, y en contadas condiciones puede hallarse *un genio militar*, porque para esto es preciso el desarrollo de facultades que nunca puede tener un pueblo inculto». Menos fácil es, decimos nosotros, que en estos otros casos de pueblos yermos se pueda dar un hombre de estado; para él hacen falta cualidades superiores, y sin producir «un género diferente de espíritu ó una cualidad de cultura distinta» sólo se producirá comúnmente en este pueblo el tipo del hombre *eludivo*, del *hombre hábil*, de aquel que quiere resistir á todas las cuestiones eludiéndolas, y que entiende, como su pueblo, que vivir es eludir la lucha, y cuando ésta se impone á todo trance resistirla sin afrontarla.

En estas dos frases hemos expresado todo el concepto: las cualidades del espíritu son afrontar; las del cuerpo, resistir. Pero esta resistencia, muy á pesar nuestro, viene aminorada por la falta de hábito, y el hombre civilizado, á medida que es menos apto para resistir la vida, ha de ser más capaz para afrontarla. ¿Cómo dudar de que, á medida que la vida es más compleja, son más complejos los riesgos del espíritu? Desde el salvaje, que no tiene otra cosa que responsabilidades corporales, hasta la inmensa complejidad de responsabilidades morales del hombre civilizado, media toda la inmensidad del espacio histórico que les separa.

Para afrontar toda la responsabilidad moral que al hombre civilizado le viene impuesta, necesita el ejercicio del valor, y los grados de él han de corresponder á los grados de su responsabilidad. Sólo el cobarde no acepta estas responsabilidades y alardea envidiar la suerte del salvaje, pero sin sus arrogancias.

En cada hombre que os hable de fiera independencia hay un timorato y un vencido que desertó de las filas de la responsabilidad. Cada pueblo que alardea de neutralidad ó de independencia social absoluta es pueblo que desertó por no afrontar el progreso, y que elude cobardemente su responsabilidad histórica. El hombre defensivo, como el pueblo defensivo; el hombre y el pueblo que resisten la vida sin ánimos de afrontarla, han perdido la dignidad de su existencia.

Un hombre y un pueblo pueden acudir al manantial de sus resistencias corporales y luchar estoicamente, para con esta resistencia vigorizar su espíritu quebrantado. Pero jamás abandonar el espíritu para entregarse á las resistencias del cuerpo. El cuerpo puede pedir treguas: el espíritu ó lucha siempre ó se entrega á discreción.

En el ejercicio del valor las resistencias corporales son limitadas; no así las del espíritu: por esto á medida que aquéllas decaen ó se consumen, hemos de robustecer éstas.

Es indudable que las cualidades estoicas, cuando son removidas por el espíritu son tan dignas, y el valor que en ellas se cimenta es tan heroico como aquel otro movimiento puramente del espíritu que produce la audacia. Pero cuando el estoicismo lo produce, no una propulsión del espíritu, sino un simple caso de desfallecimiento ó abandono, el hombre ó el pueblo han caído en lo más hondo de su abyección moral. He aquí cómo por la simple intervención del espíritu, cualidades negativas se convierten en positivas.

Hemos dicho antes que el valor sólo puede alojarse entre las rudezas del cuerpo y las del espíritu. Ambas le sirven de sostén, y á las dos hay que atender á medida que las gasten las circunstancias. Vive, pues, el valor entre la audacia y el estoicismo, y unas veces se inclina de un lado y otras de otro; para obrar bien ha de haber entre los dos la holgura que consienta su elasticidad.

*
* *

En los hombres de mérito, pidiéndole al valor su máxima tensión, unas veces se apoyará del lado de la audacia y otras del estoicismo: esto depende de que sea en el hombre más ó menos fuerte el resorte moral ó el físico. Pero en los hombres verdaderamente extraordinarios, en los grandes caudillos y en los grandes hombres, no es posible distinguir de qué lado se apoya su valor supremo, porque salta elásticamente de uno á otro resorte, según las circunstancias; y así, la audacia impulsa al estoicismo y el estoicismo á la audacia, sin poder determinar cuándo el valor recibió el máximo impulso de uno ó de otro. En los hechos de estos grandes hombres lo audaz y lo estoico se confunden, pareciendo en ocasiones el estoicismo una prolongación de la audacia ó la audacia una prolongación del estoicismo.

Aníbal, llegando audaz á las puertas de Roma sin asaltarla, y manteniéndose dueño de la Campania y de los Abruzos durante años, sin apoyo moral y sin recursos de Cartago, mostró, en su estoicismo y en su ánimo para resistir, más audacia que la que fué menester para invadir á Italia. Hernán Cortés, rebelde dos veces y alzado en armas contra el mandato de Diego Velázquez, sale de Méjico, derrota á las tropas de Pánfilo de Narváez; y cuando vuelve á Méjico, hallándole sublevado, aún topa medios para resistir, y cuando se retira no abandona la empresa, y lo hace para ganar más aliados y emprender una campaña de nuevo. Alejandro el Grande se sirve en ocasiones del estoicismo en Asia como de una nueva propulsión audaz.

Juliano el Apóstata, imitando á Alejandro en sus audacias, se pierde cuando intenta apelar al estoicismo, y esta división que él hace es la división de sus dos naturalezas de valor.

En Federico el Grande tampoco asoma la línea divisoria entre su audacia concebible y su estoicismo en la desgracia. Esta unidad de valores, si recorriéramos la historia, veríamos que era la característica de los grandes caudillos y de los grandes hombres. Puramente á esta unidad de valor, mezcla de es-

toicismo y de audacia sin desentrañar, se han debido éxitos históricos que eran en buena lógica inadmisibles. Estos caudillos ganaron campañas que parecieron perdidas, y en el curso de sus gloriosos sucesos abundan de igual modo las batallas que, perdidas materialmente, se convirtieron en apuestas victorias alcanzadas exclusivamente por el vigor de su ánimo. De aquí aquella frase de Suvaroff de que «una batalla perdida es aquella que se considera como tal»; ó aquella otra de Blüme: «La historia militar enseña que, al terminar un día de batalla, raras veces el vencedor conoce la magnitud de la derrota del adversario; y no es menos raro que tenga la batalla por perdida, mientras huyen las masas del enemigo».

Por esta consideración, escribió aquel de nuestros clásicos inmortales: «El ánimo que piensa en lo que puede temer, empieza á temer en lo que empieza á pensar. Y muchas veces á sí mismo se persuade el miedo, y se le hace el discurso receloso, porque no hay quien no se crea á sí mismo, y es blasón grande del temor, siendo tan ruin, hacer de nada algo y de poco mucho. Crecen con él las cosas sin añadirlas, y su aritmética cuenta lo que no hay. Es el testigo falso más pernicioso del mundo, porque siendo falsario de ojos ve lo que no mira». El ánimo ha de ser el victorioso ó el vencido, antes que la fuerza del contrario. Si tras un hecho audaz, que la fortuna tuerce en adverso, no se tienen fuerzas para resistir la desgracia, aquel impulso audaz sólo fué un impulso de perdición. Ya hemos dicho que á la acción audaz en los grandes caudillos se sucede la reacción estoica, provocada la una por la otra como un simple fenómeno de elasticidad. Pero ésta no es cualidad que abunda entre los humanos, y de aquí que al hablar del hombre de valor sin llegar al mérito extraordinario, conviene tener muy presente la acción y reacción de estos dos resortes en que se apoya el valor para equilibrarlos, y ajustar la alta presión de la audacia con la depresión que ha de producir la borrasca, para que no naufrague para siempre con el valor el ánimo.

Hablamos aquí de cualidades de caudillo, de general en jefe.

No de aquellas del lugarteniente ó del simple soldado. En éstos, para la audacia, hasta la temeridad, no les son indispensables contrastes. Son simples resortes que el mando sabe hábilmente emplear y oponer unos á otros. Sea cualquiera la tensión del resorte, es mejor cuanto más intensa; en la mano del jefe está la habilidad para regular su empleo. Un caudillo que no tenga las condiciones de aquel hombre extraordinario aludido antes, no procederá de idéntica manera empleado en las tropas como lugarteniente ó como generalísimo. De aquí los grandes fracasos de generales subalternos que, con grandes cualidades como subordinados, de otro las perdieron al tener un mando independiente. Los generales de Napoleón son un ejemplo elocuente, pero no un hecho insólito, porque lo mismo había ocurrido muchos siglos antes con los generales de Alejandro. Se explica el hecho cuantas veces se repite en la historia. Aquellos dos grandes caudillos emplearon las cualidades de sus generales en toda su gran tensión: quiénes con su predominio audaz; cuáles con su vigor estoico. Para combinar estas cualidades aguzaron su máxima tensión sin cuidarse de equilibrarlas. Así pudo decir Napoleón á su hermana, hablando de Murat, el rey de Nápoles: «Vuestro marido, que es un león en el campo de batalla, sirve para las acometidas, pero tiene para resistir menos vigor que una mujer ó un cordero». Del mismo modo Alejandro, puesto en el trance de la muerte, no supo á quién elegir por heredero de entre sus generales. Conocía las cualidades de ellos para mandarlos él; pero, puesto en confusión al obligarle á designar un sucesor que le reemplazara, contestó, puesto en razón y sin resolver sus dudas: «El más digno».

No es extraño que el audaz pierda sus cualidades en el mando supremo, ó que las pierda el estoico. Si el elegido carece de aquellas condiciones del gran caudillo, en la empresa difícil de equilibrar su valor, suele ganarle la irresolución; y cuando la irresolución se hace sistema, la timidez despeña invariablemente al valor. No es otra la historia de los fracasos

de aquellos hombres que en su airoso empleo subalterno prometían como caudillos. En nada la naturaleza puede proceder por saltos, sino por gradaciones. El lugarteniente que posea unas cualidades y carezca de otras ha de servirse de las circunstancias y buscar las ocasiones en que pueda ir dando lentamente desarrollo á aquellas cualidades que posee en menor grado. No se pueden dictar reglas: el hombre dueño de sí mismo hace la regla en la ocasión, y provoca la ocasión en cuantas circunstancias le conviene aprovechar la regla.

No solamente son las circunstancias ocasionales las que pueden obligar al caudillo á impulsar su valor, unas veces con el apoyo del estoicismo y otras con el de la audacia; hay otras circunstancias esenciales: aquellas que se refieren á la calidad ó á la cantidad de las tropas. El mando se sirve de las tropas como de un útil, y á medida de su empleo va introduciendo en él las perfecciones y modificaciones que le dicta su habilidad. Con unas tropas que carezcan de audacia y sean aptas para resistir, sería insigne locura acometer de golpe operaciones arriesgadas. Igualmente disparatado sería llevar tropas audaces deliberadamente á operaciones pasivas y penosas. En ambos casos se corre el riesgo de romper por torpeza de uso sus bellas cualidades. Una tropa perfecta es la que posee en igual grado estas dos cualidades, y esta tropa es siempre imagen y hechura de un gran caudillo. Pero tan escasas andan en la historia estas tropas, como escasos son los caudillos extraordinarios que las forman. El general ha de servirse de su tropa según se la deparen las circunstancias, y, á semejanza del artista, en el camino de su empleo va perfeccionando el útil. El mismo equilibrio que ha de buscar el general en sus cualidades personales ha de buscar en las cualidades de su tropa. Con idéntica perseverancia con que atendió á asentar bien su valor entre la audacia y el estoicismo, tenderá á asentar el valor de sus tropas. Todas las ocasiones han de servirle para dar desarrollo á aquellas cualidades menos salientes de sus soldados. Siempre las empleará en aquella ocasión en que su cuali-

dad saliente asegure el éxito, pero dentro de ella en todas las circunstancias hará progresivamente poner en juego la cualidad contraria. De este modo hará progresivamente que el valor vaya confiadamente apoyándose y robusteciendo aquel resorte debilitado. Si son tropas acostumbradas á la pasividad de una absoluta defensiva, procurará parcialmente colocarlas en riesgos y trances de no dudosa temeridad que no malogren las empresas, para que con el recuerdo sucesivo de pasadas osadías despierte en ellas el dormido sentimiento de la audacia. Procurará el capitán experto, cumplidos estos trances, poner de manifiesto, de una manera aguda y alentando á la emulación, que parte principalísima de la victoria corresponde á las tropas encargadas de la difícil empresa; y acentuando la temeridad hará girar sobre ella todo el concierto del éxito. Es esta empresa delicada para el curso de un combate, y en ella, estorbando la prudencia, ha de salir la sagacidad del jefe al amparo de la resolución. No puede malograrse uno solo de los ensayos sin desbaratar aciagamente todos los esfuerzos anteriores. En su consecuencia, al jefe toca exclusivamente medir el peligro con las ocasiones. La historia está llena de ejemplos, y haríanse interminables las narraciones de tropas obligadas á la pasividad de la defensa y preparadas en el curso de una campaña para la más brillante acción ofensiva.

Si, por el contrario, son tropas habituadas á una audacia impetuosa, constreñidas por circunstancias insuperables á operaciones pasivas y penosas, la tarea, aun cuando menos difícil, debe acometerse también de una manera gradual. Sin restarlas ni anular aquel su primer impulso, ha de redoblarse el riesgo de las operaciones, para que acostumbrándose á buscar apoyo en el terreno, vean cómo puede confiarse á la tenacidad aquello mismo que parecía insuperable á su primer aliento. No de otro modo procedió Aníbal en Italia; y cuando, convencido del abandono de su metrópoli, decidió mantenerse á las puertas de Roma con sólo sus recursos y el apoyo del terreno, dió á aquellas sus tropas impulsivas de Trebia, de Trasimeno

y de Cannas toda la inmensa tenacidad que admiraran los siglos.

Nada más peligroso para un general que exigir á una tropa por transición brusca el desarrollo de cualidades que no tiene, á pretexto de que así lo exigen las circunstancias. La habilidad de un general estriba en preparar éstas para desarrollar en ellas la mayor suma de cualidades de su tropa, y en asir todas las ocasiones que se presenten para paulatinamente modificarlas. De aquellas mismas tropas hechas para la defensiva en Roma sacó Escipión sus huestes, y antes de pasar á Cartago se sirvió de España para forjarlas y emprendió con ellas aquella serie de campañas, de batallas y aun de escaramuzas audaces que produjeron en sus tropas el inmenso aliento que las llevó á Zama. Al amoldarse un caudillo á las circunstancias para sacar provecho de la cualidad más saliente de sus tropas ha de tener presente que estas circunstancias cambian; y en previsión de estos cambios, ha de producir el cambio de cualidades de sus soldados. Cuando sea árbitro de esta elasticidad en sus tropas, será en la guerra árbitro de las ocasiones, y en ellas aprenderá á redoblar esforzado la audacia como la cualidad más imperiosa para vencer. Esta audacia viene á redoblarla siempre el convencimiento de saber resistir á la adversidad. Quien no teme á la caída, poco puede peligrar en la altura; y no embargado del recelo de caer, empleará hasta el último trance sus cinco sentidos en afirmarse. Es condición humana que embarguen más los sentidos y embaracen la resolución las consecuencias que han de sobrevenir, que el hecho mismo, por dificultoso que sea. Para proceder resueltamente en toda empresa hay que dar por sobrevenidas las consecuencias, y aligerados de este temor redoblar los esfuerzos en el empeño del presente.

Creer que el fracaso de una empresa sólo dará origen á un simple cambio de plan es llevar ya la empresa, si no vencida, dominada.

Un espíritu audaz que considera su fracaso como un simple

cambio en las fases de la lucha, para el cual se haya dispuesto y preparado, llevará sobre su contrario todas las ventajas favorables del jugador que esgrime dos barajas.

La elasticidad en los resortes del valor es tan preciada en el caudillo como en la tropa. Mal podrá hacerla aquel general que no ha sabido ajustarla proporcionadamente dentro de sí. Mal puede un artista realizar una obra que no supo de antemano concebir en todas sus partes y proporciones.

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Una de las cualidades más salientes de los grandes caudillos—dice Clausewitz—consiste en desanimarse lo menos posible en medio de la desgracia y de las situaciones comprometidas, *y muy especialmente en no dejarse tentar por la idea de llegar á mejores tiempos sin grandes pérdidas.* Cuando en estas circunstancias logran un éxito, atribuimos siempre á un cálculo seguro y á una clara conciencia *lo que no fué más que producto de un atrevimiento ciego.*

El «perdido por uno, perdido por mil», es para el hombre de guerra el mejor consejero en sus situaciones comprometidas. Llegar á mejores tiempos sin esfuerzos y sin pérdidas es tratar de empeorar la situación prolongándola. Para los trances difíciles son las resoluciones heroicas. Allí donde la consideración no es de tregua en el pensar, la inteligencia, que no procede por saltos, desfallece, y sólo puede salvaros un corazón acostumbrado á proceder por impulsos.

El soldado ha de estar familiarizado con la idea del sacrificio, tanto como el general con la idea de la derrota. Sólo á este precio lograrán vencer uno y otro. Descontado este accidente, uno y otro se entregarán á la tarea de vencer, libres de cuidados. El soldado y el general que por convicción íntima no se hubiesen aligerado de la carga de la vida ó de la carga de la responsabilidad, entrarán en toda empresa de guerra abrumados y embarazados por el mayor peso; y atentos, an-

tes que á vencer, al peso que les abrumba, cuidarán: aquél de salvar su piel, y estotro su responsabilidad.

Todo se puede salvar en la guerra, todo, menos la vida y la responsabilidad, cuando no se lleva otro propósito que el deliberado de salvarlas. En la guerra, defenderse para asir la ocasión de ofender es un recurso y un ardid que conviene emplear en ocasiones; pero hacer de este método, sólo apto para algunas circunstancias, un sistema, y defenderse por defenderse, es hacer estériles los esfuerzos y la guerra sólo por salvar la responsabilidad y la vida que indefectiblemente se han de perder. Las guerras se emprenden para amparar intereses, y éstos se pierden cuando el general intenta amparar su responsabilidad; como pierde el soldado el campo cuando intenta amparar su vida.

Son muchas las tropas y han sido algunos en la historia los pueblos en que se ha sistematizado la defensiva. Para dar carta de naturaleza á este mal sistema que sólo debe ser un recurso, se ha llegado á hablar por algunos del *espíritu defensivo*. No existe tal espíritu. El espíritu es ofensivo en todas sus manifestaciones. Esto que se llama espíritu defensivo es la carencia de todo espíritu: su más absoluta negación. Llámese, si acaso, *instinto defensivo*, y se expresará con sus justos términos. Porque sólo un instinto puede dictar el acorralarse voluntariamente de rincón en rincón y abandonar el campo para defender la vida á zarpazos. El espíritu es algo más noble, que no encuadra con esta sistemática bajeza.

Cuando hemos hablado antes de tropas habituadas á la defensiva, nos referíamos al hábito impuesto por las circunstancias, pero tropas que no carecieran de espíritu. Este fenómeno de *instinto defensivo* sólo se da en pueblos que carecen de alma y que viven una vida de bajezas corporales ó una vida de groseros instintos. Este instinto acusa también en primer término una larga carencia de caudillos en el ejército ó de generalísimos que hayan merecido el nombre de tal.

El espíritu de una tropa ó de un ejército es el de su país;

mas aun cuando éste careciera de él ó estuviera mal definido, el espíritu de una tropa es el de su generalísimo.

Son frecuentes los casos históricos de pueblos que, careciendo de un espíritu vigoroso, dieron tropas admirables al influjo de un solo caudillo. Cartago y Aníbal son un ejemplo. Muy lejos del espíritu de aquella república el aliento espiritual con que Aníbal inflamó á sus tropas para realizar las proezas de Italia. Muy lejos de las circunstancias y trastornos interiores por que atravesaba España y de sus disputas religiosas en el exterior, aquel espíritu con que Hernán Cortés embargó á un puñado de soldados para realizar la proeza de Méjico. La revolución francesa dió un nuevo espíritu á sus tropas, y perdido al final de las campañas ya se acorralaban por instinto de conservación, cuando surgió el genio colosal de Bonaparte y dió á las tropas por aliento su propio espíritu. Acudiendo á tiempos más presentes, Scharnod y Clausewitz, Bismark y Molke dieron á Prusia el aliento que les alzó de Jena, y aquel mismo espíritu que animó al ejército en el 70-71, es el que hoy anima á la Alemania para disputar en todas las manifestaciones de la vida un primer puesto en el mundo.

Es que, invariablemente, sirve el espíritu de los pueblos, como en Roma república, para producir un ejército admirable que acabe por coronar un César que se enseñoree del mundo, ó es un caudillo ó una asamblea de hombres los que producen un espíritu distinto en el ejército é inflaman con él á la nación: la Grecia, de Alejandro; Francia, con Bonaparte, ó la Alemania moderna.

Una nación puede vivir una vida grosera del instinto todo el tiempo que le permitan los pueblos fuertemente espirituales; pero un ejército no puede vivir esta vida grosera, que va en pugna con la razón de su existencia. No puede vivir groseramente lo que se creó para funciones elevadas, sin que con su vida grosera atente á su razón de ser.

No hay espíritu defensivo: no puede existir con él un ejército. Y cuando un pueblo carece de espíritu y no halla á mano

caudillo adecuado para dar nuevo y personal espíritu á su ejército, más le valiera ahorrarse éste y organizar su defensa instintiva en milicias ó en concejos.

Al hablar de las modificaciones que un general ha de introducir en sus tropas y en sus hábitos y maneras de combatir, será condición primordial exagerar el espíritu patrio, y si éste no existe ó fuese tibio, amoldarlas á su propio espíritu.

Tarea y empresa fácil para el caudillo si en éste existe una verdadera intensidad de espíritu. Las tropas han obedecido siempre por sugestión. El alma de las tropas, el alma de la muchedumbre y, á falta de alma, la naturaleza íntima de ellas, es de esencia femenina, como su nombre indica, y nada puede sugestionarla tanto como la audacia. La audacia es el primer elemento de seducción de las tropas y de las muchedumbres, aun cuando parezcan carecer de alma.

Si fascináis con vuestra alma á otro sér, aquél os secundará en todos vuestros actos como una prolongación de vuestra naturaleza. Conocieron así los caudillos el pulso de su tropa por sus propias pulsaciones, el vigor moral por su propio vigor, y el desfallecimiento por el desfallecimiento propio. La Historia está llena de ejemplos: Hernán Cortés, quemando sus naves, antes que un recurso á sus tropas quitaba un recurso á sus propias flaquezas. Ciro el Grande, antes que el desfallecimiento en sus soldados, conocía el desfallecimiento en sus pulsos. Siempre que en la guerra se manden tropas de bisoños hay que redoblar los esfuerzos hasta hacerles sentir vuestra propia alma.

Por días y por grados vais observando la influencia creciente de la sugestión. Con un solo gesto, con una actitud, lográis lo que en un principio os pareció insuperable y os costó redoblados esfuerzos. Una honda preocupación que durante el combate os aparte de aquella comunicación espiritual con vuestra tropa, y notáis en seguida, con aquella simple rotura, la tardanza en obedecer y el esfuerzo que os cuesta volver á

reanudar su ánimo al vuestro entre la incertidumbre de los semblantes. Toda atención y toda tensión de vuestro espíritu ha de parecer poca para mantener el de una tropa con toda aquella intensidad que pidan las circunstancias. Si os falta á vosotros en momento de apuro, y no reaccionáis violentamente, veréis aquella tropa, antes serena, súbitamente proceder por instinto y escapar en rebaño. Los grandes pánicos lo mismo pueden obedecer á falta de vigor en el mando que á una prolongada desatención.

Más que nunca necesita el mando llenar hoy sus exigencias. No las intelectuales, que éstas se presuponen por lo sencillas: las morales, las de poder sugestivo sobre la tropa y las de gran tensión de espíritu para arrostrar las largas fases del combate moderno.

De entre todas ellas, la más esencial es la audacia. Digamos lo que dice Clausewitz: «La audacia es, desde el soldado al general, la virtud más noble, el acero duro que da brillo y afila las armas... La audacia es el resorte siempre preparado á la expansión». «La extremada prudencia se ha de buscar en la extremada audacia, y la audacia tiene en la guerra prerrogativas propias. Por encima del cálculo combinado, el espacio, el tiempo y la magnitud, debemos reconocer á la audacia una superioridad considerable, obtenida de las debilidades de los otros.»

«Aunque en el jefe la audacia individual excesiva puede degenerar en falta, es, sin embargo, una hermosa falta que no ha de juzgarse como otras. Feliz el ejército en el que se revele con frecuencia una audacia inoportuna: es un exceso de vida que descubre un suelo feracísimo. Hasta la audacia loca, es decir, la audacia sin objeto, no puede menospreciarse: es en esencia la misma fuerza del ánimo, aun cuando sin la intervención de la inteligencia degenerare en una especie de pasión.» «Sólo cuando la audacia esté en conflicto con la obediencia, y menosprecie una voluntad superior, claramente manifiesta, debe considerarse como un mal, no por ser audacia, sino por-

que es inobediencia, y en la guerra nada está por encima de la obediencia.»

¡Qué bien responde el valor ante las propulsiones de la audacia! Como hemos dicho al principio de este trabajo, la audacia es una cualidad del espíritu, y sobre ella obran sólo causas espirituales. El otro resorte en que se apoya el valor, el estoicismo, depende de causas corporales, y sobre él obran más bien condiciones de naturaleza física, cuando las dos no son una sola, como en el hombre excepcional.

Es el espíritu el primer factor que hay que desarrollar en los pueblos para obtener en él, por métodos de cultivo intensivo, un grado de audacia que dé cualidades positivas. Dentro del mismo concepto hay que combatir en él, por todos los medios imaginables, aquellas cualidades negativas del cuerpo, producto de una historia anterior desventurada, de una naturaleza inclemente, que dieron origen á un desarrollo orgánico-económico ruin y deleznable. El estoicismo, la resistencia, el desprecio á la salud y á la vida, que estos organismos llevan en sí para apoyar el valor, son como la resistencia del sifilítico ó del escrofuloso á la propagación de las enfermedades. A estos pueblos ó á estos enfermos no les entra la muerte de sopetón, porque desgraciadamente hizo antes la muerte presa segura en ellos para prolongar gozosamente la agonía.

Las cualidades estoicas, cuando no las impulsa el espíritu y son consecuencia de una propulsión de la audacia antes que un apoyo del valor, son una expresión derrocada del mismo. Resisten lo que resiste una cosa vencida ó una naturaleza caída. Ese estoicismo no es otra cosa que el abandono: es la vida hecha materia y sometida á las leyes de la inercia; es la vida abandonada á las circunstancias, entregada al proceso de descomposición del tiempo, rebelde á todo concepto de dignidad porque es simplemente una expresión de fuerza. Sólo hay un medio de reaccionar contra estas blanduras: lo enseña la naturaleza y lo conocen los caudillos. Sólo hay un medio de hacer

de una naturaleza blanda una materia dura y compacta: aquella que dictan las leyes de mecánica más elementales.

Dejemos la palabra á Clausewitz, corroborando nuestras ideas: «El espíritu de la audacia puede poseerlo un ejército, porque esté encarnado, ó bien porque se haya producido en una guerra audazmente dirigida; pero en este caso no lo tendría el pueblo al principio.

»Ahora bien: en nuestra época no hay otro medio de educar el espíritu de un pueblo en este sentido más que valiéndose de la guerra, mejor dicho, de la audaz dirección de la misma. Por medio de la guerra se contrarrestarán aquellos decaimientos del ánimo, aquellas tendencias á la vida muelle y blanda que rebajan á un pueblo en la plenitud de su prosperidad.

»Sólo cuando el carácter nacional y los hábitos guerreros se mantienen en constante acción recíproca, podrá un pueblo esperar un sólido puesto en el mundo político.»

Aquí acaban estas primeras y elementales consideraciones de la guerra, que tienen una amplia aplicación al sentido de la vida, porque, como hemos dicho, la guerra no es más que una vida compendiada.

Párrafo aparte merecen la aplicación y universalización á la vida de estos principios nuestros, apoyados unos y deducidos otros de aquellos de Clausewitz.

Y vendremos á la lógica conclusión de que no hay *otro modo de educar el espíritu de un pueblo más que valiéndose de la lucha por la vida en toda su dureza, mejor dicho, en la audaz dirección de esta lucha. Por medio de la vida misma, con sus vigorosas exigencias, se contrarrestarán aquellos decaimientos de los ánimos, aquella tendencia á la vida blanda y cómoda á que aspiran los órganos del cuerpo humano como los órganos de las naciones.*

Sólo cuando el carácter nacional disciplina las desarregladas funciones de los órganos del cuerpo, y les obliga á luchar en constante emulación y apoyo recíproco, haciendo de su lucha y

progreso el fin superior de su vida, puede un pueblo esperar un sólido puesto en el mundo político.

Y esta empresa es locura insigne hacerla radicar en ninguno de los órganos: ni el cerebro, ni el vientre, ni las piernas, ni los brazos tienen derecho á dirigirnos. Sólo al espíritu toca nuestra dirección superior; y la primera arma que ha de esgrimir el espíritu, la audacia. Con razón dijo aquella sabia sentencia latina:

Audaces fortuna juvat.

RICARDO BURGUETE

(Continuará.)

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

MESA REVUELTA: Las sillas de posta.—Las reales diligencias.—Las mensajerías aceleradas.—Las casas de huéspedes y las fondas.—Las calles. Los aguadores.—Los mercados.—Las tiendas.

El famoso y ya olvidado escritor D. Agustín Azcona, émulo que quiso ser del insigne D. Ramón de la Cruz, con llevar ha más de sesenta años á las tablas y hacer en ellas representar á la sazón, no sin aplauso, *La venganza de Alifonso*, *El suicidio de Rosa*, *El parto de los montes*, y otras varias producciones dramáticas por el estilo, de que no guardan en la actualidad memoria los contemporáneos, y en las cuales se preconizaba la gitanería entonces andante, como hoy la golfería,—decía, no falto de razón seguramente, en un artículo sin firma publicado en la gaceta literaria *El Panorama*, puesta bajo su dirección el año 1840, que Madrid había «desarrollado su vitalidad en los treinta últimos, de una manera prodigiosa», conforme también aseguraba en 1833 Mesonero Romanos.

«Su aspecto—escribía Azcona—es hoy tan diferente del que tenía en principios del siglo, que no la conocería (á la Villa) un hortera de la calle de Postas, de los finados allá por los tiempos en que la revolución francesa expidió patente de invención y consagró ventajas y glorias en honor de la guillotina.» «Madrid tenía entonces tantos empleados, lo menos, como ahora (1840), muchos propietarios, numerosísimo clero secular y regular, curia innumerable, guarnición escasa, tal,

cual comerciante, algunos mercaderes, pocos artistas, insuficiente número de artesanos, un café, cuatro malas botillerías, ocho ó diez alojerías, cien tabernas, algún juego de trucos, varios de bolos, dinero en abundancia, industria nominal, tranquilidad, procesiones con trompeteros, rosarios de aurora y de noche, saetas de la Hermandad del Pecado Mortal, toros por mañana y tarde, y plaga de pretendientes, con *todo lo demás que omito y otras cosas que callo.*»

Cuando tal se afirmaba encomiando la transformación de la Corte,—como siempre ha sido y continúa siendo Madrid objeto de sátiras más ó menos justas y de mejor ó peor gusto,—hacíase constar burlescamente por distinto escritor del propio tiempo, que era la Villa del Oso y del Madroño «otro paraíso, á diferencia de hallarse aquí no una miserable culebra, sino grandísima copia de culebritas y culebrones», que en aquella época, lo mismo que en las anteriores, la presente y las venideras, afluyen y afluirán de todas partes, mientras continúe siendo la pretendida *Mantua Carpetanorum* centro de España, asiento de la soberanía y residencia de los gobiernos. «Desde dos ó tres leguas antes de llegar á la Corte ya se encanta el viajero con la hermosura de los alrededores, y lo que sobre todo le pasma es la vigorosa lozanía de la vegetación», en lo que, *mutatis mutandi*, poco en realidad ha variado; y habida cuenta, como es natural, á determinadas circunstancias, con arreglo á los medios de locomoción actuales,—ocurría entonces lo que hoy, pues apenas «entra en Madrid [el viajero], y aún no tiene, vamos al decir, los dos pies de la parte de acá de los venturosos umbrales, cuando ya le saludan, *visitan*, obsequian y agasajan los dependientes del resguardo», quienes, á juzgar por estas frases del articulista, no eran en 1840 menos finos, atentos, políticos y deferentes que lo son en el día los consumidores.

No es de comprender que en la fecha indicada—en la cual debía ya ser en relación por extremo frecuente el viajar, las *sillas de posta* y las *reales diligencias*, así como la dili-

gencia de caleseros, se detuvieran para que los viajeros se apeasen á la puerta de una posada. La *Real Casa de Postas* estaba, en 1833, situada detrás del edificio de *Correos*, actualmente Ministerio de la Gobernación, y de la Dirección de Correos dependía. Para correr la posta era indispensable solicitarlo de la Dirección indicada, la cual, después de la presentación oportuna del *pasaporte*, autorizaba al solicitante, previo el pago de la licencia, que costaba 40 reales vellón (10 pesetas), y otros 40 por cada persona, si habían de ir varias en el carruaje. Eran desde Madrid las carreras de posta en aquella fecha las siguientes:

	Paradas	Leguas de posta
1. ^a De Madrid á Irún.	35	91 $\frac{1}{2}$
2. ^a » á Barcelona, por Zaragoza..	42	110
3. ^a » á Barcelona, por Valencia...	42	110
4. ^a » á Cádiz, por Sevilla.	43	111 $\frac{1}{2}$
5. ^a » á Cartagena, por Murcia....	25	73 $\frac{1}{2}$
6. ^a » á Badajoz.	25	64
7. ^a » á la Coruña.	34	98

Los precios marcados por leguas eran:

	Para el real ser- vicio	Para los particu- lares
Por cada caballo, en viaje á la ligera (1).	5 rs.	7 rs.
Por las sillas de posta	6 »	7 »
Por cada caballo para éstas	5 »	6 »
Agujetas en cada posta (2).....	4 »	6 »
Portazgo y barcas.....	Nada.	De cuenta del viajero.

El importe de cada carrera, fuera de los portazgos y barcajes, y en el supuesto de que la silla no llevase sino dos caballos de tiro, que también podían ser más ó sólo uno, venía á resultar en esta forma:

(1) Los que viajaban á la ligera pagaban su caballo y el del postillón, antes de salir de cada parada.

(2) Los derechos del postillón.

	LEGUAS	POR LA SILLA DE POSTAS						POR DOS CABALLOS						POR AGUJETAS						TOTAL					
		REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR		
		Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.
Primera carrera	91 $\frac{1}{2}$	549	173	25	640 $\frac{1}{2}$	160	13	915	228	75	1.098	274	50	366	91	50	549	137	25	1.830	457	50	2.287 $\frac{1}{2}$	571	88
Segunda	110	660	165	»	770	192	50	1.100	275	»	1.320	330	»	440	110	»	660	165	»	2.200	550	»	2.750	687	50
Tercera	110	660	165	»	770	192	50	1.100	275	»	1.320	330	»	440	110	»	660	165	»	2.200	550	»	2.750	687	50
Cuarta	111 $\frac{1}{2}$	669	167	25	780 $\frac{1}{2}$	195	13	1.115	278	75	1.338	334	50	446	111	50	669	167	25	2.230	557	50	2.787 $\frac{1}{2}$	696	88
Quinta	73 $\frac{1}{2}$	441	110	25	514 $\frac{1}{2}$	128	63	735	188	75	882	220	50	294	73	50	441	110	25	1.470	367	50	1.837 $\frac{1}{2}$	459	38
Sexta	64	384	96	»	448	112	»	640	160	»	768	192	»	256	64	»	384	96	»	1.280	320	»	1.600	400	»
Séptima	98 $\frac{1}{2}$	591	147	75	686 $\frac{1}{2}$	171	63	985	246	25	1.182	295	50	394	98	50	591	147	75	1.970	492	50	2.459 $\frac{1}{2}$	614	88

Menos costoso era el viaje en las llamadas *Reales diligencias*, especie de navíos con *Berlina*, *Interior*, *Cabriolé* y *Rotonda*, que discurrían en días dados por las polvorientas carreteras, produciendo estrépito insoportable, y causaban la admiración y el asombro de los campesinos, con el postillón montado á la cabeza del tiro de mulas ó caballos, el mayoral y el zagal en el pescante, y el enorme bulto del carruaje ruidoso. No queda ya memoria de estos armatostes, que han desaparecido de Madrid para siempre, y hacían las carreras de Valencia y Barcelona, saliendo para ambos puntos los martes y los sábados, y los lunes y jueves para Valencia sólo, mientras regresaban los lunes, miércoles, viernes y domingos. Los lunes y los jueves salían con el correo para Bayona, haciendo en Vitoria escala, y para este último punto los días de la semana restantes, entrando todos los días; y para Sevilla partían los miércoles y sábados, así como para Cádiz con el correo, deteniéndose en la antigua capital de Andalucía los martes y los viernes, llegando los lunes y los jueves. El servicio de Valladolid y Burgos hacía á la ida los martes y los viernes, y los miércoles y los sábados á la venida, días en que regresaban los coches de Badajoz, para donde salían los

jueves y domingos. Señalados para Zaragoza eran los lunes y los viernes, regresando de allí los miércoles y sábados, y para Alcalá de Henares y Guadalajara salían los domingos, martes y jueves, y estaban de vuelta los lunes, miércoles y viernes. Todos los días, por último, había coches para Aranjuez, y de aquel Real Sitio volvían, llegando los lunes, miércoles y viernes hasta Toledo, de donde los martes, jueves y sábados entraban en la coronada Villa.

Hoy cuesta ir á Irún, en primera, 75 pesetas con 75 céntimos, es decir, 381 pesetas 75 céntimos menos que para el real servicio costaba en 1833 la posta, y 496 menos que le importaba á un particular el viaje. Por lo que hace á las *Reales diligencias*, es curiosa la nota de precios en comparación con la de los del ferrocarril, aun con el impuesto del Tesoro, el cual impuesto, si tuvo, por la necesidad de allegar recursos, razón de ser en momentos determinados, es gabela inaguantable que debe desaparecer, como otras muchas que se han hecho crónicas, y cuya supresión nadie procura. Dicha nota, que hacemos comparativa con la de los precios en ferrocarril, consta en el *Manual* publicado á la sazón por la empresa de diligencias, y es la siguiente:

	EN DILIGENCIA												EN FERROCARRIL					
	BERLINA			INTERIOR			CABRIOLÉ			ROTONDA			1.ª CLASE		2.ª CLASE		3.ª CLASE	
	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.
1.º Á Valencia.....	460	115	»	400	100	»	340	85	»	260	65	»	59	15	45	65	27	65
2.º Á Barcelona.....	780	195	»	675	168	75	»	»	470	117	50	50	82	20	61	70	39	5
3.º Á Burgos.....	160	40	»	138	34	50	116	29	»	106	26	50	43	60	32	70	19	65
4.º Á Vitoria.....	244	61	»	212	53	»	180	45	»	166	41	50	58	35	43	75	26	25
5.º Á Sevilla.....	840	210	»	700	175	»	600	150	»	500	125	»	68	80	52	90	32	30
6.º Á Cádiz.....	1.000	250	»	840	210	»	720	180	»	600	150	»	87	»	66	25	40	30
7.º Á Valladolid.....	180	45	»	160	40	»	120	30	»	100	25	»	29	5	21	80	13	10
8.º Á Badajoz.....	400	100	»	360	90	»	320	80	»	280	70	»	61	20	45	90	30	60
9.º Á Zaragoza.....	300	75	»	260	65	»	240	60	»	180	45	»	40	95	31	75	19	45
10.º Á Alcalá de Henares.....	18	4	50	16	4	»	14	3	50	12	3	»	4	10	3	20	1	95
11.º Á Guadalajara.....	36	9	»	30	7	50	26	6	50	24	6	»	6	85	5	35	3	25
12.º Á Aranjuez.....	24	6	»	20	5	»	18	4	50	16	4	»	5	90	4	60	2	80
13.º Á Toledo.....	48	12	»	40	10	»	36	9	»	30	7	50	9	15	6	90	4	55

Hablando de estos medios y procedimientos locomotivos, tan lejanos de nuestros días, sobre todo en las capitales y poblaciones de importancia, no es posible prescindir ni dejar de consagrar un recuerdo á las célebres *Mensajerías aceleradas*; á aquellas enormes galeras atestadas de bultos, mercaderías y personas, unos y otras de todas clases, que lentamente caminaban por nuestras carreteras y que, arrastradas por largo rosario de soñolientas mulas, recordarán con nosotros todavía muchos, aunque no hayan viajado, para fortuna suya, en ellas. Tenían establecida las de Madrid sus oficinas en el número 17 de la *calle de las Huertas*, y de allí en días señalados partían para Sevilla, Cádiz y Málaga, costando cada plaza 50 pesetas para Sevilla, es decir, poco menos que hoy, con el impuesto del Tesoro, cuesta ir en un departamento de segunda en el tren correo y en pocas horas; 60 para Cádiz, seis menos que también en segunda importa el billete del ferrocarril, y 55 para Málaga, 60 céntimos menos que en la clase indicada lleva la Compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante. Era cierto el día de salida; pero no se hacía posible señalar el de la llegada de las galeras á su destino, ofreciendo la ventaja tal sistema de que el viaje se efectuaba parte andando por los caminos, parte tumbados sobre las mercaderías los viajeros, y era como una especie de emigración de la tribu formada por aquéllos al acaso.

Tampoco es justo olvidar la que con volumen y pretensiones menores que las *Reales diligencias* recibía nombre de *Diligencia de caleseros*, la cual, desde la *Red de San Luis*, donde estaba la administración, hacía el viaje á Bayona por poco más de 139 pesetas en berlina, 119 en el interior y 94 en la rotonda. Había diligencia especial para Aranjuez, despachándose los billetes en el *Café del Sol*, que existía en la *Carrera de San Jerónimo*, y cuya pista se ha perdido; para Alcalá de Henares, el Escorial, Torrelaguna, el Pardo y los Carabancheles, con administración propia en la calle de las Huertas, número 2; para Toledo, en la *calle de la Merced*, número 2, ca-

lle que resultó embebida en la *Plaza del Progreso*, al ser el Convento de aquella orden demolido, y otra más para Alcalá de Henares, que arrancaba de la única lonja de ultramarinos que en la *calle de Alcalá* figuraba.

Como exageración humorística hay, pues, que conceptuar sin duda en el articulista de *El Panorama* en 1840—esto es, siete años después del de 1833 en que estas diligencias, estas sillas de posta y estas *Mensajerías aceleradas* tenían administración, y por tanto punto fijo de parada—la afirmación de que al llegar á Madrid el viajero «apéase en una posada, donde reconoce al instante los legítimos trasuntos de Maritornes y de su famoso señor»; acaso si el forastero hizo su viaje en un carromato, ó en cualquiera de los muchos con que los *ordinarios* á Madrid acudían de todas las provincias del reino, la cosa no sería para extrañada. En el caso contrario, resulta en realidad inadmisibile, y debe estimarse burla del escritor á costa de esta pobre Villa y Corte, tan necesitada de benevolencias y de protección, ya que nadie se ha cuidado de ella más que para motejarla, explotarla y abominarla sin culpa suya.

No ya tan desprovisto de verosimilitud, por falta seguramente de los anuncios que hoy invaden la cuarta y aun la tercera plana de los periódicos y llenan las *Guías*, aparece el hecho de que el viajero, una vez apeado del carruaje en que llegó á la Corte, se viera obligado á tomar «el camino de la agencia pública más inmediata» para informarse «acerca de un buen alojamiento en las llamadas *Casas de huéspedes*». Era ésta industria ya extendida por Madrid á la sazón, y que la vida moderna ha desarrollado sobremodo y hasta el punto de que hoy sea incontable casi el número de personas que se dedican á ella en todos los géneros y categorías sociales. Más módicas que los *hoteles* y las *fondas*, ofrecían las *Casas de huéspedes*, y aun para honra suya ofrecen algunas, «la ventaja de verse [el forastero] asistido con mayor interés y por personas de otra clase» que en las *fondas* referidas, y en 1833 las había

«en todas las calles de la población», variando los precios entonces como ahora, «según la situación, dimensiones, mueblaje y demás comodidades, por lo que» no se podía ni se puede «fijar regla general», si bien con asombro no injustificado de los lectores, en aquella época, *in illo tempore*, «por 4 á 8 reales», se encontraba «cuarto y cama decente».

El articulista de *El Panorama* decía que «por siete reales» daban al forastero «cama y luz para mientras se acuesta, y le hablan de cosas de comer tres veces lo menos cada día», exclamando: «¡Es una delicia esto de las casas de huéspedes baratas! Por casi nada vive un hombre, sin que le falta más que sarna para divertirse; no cría humores gruesos, y olvida la maldita costumbre de mascar, con positiva economía del esmalte de la dentadura». Aun hay hoy casas de esta especie que se anuncian en *La Correspondencia* y *El Imparcial*, y admiten los que llaman *huéspedes*, con ó sin, por dos pesetas. En tales casas forzosamente ha de ocurrir lo que consignaba en 1840 el escritor festivo mencionado y tantas veces han dicho muchos años después Eduardo de Palacio y Luis Taboada, porque la carestía de que disfrutamos, lo mismo en Madrid que en todas partes, hace imposible que por una peseta setenta y cinco céntimos en aquella fecha, y por dos en la presente, se dé á nadie cuarto, luz, cama, comida y asistencia.

«Las fondas» en 1833 reunían, «en general, mayor elegancia en el servicio», conforme escribía el inolvidable Mesonero Romanos; «pero en ellas, á proporción de la habitación y el trato, sube el precio, *que suele ser bastante alto*, porque además del cuarto y cama, que se paga bien, puede regularse la manutención en unos 20 reales diarios». Compárese lo que podría importar en junto todo esto en aquellos felices tiempos en que cinco pesetas constituían una cantidad respetable, con los precios de los hoteles de nuestros días, y causará maravilla lo que la prudencia económica de Mesonero Romanos hacía notar no sin cierto escándalo, bien que para disculpar la enor-

midad resultante alegara que «el aseo y finura en el trato» recompensaban de tal «sacrificio, á pesar de que las fondas no están en Madrid—confesaba—tan brillantemente montadas como otros establecimientos».

Fuera de los de segunda y tercera categoría, muy superiores con todo á las *Casas de huéspedes*, ó con mayores pretensiones que ellas, la principal, entre las principales fondas conocidas en 1833 y visitadas por los elegantes, era la famosa de *La Fontana de Oro*, que tan brillante papel desempeñó en los acontecimientos políticos de nuestra pobre España durante el primer tercio del pasado siglo XIX, y que ha sido inmortalizada por Galdós dando título á una de sus primeras novelas, en las cuales reveló su genio. Estaba *La Fontana* establecida en la *Carrera de San Jerónimo*, y para saber lo que eran la Fonda y el Café, basta con lo que de ellos dice el autor de los *Episodios Nacionales* en la producción citada y en algunos de estos incomparables libros suyos.

Figuraba en la *calle del Caballero de Gracia* con no menor importancia política *La Gran Cruz de Malta*, y con la *Fonda de San Luis*, en la *calle de la Montera*, compartían según los vientos el crédito la *de Genieis* en la *calle de la Reina*, la *de Europa* en la *del Arenal*, y en la *de Alcalá*, la *de los Dos Amigos* y la *de Perona*, nombre éste del fondista, á quien hemos conocido anciano. Júzguese de la situación económica de Madrid en los tiempos aludidos cuando en estas fondas, las de mayor categoría social y política, pues respecto de algunas de ellas así puede decirse, ¡se servían comidas desde diez reales el cubierto! *Hosterías* eran apellidados los establecimientos de esta índole y de segundo orden. En ellas, el precio del cubierto era de seis reales en adelante; y de las varias que existían merecían ser citadas como las mejores la *del Caballo Blanco*, que hemos alcanzado á ver en la *calle del Caballero de Gracia*, esquina á la *del Clavel*, inmediata al caserón donde largos años estuvo en esta última vía, frente á las casas de Maquieira, establecido el *Colegio* del Dr. D. Luis García Sanz, de buena me-

moria; la *del Carmen*, en la calle de este nombre; la de la *calle del Carbón*, la del *Postigo de San Martín* y la del *Arco de San Ginés*, de la que existen sucesores, pues el local parece consagrado á esta clase de industrias.

Ha inmortalizado Mesonero Romanos en sus *Escenas Matritenses* gran número de las que caracterizaron la vida cortesana en aquellas lejanías, que nadie de los vivos probablemente alcanzó, y ha puesto al par de relieve muchos de los inconvenientes que Madrid á la sazón ofrecía, y aún, á pesar del tiempo transcurrido, sigue ofreciendo para desdoro de las autoridades. Porque si bien no ocurre hoy como en 1840, y con mayor motivo en 1833, que «en la primera esquina» tropiece el transeunte «con la cesta de una frutera, quien, amén del porrazo que le ha abierto un boquete en la espinilla, le regala con media docena de desvergüenzas»,—esquinas y sitios sigue habiendo todavía en los cuales se corre aquellos peligros, sobre todo en las calles que cual las de ambas *Correderas de San Pablo*, la del *Arco de Santa María*, la de *Toledo*, las de *Santa Isabel* y *Torrecilla del Leal* y otras más ó menos céntricas, para ignominia del Madrid moderno, se hallan convertidas en africanos *zocos* por las mañanas, é invadidas por cestas, tablados y puestos de todos los modelos concebibles, donde el transeunte tropieza, es acosado por la abigarrada muchedumbre, y recibe como salutación, si se atreve á quejarse, no media docena de desvergüenzas, sino un ciento, cuando mejor librado sale, pues casos se dan en que las saluciones toman carácter más activo, sin amparo de los uniformados municipales, á quienes sólo interesa y mueve la cobranza del impuesto que el Ayuntamiento por aquella incalificable manera de vender cobra y disfruta.

Pero si no «en la primera esquina», en la primer calle, cualquiera que ella sea, y á veces sin exceptuar las principales, donde instala sus riquezas la aristocracia del comercio, ha de tropezar de por fuerza el transeunte con las cestas de las fruterías, colocadas de modo que exceden de la línea de los

edificios, desbordando por las puertas de la tienda; con las cubas y los cajones de los pescaderos, que invaden con ellos de igual modo las aceras, y saturan las ropas de las gentes del olor del pescado y las sardinas no muy frescas; con los pabellones flotantes de telas de colores y de mantas, que forman en las portadas de sus tiendas los comerciantes de géneros, y las sartas de ovillos, los corsés y los peles de punto, de los de sedas y mercerías; con los maniqués vestidos que presentan los sastres; con las carnes que expenden los carniceros en las que ellos llaman, estropeando el idioma, *carnecerías*, sin protesta del Municipio, á quien tiene la Gramática sin cuidado; con la mesa que asoma por la puerta de algunas tabernas, y donde alineadas figuran las copas para el aguardiente, contenido en el barril de loza allí también colocado; con la de las churrerías y las buñolerías; con los hornillos de las castañeras, que hacen lugar de asiento á la puerta de los templos de Baco; con las columnas que sostienen los alambres de los tranvías eléctricos, y las torrecillas de hierro de los teléfonos, y con tantos y tantos obstáculos como el tránsito dificultan y entorpecen por las vías públicas, las cuales, según las *Ordenanzas*, debían estar libres y desembarazadas por completo.

Repare el lector cómo, ya que no todo lo que en tono satírico refiere con marcada hipérbole el articulista de *El Panorama*, mucha parte de ello ocurre en nuestros días: «Abochornado nuestro hombre—dice después del lance de la frutera,—sin chistar siquiera, y con la resignación de un novicio, pasa de largo, y da de hocicos con un vendedor de fósforos que, haciéndose atrás y adelante alternativamente, como los doctores de danza prima en la *Fuente de la Teja*, á guisa de columpiamiento, le estorba, y políticamente le disputa la acera, y con tan plausible motivo tiene que abandonar el forastero (el transeunte, sería más propio) los dominios del marqués de Pontejos», á quien fué debida la colocación de las aceras, «y echar por encima de los multiformes pedernales», es decir, el arroyo, donde si «ya no se tropieza allí con fruterías ni vendedores de

fósforos, no hay más riesgo que el de caer debajo de las ruedas de algún coche que á la sazón atraviere».

Por bienaventurados se darían hoy los madrileños, si al verse obligados á abandonar por cualquier accidente la acera, no corriese otro riesgo que el de ser atropellado por un coche. No son éstos los que inspiran temor al habitante de la corte, familiarizado con ellos: son los tenderetes de los expendedores de postales, más ó menos artísticas, y de los vendedores de baratijas á bajo precio, desde el sonajero de hoja de lata, la pastilla de jabón transparente de los Príncipes del Congo, las botonaduras, los imperdibles, las sortijas y las cadenas de latón dorado, las boquillas de ámbar ó de cuerno, los juegos de peñecillos de asta, las muñecas de cartón y biscuit, los collares de abalorios, las petacas, los cuchillos de cocina, los cubiertos de peltre, los anteojos, las navajas y un sin fin de cosas por el estilo; las cestas de los que vocean pañuelos y corbatas de seda, piezas de algodón y cintas de colores; los tranvías eléctricos; las bicicletas, los automóviles terribles, los volquetes cargados de cascotes, ó los pesados carros de mercancías, ya estacionados éstos delante de las tiendas, oprimiendo á las gentes, ya marchando sin que el conductor se apeee del interior, en contravención de lo prevenido en las *Ordenanzas Municipales*, que para nada útil sirven, pues son, por lo común, letra hace mucho tiempo muerta.

«Un poco más allá—continúa el articulista de 1840,—la ondeante cortina de una tienda le envuelve el sombrero y se lo tira»; hoy pagan los comerciantes contribución al Municipio por las cortinas, cuyos brazos os golpean, cuya barra de tensión os impide andar, y cuyo ondeado volante, si hace un poco de viento, os azota el rostro, y en toda ocasión os mortifica y ofende... El personaje de la historia de *El Panorama* se baja para recoger el sombrero, «y al levantarse pega con la coronilla en los pies de una mesa que, con otros trastos procedentes de mudanza, conduce un gallego». Hay aquí que confesar hemos prosperado bastante en esto: ya no se hacen

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LAS LEYES

así tan á lo primitivo las mudanzas. En nuestros días hay más expansión, y en tanto que los enormes carros de mudanza van hidrónicos relleniéndose con los enseres de una casa, buena parte de ellos se muestran pintorescamente colocados en la calle, estorbando el paso, y el transeunte goza no sólo con este que suele ser curioso espectáculo, sino con el de los espejos, las galerías y los cuadros recostados en los muros próximos á la puerta del edificio, agradeciendo el poder sortear los mozos que bajan cargados y fatigosos con muebles de peso, que desean cuanto antes y sin reparar en nada depositar en el vientre del carro.

Prohíben las *Ordenanzas* vaya nadie con carga por las aceras, y si antes no era peregrino accidente el de que al volver una esquina un aguador diese con la pesada cuba un golpe al transeunte (y ya de esto hizo una caricatura Alenza que publicó el *Semanario Pintoresco Español*), hoy los dependientes de las tiendas de comestibles, con las cestas al hombro; los empleados de las compañías de luz eléctrica, con los contadores; los mozos que portean los sacos enormes de las lavanderas, y todos, en fin, los que por oficio llevan sobre sí objetos de peso y de volumen, por la acera discurren libremente sin que nadie se lo impida, como discurren las carretillas de los barrenderos, y éstos con sus escobones á guisa de fusil, ocasionando molestias innecesarias al público, y muchas veces golpes y disgustos. No digamos nada de cuando hay un entorpecimiento en la vía pública entre coches, carros y tranvías, ocasión en la cual rompen por todo cocheros y conductores de carros, y entran con sus vehículos por las aceras, como Pedro por su casa, ni tampoco paremos mientes en lo que ocurre cuando, próxima á los rieles del tranvía, avanza la valla, pintada de azul y blanco, de un edificio en construcción, pues los peligros entonces se multiplican y agigantan.

Quejábase el articulista de «la turba numerosa de burros de yesero que marchan al trote, levantando una nube de blan-

co polvo», con lo que las ropas de los transeuntes quedaban «como nevadas en un abrir y cerrar de ojos». Esto ocurría entonces, y ocurre hoy en mayor escala con los carros dedicados á aquel tráfico, y ni extraña ni sorprende á nadie, como otras muchas cosas; pero el articulista recuerda que «á todo esto es sábado y hay limpieza doméstica, y están en movimiento centenares de escobas»; que «aquí sacuden un ruedo, y cubren» al que pasa «de curiosas bedijitas de esparto; allá recorren por la parte exterior el *rodapié* [del balcón], y le regalan (se entiende que al feliz transeunte) los productos de la operación, mientras una fámula de cuarto bajo, sacando *la tremenda* por entre hierro y hierro de la reja, le echa en la cara (se sigue entendiendo que es la del transeunte) lo que ella (la fámula) no quiere conservar en el suelo...»

Por fortuna, esto último de *la tremenda*, que debía, en realidad, de serlo, aunque podría aún acontecer en ciertos distritos del extrarradio de la Corte, ya no es un peligro en ella; pues no se hace... por innecesario, habiendo como hay en cada cuarto lugares adecuados y propios, por modesta que sea la casa. No en todas se sacude ruedos por los balcones, pues la suntuaria moderna ha variado mucho; pero sí son sacudidas las alfombritas, las mantas de las camas, las faldas que han lucido en los paseos las señoras y las señoritas, y en el verano, además, las esterillas de junco de las alcobas, con lo cual se puebla el aire de los terribles microbios, causa y origen de todas las enfermedades habidas y por haber en nuestros días.

No dice el articulista nada del riego de tiestos y macetas de los balcones, que continúa sin novedad y á la orden del día; pero habla de la limpieza á punto de escoba de los *rodapiés* de los balcones. Y como acaso haya lectores que no hagan memoria de los tales *rodapiés*, porque en los balcones modernos han sido reemplazados por la orla inferior de los volados antepechos de hierro, conveniente será recordar eran unos tablones de pino, articulados en sus extremidades para acomodarse al

suelo del balcón, y que pintados de verde se colocaban en él para impedir que desde la calle fueran vistos los bajos y algo más de las mujeres que se asomasen.

Al riesgo de que taberneros en todo tiempo y horchateros en verano os arrojen sobre las piernas el agua contenida en los lebrillos donde han recogido la que les sirvió para limpiar mostradores y enseres, acompaña hoy, como debía acompañar entonces, el de la descarga de los serones de carbón vegetal, y además actualmente la de los sacos de cok y de antracita, con la ventaja de que no disfrutaron nuestros padres de los baños que nos hacen tomar, lo mismo en los días lluviosos del invierno, que en los secos de la estación estival, los mangueros de la Villa, encharcando las calles, y siendo con la humedad y con la evaporación acuosa que producen, causa de muchas enfermedades en las mujeres, ya que se prescinda del lodo de que llenan nuestras ropas y del deterioro insalubre que ocasionan en el calzado los riegos.

Si no son en las calles céntricas tan frecuentes las recuas «de robustos machos arreataados» que en interminable fila impiden por largo rato el pasar de una á otra acera, ni faltan en ocasiones «una coleccioncita de cincuenta carretas que caminan más despacio que pleito entre pobres», y obligan al transeunte á insoportable espera, si no quiere «aventurarse á dar un salto entre zaga y astas, con riesgo inminente de morir como Pepe-Hillo, sin ser torero», ni visitas afectuosas hechas por familias enteras en las esquinas, ni ociosos que colocados en el encintado de las aceras impiden el paso, principalmente en la desembocadura de la *calle de la Montera*, donde la parada de los tranvías, los coches que suben y bajan, las caballerías cargadas ó sin cargar, los carros, y ahora precisamente los deliciosos que llevan la carne muerta á la *carnicería* de Niembro, contra todo discurso establecida en la *Puerta del Sol*, hacen el paso de uno á otro lado más peligroso que el del fantástico puente, estrecho como un cabello, por el cual han de cruzar, según la doctrina mahomética, los fieles, cayendo

desde él al infierno los condenados, y salvando los justos toda dificultad para entrar en el Paraíso.

«Pues supongamos que de repente se nubla y empieza á diluviar» — propone el articulista. «Entonces es de admirar la previsión que ha presidido al empedrado de las calles, que se convierten media hora después en impracticables balsas; entonces se reconoce y se bendice, y se ensalza y se encomia la oportunidad verdaderamente maravillosa de los canalones que, sin duda para complemento de los designios de la Providencia, vierten en junto y á torrentes el agua que de otra suerte no caería sobre nosotros sino á gotas.» En balsas precisamente no se convierten las calles en nuestros días: lo uno, por el alcantarillado; y lo otro, por la convexidad que para recoger las aguas pluviales se les ha dado; pero que son por extremo resbaladizas las asfaltadas, y que las restantes, ya de cuña de basalto, ya berroqueña, ya de otro sistema de los varios utilizados, se encharcan y se ponen intransitables, no hay para qué decirlo: no siendo por dicha frecuente que un individuo que se disponga «á saltar el crecido arroyo», por «fijar mal el pie» tome «un baño sin desnudarse en medio de la *calle Mayor*», ni tampoco ocurre ya «se agrupen y se apiñen cincuenta personas para pasar el improvisado río sobre malseguro banquillo de madera; y aunque pasan algunos con toda felicidad, á lo mejor—escribe el autor á quien se alude—vuélcase el endeble y estrecho puente, y dan otros con sus cuerpos en el lodo».

Eran, con verdad, incómodos los canalones, aún no desaparecidos en muchas provincias y poblaciones de orden secundario. Para el desagüe de tejados y cubiertas en los edificios, bastaba el *goterial*, de que tantas veces habla Pereda en sus novelas de la Montaña, y que subsiste todavía, no sólo en los casucos de ella, sino en los de los pueblos; procedimiento sencillo, pues las tejas salientes del alero vertían con insistencia gota á gota el agua de los cielos sobre el transeunte, á la linde misma de las casas. En las construcciones de cierta importancia, y á fin de conseguir la rapidez mayor posible en el des-

agüe, desde el siglo XII fueron empleadas las *gárgolas*, las cuales utilizó como elemento de ornamentación el estilo ojival, labrándolas en mármoles ó piedras, y ya en los siglos XV y XVI eran de plomo, y á las veces de barro cocido, contribuyendo grandemente, por lo fantástico de sus representaciones, á la decoración de las fachadas en los palacios principales.

A la postre, hechas de zinc, y conservando por tradición algo de lo que fueron en las dos centurias últimamente citadas, las *gárgolas*, convertidas en *canalones*, figuraron en todos los edificios, y derramaban el agua pluvial á modo de surtidores en lo que se dijo *el arroyo*, ó centro de las calles, pues antes de que se hiciera el alcantarillado en verdadero arroyo se convertían, tal y como lo pinta el articulista de *El Panorama*. Los inconvenientes que para la circulación y el tráfico resultaban de los *canalones*, obligó á reemplazarlos por las bajadas de agua que, recogiendo las de los tejados en cada edificio, las vertían en las cunetas de la calle, junto al encintado de las aceras, para lo cual se practicaron en éstas las canales convenientes, que cubrían planchas de hierro colado. Después se ha abandonado este procedimiento, y las bajadas de agua de los edificios abren sus bocas sobre la acera, y según la importancia de la lluvia, vierten á borbotones sobre aquélla, inundándola y mojando persistentes y terribles los pies de los transeuntes. De manera que, en realidad, no se sabe qué sea peor: si los antiguos *canalones*, que arrojaban el agua ruidosamente sobre la cabeza y los paraguas de los transeuntes, ó el sistema de nuestros días, que nos proporciona abundantes baños de pie y pierna, con peligro de la salud y de la indumentaria.

A la caída de la tarde del memorable día 24 de Junio de 1858, vieron con inusitado regocijo los madrileños que de la fuente provisional, colocada al extremo superior de la *calle Ancha de San Bernardo*, en lo que es hoy próximamente desembocadura de la *calle del Divino Pastor*, y frente á la *de San Hermenegildo*, brotaba de un surtidor, á más de 90 pies de altura, el agua del Lozoya, traída por fin á la Corte después de

muchos planes y proyectos, cuantiosos dispendios, costosas obras y largos años de vicisitudes y de espera. La musa popular, aunque ramplona, trató de solemnizar el acontecimiento, verdaderamente fausto para Madrid, en una copla cuya intención y cuyo propósito se han desvanecido, pues aun en el corro cantan las niñas, sin saber qué dicen ni á qué aluden:

«La calle Ancha
de San Bernardo
tiene una fuente
con doce caños.»
«Las ricas aguas
son del Lozoya,
para las niñas
de Zaragoza, etc.»

Claro que nada tienen que ver las niñas de Zaragoza con las aguas del Lozoya, salvo la asonancia del nombre de este río con el de la invicta ciudad aragonesa; pero ello es que la musa popular se creyó en el deber de consagrar el hecho, llamado á variar con el tiempo la fisonomía de la Villa y Corte, y á alterar sus condiciones higiénicas, mejorando unas y haciéndola perder otras, como acontece con los riegos, los cuales, á vueltas del beneficio que puedan proporcionar en un sentido, son grandes protectores del reuma y de otras varias dolencias que el vecindario de Madrid padece y antes no padecía. Sea como quiera, la traída de las aguas de aquel río, hasta que en las edificaciones modernas de poco más del último tercio del siglo XIX, llamado de las luces, se ha adoptado el procedimiento de colocar fuentes para el surtido de los inquilinos en cada cuarto, no modificó gran cosa las costumbres madrileñas.

Recordarán muchos cómo en torno del pilón de *la Cibeles*, del de la fuente de la *Red de San Luis*, del de la de *Antón Martín*, del de la *de los Galápagos*, y, en general, alrededor de todas las fuentes que no eran exclusivamente para uso del vecindario en particular, formaban círculos concéntricos cientos de cubas, depositadas en el suelo, con las cuales, como decía

Azcona en el artículo primeramente citado de *El Panorama*, «las falanges de Asturias y de Galicia, que militaban bajo nuestras gloriosas banderas», trasegaban «miles de arrobas de agua de las fuentes á nuestras cocinas», donde era la panzuda *tinaja* enser indispensable, que no ha desaparecido todavía, pues las turbias frecuentes del Lozoya, y las interrupciones y roturas de las cañerías, con otras causas que no siempre se cuidan de evitar los propietarios, le hacen necesario como depósito de reserva para casos tales. Suele aún, por los barrios extremos, discurrir de vez en cuando, como sombra desvanecida de otros tiempos, la figura del aguador; pero ya, ni es siempre asturiano, ni lleva la clásica montera y el traje provincial que antes le distinguía, ni hay aquel mercado de *cubas*, el cual era una especie de institución á modo de las vinculaciones, ni los mozalbetes y graciosos le hacen las jugarretas de antaño, ni el día de Reyes va — mucho menos después de la acertada y nunca bastante ponderada supresión de tan salvaje fiesta— con la escalera al hombro y la antorcha en la mano, corriendo harto de vino por esas calles al son de cencerros y sartenes, á esperar la venida de aquellos regios personajes.

Por 20 reales al mes, una ó dos veces al día, los forzudos hijos de Asturias subían las estrechas, sucias, malolientes y empinadas escaleras de las casas de Madrid, para verter en la tinaja el precioso líquido inodoro, incoloro é insaboro, que tomaban de las fuentes principales; platicar con la maritornes, paisana suya ó alcarreña, y majestuosa y solemnemente, con rigidez hierática, ó la prosopopeya del funcionario público de mayor copete, la colilla en la comisura de los labios, las greñas desbordando por bajo de la gentil montera, el remendado traje chorreando en incomprensible consorcio agua y mugre, y la vacía cuba al hombro, descender de nuevo, para volver á lo mismo en otro piso de la propia casa ó en los de la inmediata que tenía concertados. No era éste, sin embargo de su importancia, el único menester que el aguador, ó los hijos de As-

turias y Galicia, descendientes de los suevos, cumplían en Madrid por los años de 1833 y en los siguientes; demás de que ellos eran quienes sacudían las esteras de pleita y las alfombras en sazón oportuna, lo mismo en las afueras que en las callejuelas y aun vías mayores de la población, fama gozaban, no sin justicia, de honrados, y, como en Andalucía aún, veía-seles «porteando por doquier providenciales esportillos, elementos de aquella necesaria bucólica que todo el mundo saborea, aunque jamás haya saludado las de Virgilio»; ó lo que es lo mismo, en menos palabras, haciendo la compra cotidiana.

En esto ha mejorado sensiblemente el aspecto plástico de Madrid por las mañanas. En lugar de los estirados y patilludos rostros de los astures; de la nota poco agradable de su figura y de sus ropas; de sus famosos esportillos de palma, sujetos y colgados del hombro, henchidos de vituallas, rebosando verdura, y en que se confundían los comestibles,—más agradable es, de cierto, la bandada movible de airosas Menegildas que pululan y bullen por calles y mercados, con el cabello bien peinado, reluciente y adornado de peinecillos de brillante pedrería; la amplia toquilla de vivos colores envolviendo el busto y cayendo por delante sobre el blanco delantal; la falda de percal, de franela ó de lanilla, recogida señorilmente lo bastante para enseñar la falda bajera, las enaguas y el pie, por lo menos, calzado con lustrosas botinas de tacón Luis XV; la enorme cesta de blanco mimbre al brazo; el bolsillo, indispensable ya, en la mano libre, cuyos dedos adornan las sortijas de *doublé* y de plata; el torso inclinado hacia atrás por el peso de la cesta, y la cara, más ó menos bonita, más ó menos juvenil y picaresca, coloreada por el ambiente fresco de la mañana.

A estas horas del día refería con muy mal gusto en los calificativos el escritor citado «el Madrid grosero, prosaico y estacionario»; en ellas reinaba la que con desprecio incalificable llamaba «la plebe», asegurando, aunque no sin excepciones, que en ellas Madrid pertenecía «al dominio de la chaqueta y del sombrero calañés; al del zagalejo corto y de la manti-

lla manola». Ni la chaqueta, ni el sombrero calañés, ni el zagalejo corto, ni la mantilla de tira ó de casco de la manola existen ahora, sustituidas aquellas prendas por la cazadora, la pelliza y la blusa la primera; por la gorra peluda ó de seda, de varia forma, la segunda; por la falda de percal, de franela, ó de lanilla la tercera, y por el peinado artístico y lustroso la última; pasando así á los dominios de la arqueología las que menciona y enumera como constituyentes de la indumentaria popular en 1840, y que con corta diferencia debieron en 1833 constituirla.

Mercados propiamente tales y con este título no había en aquella época. Hasta poco antes de ella, y mientras con más ó menos constancia continuaban las obras de reconstrucción de lo arruinado por terrible incendio en la *Plaza Mayor* la noche del 16 de Agosto de 1790, sirvió la *Plaza* de mercado general de comestibles, como sirven sus análogas en las capitales de provincia. Aún, para descrédito y rubor de la que lo es de España, presenta el aspecto repugnante de los *zocos* marroquíes la *Plazuela de San Miguel*, como en 1833 lo presentaba. Cajones estrechos, mal olientes y alineados á guisa de calles formaban entonces y forman hoy el mercado, donde hay de todo, siendo á la sazón el más surtido de la corte. Ideada por D. Antonio Regás, á espaldas del *Convento del Carmen Calzado*, cuyo emplazamiento ocupa un Juego de pelota, hizose la *Plazuela del Carmen*. A ella, en 1830, fueron trasladados los malhadados *cajones* que existían en el anchurón de la *Red de San Luis*, y, á pesar de que los expendedores de carnes, de pescados, de caza y de verduras han procurado hermosear con cuanto han podido los dichosos *cajones*, el aspecto de aquel mercado es tan repugnante como el de los otros.

No sin razón el ilustre montañés D. Ángel Fernández de los Ríos, infatigable y entusiasta propagandista que fué de todo elemento de cultura, activo político y escritor culto, de quien eran *El Siglo Pintoresco*, *La Ilustración* y *Las Novedades*, como lo fué el *Semanario Pintoresco Español*, fundado en

1836 por Mesonero Romanos, no sin razón, repetimos, pedía en 1876 desapareciese de paraje tan principal y céntrico la *Plazuela del Carmen*, diciendo: «De cuantos lunares afean á Madrid, no hay, por el sitio en que se halla, uno que más de prisa haga salir los colores al rostro del madrileño, cuando el forastero, que forzosamente ha de tropezar con él, puesto que su paso por las calles del Carmen y de la Montera es inevitable, se pára á contemplar la vergonzosa plazuela y algunas de sus avenidas».

Cajones, puestos y tenderetes obstruían de un modo horrible la *Plaza de la Cebada*, que ha recobrado su nombre, después de recibir en 1868 el de *Plaza de Riego*; y aunque de 1870 á 1875, en que fué inaugurado, se ha construído allí un Mercado de hierro, cuya superficie mide 6.326 metros cuadrados, no por ello ha mejorado el aspecto de la *Plaza*, ni han desaparecido los puestos, que por las calles *de la Ruda* y *de las Velas* en confusión inaguantable se corren hacia el *Rastro*. *Cajones* tuvo la *Puerta del Sol*; *Cajones* la *Plaza de Antón Martín*, la *de Santo Domingo*, que, «aunque irregular y costanera, es el mercado más desahogado de Madrid», como decía en 1833 Mesonero Romanos; *Cajones* la *de los Mostenses*, hasta la construcción insuficiente del Mercado actual, que no ha resuelto ni evitado nada, y ¿á qué seguir?, pues los *cajones* fueron y continúan siendo la obsesión de ediles y de mercaderes, á quienes nadie persuade de lo primitivo, inconveniente y horrendo de tan ridículas casetas, «que, ó abiertas y sucias para reclamo de toda especie de insectos» sirven, «ó cerradas y privadas de aire exterior, como si tuvieran por objeto la putrefacción inmediata de las carnes» aparecen.

Construyó el interés particular, años hace, cual un gran adelanto, pero siempre por el sistema de *cajones*, faltos de condiciones higiénicas, el mercado *de San Ildefonso*, entre la *Plaza* de este nombre, la *calle de la Corredera*, y la confluencia de la *de San Joaquín* y *Santa Bárbara*, y el *de San Antón* entre las calles del *Arco de Santa María*, *de Pelayo* y *de San Barto-*

lomé, con otros por el estilo; pero pequeños, insuficientes, sin ventilación, están pidiendo en balde la ampliación indispensable que les haga dignos de la población y aptos para el fin que les es propio, si ha de desaparecer el aspecto africano y afrentoso que ofrecen con las calles que les circundan. Esta falta de mercados en Madrid justifica la frase, aquí corriente, de *ir á la plaza* para expresar la de hacer la compra diaria, en lugar de la de *ir al mercado*, que se emplea en otras partes.

Con cuánto dolor hay que reconocer que desde 1833 hasta el presente, en el concepto á que venimos aludiendo, la Villa del Oso y del Madroño no ha prosperado lo suficiente para ponerse al nivel de las poblaciones de su categoría en el extranjero! Las costumbres se templan y se modifican y se varían por la educación; y falta hace educar á los pobres mercaderes que pululan en torno de las mencionadas *plazas*, para convencerles de la conveniencia y de la utilidad de emplear otros procedimientos para la venta, como hace falta facilitarles sin menoscabo y daño de sus intereses locales adecuados para ello. Otros mercaderes, los tablajeros y pescaderos, señores absolutos de la mercancía y del dinero del parroquiano—á quien obligan á recibir lo que ellos quieren,—como realizan pingües ganancias por éste y otros caminos provechosos, no se muestran propicios á alterar sus hábitos inveterados; y el Ayuntamiento, sea cual fuere, no cuidando sino de la cobranza y percibo de las licencias de puestos ambulantes, que deben producir cantidades no despreciables, deja con incalificable pereza sigan las cosas en tal estado, sin preocuparse de la dignidad de la Villa, y lo que es ó debía ser también de superior importancia: del interés del vecindario.

No con entero respeto á la verdad, sino con pesimismo depresivo incomprensible en él, decía hace justamente treinta años Fernández de los Ríos en su *Guía*, que tan útil es para conocer los progresos de la Corte, que «todavía el año 1834 no había en Madrid otras que tiendas mal surtidas, cuya apariencia exterior en nada se diferenciaban de las que se veían en los

pueblos más atrasados: todas carecían de escaparates, y se cerraban á las dos de la tarde para que comieran los dueños y dependientes, no abriéndose hasta dos horas después en el verano para que tuvieran tiempo de dormir la siesta, patriarcal costumbre que, extendiéndose á todas las casas y personas, daba á la Villa, á la mitad del día, el triste aspecto de una Pompeya voluntaria».

«En 1835 —prosigue— llamaron la atención general la *Perfumería de Diana*», que aún en 1876 existía en la *calle del Caballero de Gracia*, pero que de allí ha desaparecido, «y una tienda de quincalla, que con este apellido por muestra, *Lacombe*, se abrió en el número 1 de la *calle de la Montera*, casa que ha sido derribada para ensanche de la *Puerta del Sol*; colocaron ambas las primeras portadas y escaparates al uso de París, remedando los mostradores, las anaqueleras y los accesorios de los almacenes extranjeros; excitaron vivamente la curiosidad, obligaron á salir de su apatía á los tenderos, acabaron con la huelga á pretexto de la comida y la siesta, y extendieron rápidamente hasta los más apartados barrios la completa reforma de las tiendas madrileñas, que bien lo necesitaban.»

Triste sería el cuadro, si fuera en todas sus partes cierto; pero por más que los almacenes y las tiendas de hace setenta y tres años no pudieran racionalmente resistir la competencia con las instalaciones de nuestros días, no todas ellas de igual modo lujosas, —bueno será, para que el lector se halle en disposición de formar idea, ya que hemos reproducido las palabras de Fernández de los Ríos en 1876, reproducir también aquellas otras con que en su *Manual de Madrid* daba Mesonero Romanos en 1833 noticia de las tiendas á la sazón existentes en la Corte, aun descontada la pasión que al insigne pintor de nuestras costumbres hubiera de haber inspirado su nativa patria. Dice, pues, así Mesonero Romanos:

«...Se encuentran en Madrid infinidad de tiendas de toda especie donde puede cualquiera satisfacer sus gustos ó necesidades en proporción al gasto que quiera hacer.» «Los produc-

E. M.—*Mayo 1906.*

tos y manufacturas de esta Villa se mezclan en ellas á los más célebres de las provincias, del extranjero y de ultramar.» «*Grandes almacenes elegantemente adornados* y servidos por diestros y amables jóvenes convidan con todos los objetos del lujo más delicado.» «*Las brillantes tiendas* de las calles *Mayor, Carretas y del Carmen* ofrecen todos los caprichos de la moda en punto á *vestido*, y allí es adonde concurren á tributar sus sacrificios la elegante beldad y el almibarado *petime-tre*.» «*Los surtidos almacenes de paños y las lindas tiendas de quincalla* de las calles *del Carmen y de la Montera* ofrecen á los mismos los refinamientos de la industria extranjera y los esfuerzos de la nacional.» «*Fruto exclusivo de ésta* son los almacenes de la *Puerta del Sol, calle de la Montera* y otros; los *galones y cintas* de la *Plazuela de Santa Cruz*; los *botones* de las calles *de Carretas y de Atocha*; las *flores y plumas* de las calles *de la Montera, Carrera de San Jerónimo* y otras; los *percales* de la *Fábrica de San Fernando*, que se despachan en las calles *de Carretas y Plazuela del Angel*, como asimismo otros objetos del vestido de la más elegante sociedad; al mismo tiempo que los *almacenes de paños* en la *calle de Toledo, Mayor* y otras muchas, los *lienzos* de la *calle de Postas* y las *roperías* de la *calle Mayor y Atocha* surten de géneros del reino, que compiten con los extranjeros, á aquellas clases á quienes una preocupación ridícula no obliga á sacrificar su fortuna á una vana apariencia.»

«Otras infinitas tiendas derramadas en todas las calles de la capital y decoradas más ó menos, ofrecen el *surtido de todos los objetos*; entre ellas citaremos los *almacenes de muebles de casa* de las calles de *Hortaleza, Caballero de Gracia, del Carmen, Jacometrezo* y otros muchos; los de *papel* de la *Plazuela del Angel, calle de Majaderitos* (1), *del Carmen, del Arenal,*

(1) Había dos: *Angosta y Ancha de Majaderitos*, formando parte de la que hoy se llama *de Espoz y Mina*, y saliendo frente al *Teatro de la Cruz la Angosta*, que torcía en dirección á la *calle de Carretas*, y lleva hoy nombre de *calle de Cádiz*; la *Ancha* es la actual *de Barcelona*.

del Prado, Atocha y otros muchísimos; los *despachos de alfombras y alabastros* de la Compañía de Empresas varias, en la *calle de la Reina*; las *tiendas de hierro, acero, metal* y otros objetos de la *Subida de Santa Cruz*», hoy *calle de Esparteros*; las de *vidriado y porcelana* de la *Plaza Mayor, calle del Arrenal y del Desengaño*; las de *crystal y loza* de las Reales Fábricas de La Granja, Moncloa y Aranjuez, sitas en la *calle de Alcalá y Carretas*; las de *estampas*, en las calles de *Atocha, Jacometrezo, Carmen, Majaderitos, Carretas*, y el *almacén de mapas* de la *calle del Príncipe*; los de *música* de la *calle de la Gorguera, Carrera de San Jerónimo* y frente á las *Gradas de San Felipe*», esto es, en la *calle de Esparteros*; «*las Covachuelas*», en las mismas *Gradas*, «donde se venden *juguetes de niños* y otros objetos; y las muchas y abundantes *lonjas de sedas*». «Por último, encontraremos también *la riqueza y elegancia* de las *boticas* de todas las calles, y *la provisión admirable* de los artículos de los tres reinos que encierran las *droguerías* de las *calles de Postas*», donde en edificio nuevo subsiste la famosa de *Trasviñas, Tudescos y Subida de Santa Cruz*».

Esta curiosa relación que hace Mesonero Romanos, y que nos facilita hoy el conocimiento de la distribución comercial en Madrid el año de 1833, contradice en mucha parte, cual habrán reparado los lectores, lo afirmado por Fernández de los Ríos; pero aún más todavía, la ampliación que el propio Mesonero consigna, diciendo á renglón seguido: «Toda esta reunión de tiendas y comercios, *que desde las magníficas columnas y brillantes cierros de cristal van descendiendo hasta los portales y rincones más oscuros*, prestan al aspecto de Madrid una animación singular». «Sin pretender establecer comparaciones ni preferencias, séanos lícito indicar como una prueba de lo que el buen gusto ha ganado últimamente en el adorno de esta clase de establecimientos las tiendas siguientes: *almacén de géneros* de Carrillo, *calle de Carretas*; los de la *calle Mayor* frente á la casa del conde de Oñate», edificio cuya reedificación se hace actualmente; «*las tiendas de quincallería* de Du-

til, hermanos, y otra, número 29 de la *calle de Carretas*; la de *Scrop* y demás de dicha clase de la *calle de la Montera*», establecimiento que muchos recordarán en el número 4, donde hoy se halla la *Camisería de Ventura López*; «la *platería* de Huidobro, calle de *Carretas*; la de la *Plazuela del Angel*», que era de Moratilla; «la de la *calle del Príncipe*, y dos en la *calle del Carmen*; todas las *confiterías* en general, y particularmente la de los *Andaluces*, *Carrera de San Jerónimo*; la de la *calle de Alcalá*, la de la *del Príncipe* y la de la *calle Mayor*; las *peinerías* de la *calle de Carretas*; las *boticas* de la *Plazuela de Santa Ana*, *calle de la Montera* y *calle del León*; la *Florista* de la *calle de la Montera*; el *Almacén de Mapas* de López, *calle del Príncipe*; Rulla, *constructor cronometrista*, *calle del Carmen*; una *perfumería* y una *sombrerería* en la misma calle, y otras infinitas tiendas que sería prolijo enumerar, sin que muchas de las que se dejan por citar desmerezcan en nada á las que al pronto han ocurrido».

El propio Mesonero, celebrando desde las columnas de *El Semanario Pintoresco Español* en Mayo de 1836 el establecimiento de una *Fábrica de guantes* en la *calle de la Montera* «conforme entramos por la siniestra mano viniendo por la *Puerta del Sol*», escribía largo artículo encomiástico y humorístico como todos los suyos, é incluía un grabado de la portada, en la cual se pretendía remedar la belleza de las líneas ojivales; de ella decía el articulista era una «composición *romántica*», donde «bajo el aspecto y formas arquitectónicas de la Edad Media, se observan todos los progresos, todos los encantos del arte civilizador», y en ella hallaba «una larga serie de siglos, una cadena de progresos, una historia escrita en madera, cristales y cabritilla, parecida á la que Víctor Hugo traduce del original de piedra al francés, en *Nuestra Señora de París*». En Mayo también, pero del año 1837, conmemoraba el *Semanario* la apertura de la *Perfumería de Diana* en la *calle del Caballero de Gracia*, y publicaba un grabado de la portada, manifestando: «el interior es correspondiente á esta

elegancia, y siendo ella tan esmerada, aun se distingue más este establecimiento por la prodigiosa reunión de artículos correspondientes á su siglo».

Fernández de los Ríos censura ciertos ensayos hechos aquí por el Comercio, citando el del titulado *Villa de Madrid*, «que fué causa de considerables quebrantos de fortuna». Pero si no prosperó aquella tentativa—añade—contribuyó poderosamente á dos cosas, una buena y mala otra: á que el interés individual fundara excelentes almacenes, tiendas y bazares, y también á una terrible invasión de la charlatanería francesa que lo ha atropellado todo, muestras, títulos y anuncios, llegando á hacer del vocabulario mercantil un manantial de galicismos, que va tomando todas las proporciones de grave enfermedad para la lengua de Cervantes. «Da grima—concluye—tropezar á cada paso con tiendas que tienen por título *A la Villa de París*, y con las frases: *alta novedad, confecciones, artículos en blanco, liquidación forzada* y otros por el estilo.» Qué no habría dicho, si hubiese leído que *se plisan telas*, y otras muchas locuciones que prueban es el lenguaje comercial tan híbrido como los géneros, y que, penetrando en el uso, por él habrán de tomar carta de naturaleza, pues el uso es señor soberano del idioma.

En la actualidad «el comercio madrileño es muy importante, pues no existen español ó extranjero que visiten á la Corte, sea por recreo ó curiosidad ó por negocios, que no compre algo de lo que necesita si le llama la atención»; reconociendo quien esto escribe en Barcelona, que «el comercio de Madrid es el más importante de España, y el que en mayor grado contribuye á sostener las cargas del Estado»; que «Madrid tiene comercios muy lujosos, muy bien surtidos, muy bien acondicionados; tiene también bazares importantes, como el de *La Unión* y el que se titula *Bazar X*; posee asimismo grandes bazares de ropas hechas, como el de *El Águila* y de *Isern*; zapaterías muy lujosas», etc., etc. Pero si todo esto es verdad, falta por hacer mucho todavía en pro de la Villa y Corte, la cual, poco á

PERTENECI A LA BIBLIOTECA DE
ATENEO BARCELONÉS DE I

poco y como puede, se esfuerza por sacudir el peso de las ajenas culpas que sobre ella gravitan y la aplastan, sin que nadie la ayude, sin que nadie la compadezca, sin que nadie se interese realmente por ella, afanosos todos por hacer su negocio personal, sin cuidarse de otra cosa, y subordinando cuanto existe al mencionado negocio, que es el que impera en nuestros tiempos como dueño y señor de las conciencias.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

EVOLUCIÓN PENITENCIARIA

Todo el que haya seguido con atenta observación el movimiento penitenciario en España no podrá menos que convenir en que se han dedicado tiempo, trabajo y medios materiales al planteamiento y solución de los trascendentales problemas que la materia entraña, y en que la Administración de Prisiones, aunque lenta y penosamente, ha evolucionado en sentido progresivo, sobre todo desde mediados del siglo anterior hasta la fecha.

Es cierto que si se establece un paralelo entre el estado en que se hallan tales cuestiones en los países más cultos de Europa y de América y el que presentan en el nuestro, la resultante es poco placentera, porque acusa una diferencia extraordinaria y pone de relieve nuestra deplorable situación actual.

A este fin han contribuído la falta de fijeza en las orientaciones, la volubilidad en los propósitos, la carencia de pensamiento perseverante y reformador, de carácter nacional y de naturaleza colectiva, que elevándose sobre las mudanzas de personas llamadas á dirigir este Ramo desde los puestos más altos de la Administración, y sobre los criterios individuales y, por lo general, contrapuestos que la sucesión en los cargos trae aparejados, marcara una norma estable, producto de las necesidades que se sienten, de los procedimientos que rigen ó se acarician, y de las aspiraciones de cuantos anhelan su reforma, mejor aún, su transformación urgente, á cuya norma, por su bondad y eficacia, por señalarla el bien general y por

imponerla la opinión pública, hubieran de sujetarse los encargados de la dirección superior de tan importantes y trascendentales problemas.

Así ha hecho Bélgica, y desde 1771, en que Vilain XIV inicia la reforma en Gante, y se da comienzo á la Penitenciaría central de esta floreciente población, hasta la fecha presente, en nada ha variado lo esencial del plan que aquel reformador ideara, no obstante haber pasado por la administración penitenciaria belga figuras de tanto relieve como Ducpetiaux, Stevens y Prins; y Bélgica, que á fines del siglo XVIII se avergonzaba de sus hediondas Prisiones y del estado abyecto en que los prisioneros yacían, hoy ha transformado las 29 que cuenta en celulares, excepto las de Nivelles, Tournhout, Audernaerde y una de las dos de Bruselas, en cuya transformación trabaja, en edificios higiénicos y en centros reformadores; y á la población reclusa, en ordenada, laboriosa y productiva.

No era mejor el estado de los establecimientos ingleses que el de los belgas cuando John Howard levantó su filantrópica voz y emprendió su apostolado para redimir á los caídos en los inhumanos encierros penales y carcelarios de la Gran Bretaña. Y aun cuando se decretó más tarde la deportación á la Australia, y aun cuando el laborioso capitán Maconochie y el insigne penitencionista Crofton modificaron los planes de Howard para adaptarlos á la realidad y á las necesidades del medio y de las nuevas tendencias sociales de aquella nación, lo esencial del pensamiento se ha conservado á través de la pasada centuria, y cada situación política y las personalidades administrativas más salientes, han procurado y conseguido empujar la reforma y acelerar los adelantos, tomando por base los sólidos principios y el meditado plan de aquel gran reformador.

Francia emprende briosamente la reforma con la publicación del Código de 1810, y sobre esta base levanta su legislación punitiva, cuya expresión más completa y perfeccionada se

encuentra en las leyes de 1888 y 1891, debidas á la iniciativa del senador Beranger; establece sus nuevas instituciones penitenciarias, las desarrolla con perseverancia y alcanza un grado de perfección que con justicia la coloca en preferente lugar entre los países más adelantados y cultos.

No ha existido en el proceder de Francia un criterio unitario. Desde que las reformas se inician, dibújanse en esta nación dos tendencias que dan origen á dos escuelas rivales en lo que atañe á la ejecución de las penas: la escuela que defiende la reclusión en recintos adecuados en territorios de la Metrópoli, y la que aboga por la transportación á sus lejanas colonias de los delincuentes más pertinaces y peligrosos. Mas no obstante esta dualidad de criterios, en los cuales han perseverado y perseveran los partidarios respectivos, con ellos han conseguido una buena organización penitenciaria en Francia y una acertada colonización penal en sus posesiones ultramarinas, sobre todo en la Nueva Caledonia, que hace poco más de medio siglo era una isla semidesierta y selvática, y hoy se la tiene por sus poseedores como la «Perla del Pacífico», cuyo cambio se ha conseguido por virtud y eficacia del trabajo de los contingentes penales á la misma deportados.

En Italia, en Alemania, en Portugal y en otros países europeos, existen también orientaciones definidas, que se siguen con constancia, como sucede en América, así en la sajona, que ha construído sus grandes reformatorios y planteado la traslación al Oeste de los delincuentes habituales y de los malhechores que ofrecen mayor peligro, como en la latina, que en varias Repúblicas ha acertado á organizar satisfactoriamente la administración que tratamos, y cuenta con espléndidos edificios carcelarios y penitenciarios en capitales como Méjico; Buenos Aires, Quito y otras, de nueva construcción y de estructura celular, que, tanto en arquitectura cuanto en su régimen, responden á las exigencias de los progresos modernos.

España no se ha reducido en esta materia á persistente

quietismo; pero como el movimiento se ha operado en direcciones distintas unas veces y con rumbos contrarios otras, y como en la marcha ha habido períodos de estacionamiento más ó menos prolongados, nos hemos movido, sí, y en ocasiones bastante más de lo que un discreto criterio aconsejaba y las circunstancias consentían; pero hemos avanzado muy poco, por las razones expuestas, en comparación con los pueblos á que se hace referencia. Por esto, si se exceptúa alguna que otra Prisión de nueva planta en que se aplica el sistema celular, el régimen de aglomeración impera en los establecimientos, aun en varios celulares, y en ellos domina la ociosidad, con todos los vicios y daños que de la misma dimanar; por esto, el sistema penitenciario español, científica y racionalmente considerado, aún se encuentra en el período de su iniciación, según lo consideraba no ha mucho mi ilustre amigo M. Rivière, secretario general de la Asociación de Prisiones de París; por esto no se han implantado la libertad condicional, ni la sentencia indeterminada, ni existen las sociedades de patronato para los cumplidos, ni las colonias penitenciarias agrícolas, ni las escuelas industriales y de beneficencia para los jóvenes, que en los pueblos citados tanto abundan y tan fructíferos resultados producen desde la ya larga fecha en que se establecieron y vienen, con éxito cumplido, funcionando.

Dolorosa impresión causa el cuadro precedente; pero la sinceridad de un lado, y la persuasión de que para curar las llagas sociales debe comenzarse por estudiar las causas que las producen, su verdadera etiología, y precisarse su intensidad y extensión, de otro, obligan á presentar la realidad tal cual es: que más útiles resultan para los intereses generales las exposiciones francas que las manifestaciones veladas, en toda clase de problemas, pero especialmente en lo que á los penitenciaros atañe, por el evidente atraso en que en España se encuentran.

Y no es, ciertamente, porque hayan faltado ni falten iniciativas y buenos deseos; lo que ha faltado ha sido fijeza en las orientaciones y perseverancia en el trabajo.

Dos siglos antes que Howar (1775) comenzara su cruzada contra los vicios reinantes en las Prisiones inglesas, el canónigo Sandoval, en Toledo (1564), publicaba su *Tratado del cuidado que se debe tener con los presos*; el doctor y consejero real Cerdán de Tallada, en Valencia (1575), escribía su libro *Visita de la cárcel y de los presos*; Chaves (1585) daba á luz la *Relación de la cárcel de Sevilla*, impresa en esta capital, y los tres echaban las bases de un tratamiento penitenciario racional, caritativo y filantrópico. En 1804 se publicó en España la *Ordenanza de los Presidios de los arsenales de Marina*, en la cual se establece el sistema de clasificación y se bosqueja el progresivo, que Crofton desarrolla y perfecciona y hace célebre más tarde (1853) en la Gran Bretaña, su patria. El tratamiento protector de los penados adultos, el educativo de los jóvenes delincuentes, que han tomado tanto vuelo durante el pasado siglo en las naciones mencionadas, fué presentado en la nuestra y se llega á delinear su implantación en los estatutos de la Sociedad *Dulcísimo Corazón de Jesús* (1572), que se reproduce por la *Real Asociación de la Caridad* (1779), por la del *Buen Pastor* (1802), por la *Filantrópica* (1839) y por otras iniciativas posteriores. Todas estas doctrinas se sostienen y propagan por notables publicistas españoles, á cuya cabeza figura la eximia pensadora D.^a Concepción Arenal, secundada en su tiempo por Romero Girón, Lastres, Armengol y otros, y seguida hasta el día, aunque adoptando distintas direcciones, por Canalejas, Dorado Montero, Salillas, varios individuos del Cuerpo de Prisiones y otros extraños á él, que en esta obra de regeneración social y de tan subida importancia toman parte.

Tampoco el elemento oficial ha permanecido inactivo. Estimulado por la bienhechora acción de pensadores y propagandistas que, á partir de 1870, comenzaron la meritoria labor de importar á nuestro suelo y sistematizar en sus libros las nuevas ideas que en el extranjero se agitaban, hombres de gobierno, aunque en reducido número, procuran condensar las teorías, las traducen á la realidad y las hacen cristalizar en

atinados proyectos. Romero Robledo, como ministro de Gobernación, concibe el propósito de demoler la vieja Cárcel de Villa, el inmundo *Saladero*, y construir de nueva planta un edificio que respondiese á las exigencias de la capital de España y á los anhelos de nuestros publicistas. Y uniendo al pensamiento la acción, con la energía, la constancia y la decisión que en el ilustre repúblico eran características, dicta la ley de 1876, comienzan las obras, y en 1883 se inaugura la Prisión Celular de Madrid, que se fija como tipo y modelo para nuevas construcciones. Don Venancio González, ministro también de Gobernación en 1881, sustituye, con acierto que siempre será aplaudido, el rutinario y viejo personal de cárceles y presidios por el Cuerpo de Prisiones, técnica y especialmente organizado, exigiendo á sus individuos la capacidad necesaria para llenar cumplidamente su difícil cometido. Canalejas, el elocuente tribuno é insigne sociólogo, al ocupar la cartera de Gracia y Justicia en 1889, promulga varios decretos, entre los cuales descuellan el de 21 de Octubre que estatuye el servicio de estadística, y el de 23 de Diciembre dedicado á convertir el secular Presidio de Ceuta en colonia penitenciaria, siguiendo la dirección que habían marcado el de 26 de Enero del mismo año estableciendo la deportación de los que extinguían más graves condenas á la isla de Mindoro (Filipinas), y la Real orden de la misma fecha iniciadora de la colonización penitenciaria interna.

Sufren después un estancamiento las reformas, hasta que en 1901 el ilustre marqués de Teverga, ministro, como el anterior, de Gracia y Justicia, acomete con plausible brío la transformación de lo caduco, y, maridando con fortuna la tradición y el progreso, basándose en aquélla y estimulado por éste, publica, entre otras disposiciones, tres decretos: uno relativo al personal de empleados, otro concerniente al sistema penitenciario aplicable á los reclusos adultos, y el tercero referente al tratamiento tutelar y educador á que deben someterse, á que se hallan sometidos en otros países los jóvenes

delincuentes; cuyas tres disposiciones, en las que se recoge la experiencia de las anteriores y se fija una nueva orientación, constituyen en su conjunto orgánico un completo sistema penitenciario. Otro gobernante de merecimientos indudables, D. Eduardo Dato, publicó en 1903 una serie de decretos en los que palpita un notorio buen deseo, acaso muy superior á la eficacia que tienen y á la que puedan tener en la práctica realidad de los servicios.

La experiencia con sus enseñanzas, y los servicios con sus exigencias, demandaban de consuno una atinada clasificación de Prisiones. Desde largo tiempo se venía trabajando para introducir tan necesaria reforma, y en Enero del año anterior fué decretada. No parece que al traducir el pensamiento en preceptos hubiera toda la previsión y el acierto necesarios para adaptar la idea á la realidad, á juzgar por las dificultades que para su aplicación se presentan, cuya reforma y cuyas dificultades requieren para su estudio mayor espacio que el señalado á este artículo.

*
* *

En comprobación de cuanto se deja expuesto, vamos á ampliar aquí algunos de los puntos que á la ligera se indican en las precedentes líneas.

Jóvenes culpables.—Los más elementales principios de tutela jurídica y de previsión social requieren que al joven delincuente, al desvalido ó al vicioso, se le coloque en un medio y se le someta á un tratamiento que le aparte de las malas influencias, que le eduque y le reforme, porque del menor de hoy, revuelto en la confusión carcelaria con los culpables adultos, entregado á sus instintos, saldrá necesariamente el criminal de mañana. Y este capital problema, que tanto preocupa en otras partes, se encuentra en España en lamentable abandono.

Los esfuerzos de las sociedades mencionadas antes resultaron por completo estériles; la iniciativa privada, salvo alguna rara y muy honrosa excepción, como Barcelona, no ha to-

mado parte en cuestión tan vital, y el Estado ha permanecido poco menos que inactivo en toda la pasada centuria. La *Ordenanza de Presidios* de 1834 y el Reglamento dictado diez años después disponen que los delincuentes jóvenes estén separados de los adultos. Pero como habían de permanecer en el mismo edificio penitenciario, y ni su estado de conservación ni su estructura eran á propósito para cumplir el precepto, y como el régimen imperante tenía carácter general, no era dable la separación y á todos se aplicaba el mismo procedimiento. Uno de los artículos, el 4.º, del Real decreto de 11 de Agosto de 1888, mandó que los menores de veinte años cumplieran sus penas en Alcalá. Mas como el sistema presidial no se cambió y los que ingresaban jóvenes con largas condenas permanecían allí, por regla general, hasta que las extinguían, la promiscuidad de edades y de penas era permanente y el tratamiento aplicable igual al de los demás Presidios.

A poner remedio al mal, vino el decreto de 17 de Junio de 1901, cambiando el nombre de penal por el de escuela de reforma, disponiendo el traslado de los jóvenes reclusos á otro establecimiento y fijando con minuciosidad y con acierto el sistema que se les debía aplicar. No llegó este pensamiento al período de ensayo, porque la disposición se derogó al poco tiempo por otra que dió al viejo Presidio el nombre de reformatorio, y es en realidad lo único en que ha cambiado.

Tal ocurre con los sentenciados desde presidio correccional hasta cadena perpetua que se albergan en el establecimiento de Alcalá de Henares. Los reclusos en las Prisiones preventivas y correccionales (hombres) arrastran vida más triste, porque la comunidad con los adultos de todas clases, delitos y condenas es forzosa y permanente. Para los mismos de la Prisión celular de Madrid, es bien deplorable su suerte y har- to dañosa su estancia en el recinto carcelario. No se hallan en el confuso montón que en las ruinosas bóvedas del inmundo *Saladero*; sufren en celda su reclusión, pero la celda no tiene para ellos más que la severidad de material aislamiento, que

si en los adultos es de resultados dudosos, cuando, como aquí sucede, se reduce á dura y desesperante soledad, para los jóvenes resulta de efectos contraproducentes, verdaderamente nocivos, así en la parte puramente física, por el quietismo á que se les condena, como en la fisiológica, por el vicio que suele dominarlos. Cierto que asisten á la escuela en común y en común también practican los paseos; mas los efectos bienhechores de la escuela de letras y el ejercicio del paseo son impotentes para contrarrestar la acción de la dura celda, que debiera servir solamente para el reposo nocturno; y falta lo más esencial, que es el trabajo en el taller, la enseñanza de un oficio en el que ejerzan su actividad durante la reclusión y del que puedan valerse para no reincidir una vez libres. A más de esto, se hallan en el edificio carcelario sometidos á su atmósfera, que es lo más perjudicial para su edad y condiciones; tienen la vecindad de los adultos; de continuo respiran el vaho de la delincuencia; y los efectos de la escuela y del paseo quedan desvirtuados por la acción continua de los otros elementos. Se precisa el perseverante esfuerzo y el vivo interés que su situación reclama, no sólo para atender á los que se encuentran reclusos, sino para protegerles cuando salgan de la reclusión, y, sobre todo, es necesario apartarlos del Presidio y de la cárcel, y colocarlos en establecimientos que sólo para ellos se hayan construído y sólo por ellos sean habitados.

Edificios.—La plausible iniciativa y la actividad desplegada para la construcción de la Cárcel Celular de Madrid, se detuvieron pronto y llevan lento y penoso desarrollo. En 1889 existían 16 Prisiones celulares; desde entonces á la fecha se han construído, por las corporaciones locales, 13 más; pero el Estado ha hecho muy poco para empujar la reforma y lograr adelantos. Sobre los cimientos de un derruído castillo feudal ha levantado en Chinchilla un edificio penitenciario, y transformado en penal el convento de la Victoria, del Puerto de Santa María. En cambio ha suprimido los de Valladolid y Zaragoza, que eran los mejores en su clase, y los de San Agus-

tín de Valencia, y Palma de Mallorca, que encerraban un crecido contingente de reclusos.

Consecuencia de estas supresiones son los apuros en que se encuentra la Administración para dar albergue al crecido contingente de penados que hoy existe.

De los edificios de vieja planta que quedan, son muy pocos los que reúnen condiciones para el objeto á que se hallan destinados. La mayor parte de ellos fueron construídos en lejana fecha, en remota algunos, para fines muy distintos del que ahora deben cumplir. Más de la quinta parte se levantaron para conventos, otros para casas consistoriales, algunos para pósitos, varios para fortalezas, hospitales, posadas, casas particulares, etc., no pasando de la cuarta parte los hechos para Prisión. Así se explica la falta de condiciones higiénicas, de seguridad y penitenciarias de que la mayoría adolecen; los insuperables obstáculos que presentan para la aplicación de los sistemas más en uso, como el progresivo y de clasificación; las dificultades para implantar y sostener un buen régimen; las insubordinaciones colectivas que á menudo se producen, y las numerosas evasiones que tienen lugar.

Colonización por penados.—Cuando los pueblos que hoy ostentan los mayores adelantos en problemas de Prisiones no pensaban ó se cuidaban poco de utilizar la fuerza y las aptitudes de los reclusos en las faenas del campo ó en trabajos de obras públicas, España colonizaba con ellos en Orán y en Ceuta, levantando en esta población los reductos y defensas, que han hecho de ella una de las plazas de guerra mejor fortificadas, y entraban en cultivo su campo exterior, convirtiendo en tierra labrantía y productiva el terreno montuoso y estéril de aquel territorio.

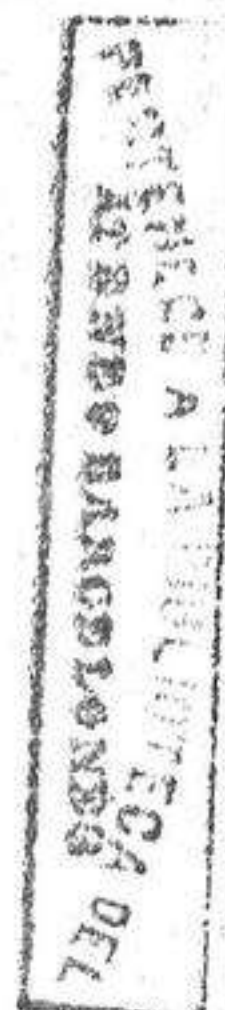
Más que por disposiciones legales, por la costumbre se fué desarrollando en Ceuta un régimen, un verdadero sistema de colonización penitenciaria, que vino á reglamentarse por el decreto de 1889, ya citado. Con la misma tendencia que este Real decreto, se dictó el que organizaba la colonia de penados

en la isla de Mindoro. El cambio de situación política, poco después acaecido, detuvo las reformas decretadas: la colonia de Mindoro no se llegó á establecer, y la de Ceuta no tuvo el desarrollo ni la eficacia que el autor de la disposición anhelaba, y los resultados han correspondido á los buenos propósitos que inspiran sus preceptos.

Queda indicado que la falta de fijeza en las orientaciones y de perseverancia para seguirlas es la causa de nuestro atraso penitenciario con relación á otros pueblos, y quizá en ningún problema, cual en este de la colonización penal, se evidencian tanto las afirmaciones precedentes. Al convertirse, con carácter preceptivo y por disposiciones emanadas de la Administración central, el Presidio de Ceuta en colonia penitenciaria, se querían transportar á aquella plaza africana la mayor parte de los contingentes penales que en la Península había. Pretendíase entonces transferir allende el Estrecho hasta 4.000 condenados, y hubo quien á la sazón propuso la creación de un establecimiento para todos los que extinguían condena. Al presente, cuando apenas ha transcurrido un cuarto de siglo, cuando todavía no se ha aplicado en toda su latitud el decreto orgánico de la colonia penal, por razones que no caben en los límites del presente trabajo, pero que á mi ver carecen de sólido fundamento, se aspira á que la población confinada desaparezca de allí, y que siga la misma suerte la de los otros establecimientos de nuestras plazas de Africa.

Bueno será que antes de disponer la ejecución de tal proyecto, se mediten y prevean las consecuencias que puede tener. En Ceuta se ha hecho el penal tan necesario á la plaza, que sin él sería, por de pronto, imposible ó muy difícil la vida en aquella población. Los reclusos ejecutan trabajos de indiscutible importancia, así en lo que atañe al orden militar como en lo que afecta á la vida civil. «Al cabo de tantos años de convivencia—se dice en el bien escrito preámbulo del decreto orgánico de la Colonia—el Presidio, tal como se halla constituido, ha llegado á ser tan indispensable á Ceuta, que apenas

E. M.—*Mayo 1906.*



se concibe que pueda existir sin él. Pasando por una serie gradual de estados, desde el de reclusión en algunos de los cuarteles (1) á los talleres, y de éstos á los servicios en la vía pública, en los recintos fortificados, en las casas y en los terrenos contiguos, dondequiera que se tiende la mirada, se deja ver el penado ó se advierten las huellas de su constante actividad. Penados son los que llevan á cabo las difíciles é importantes obras de fortificación; penados los que abren los caminos, trabajan el campo y cuidan de los muelles y fosos; penados los que desempeñan las duras faenas de la Maestranza de Artillería; penados los que atienden á la limpieza y empedrado de la población, acarreo de agua, elaboración de pan, y otros mil oficios, urbanos y de carácter municipal ó privado; penados los que asisten á los enfermos en los hospitales y los que desempeñan en el servicio doméstico cargos de la mayor confianza; y hasta hay, por fin, penados que ocupan parte de su tiempo en la instrucción de la infancia. No puede darse, pues, mayor y más íntima compenetración del elemento libre y del elemento penitenciario, caso venturoso y quizá único, que, sin menoscabo del hombre honrado, contribuye sobremedida á regenerar al culpable.» Las líneas transcritas bastan y sirven, por el sólido fundamento en que descansan y por la autoridad técnica y oficial que tienen, para robustecer el criterio que venimos sosteniendo.

Otra orientación atinada fué la de emplear presidiarios en trabajos de obras públicas. A mediados del pasado siglo y hasta varios años después, las de mayor riesgo y de labor más dura las ejecutaban los penados. En los canales de Aragón y de Isabel II, en las carreteras de Valencia, Las Cabrillas y Motril, en el puerto de Tarragona y en la construcción de edificios penitenciarios, se aprovecharon el esfuerzo, la actividad y las aptitudes de los condenados, con manifiestas ventajas

(1) El penal de Ceuta le constituyen siete edificios, separados unos de otros, algunos por más de dos kilómetros de distancia.

del Tesoro público, por la baratura de la mano de obra. Pero llegó á estimarse como contrario á los fines de la pena el trabajo del recluso á la vista de la gente libre; se creyó que la ejecución de las sentencias se desvirtúa si el sentenciado salía de las estancias penales, y se dictaron distintas disposiciones para impedirlo y para mantener con rigor á la población delincuente intramuros de los establecimientos.

Las consecuencias inmediatas que del cambio de proceder se tocaron, fueron la pérdida de los beneficios que la mano de obra penal producía al Estado, y la ociosidad en que quedaron sumidos los reclusos. Para librarlos de ella se pensó en crear industrias fabriles en el interior de las Prisiones, intentando unas veces implantarlas y desenvolverlas por el sistema de contratas, otras por el de administración, y en no pocos casos dejándolas á la libre iniciativa de los mismos confinados. No han logrado coronarse con el éxito las reformas que á tal fin se han planeado; la industria presidial ha arrastrado vida lánguida, y hoy se aspira á establecer nuevamente el trabajo al aire libre.

La concisa reseña que precede, evidencia, como al principio se dice:

1.º Que en España han progresado los servicios de Prisiones á partir de 1870 á la fecha, si se los compara con lo que antes existía. Hasta entonces era moneda corriente ver á los reclusos salir de las cárceles y Presidios; con dolorosa frecuencia se repetían las insubordinaciones colectivas (*plantes*) de los presidiarios, y con general y justificada protesta se tenía noticia de sangrientas colisiones en los patios y en las cuadras presidiales. «¿Acaso los ataques á la moral—escribía Armengol y Cornet en 1880—no son diarios y repetidos hasta un punto que despierta la ira por tanta tolerancia en quienes deberían tomar medidas protectoras? ¿No hay presos y penados que disfrutan de privanza cerca de los jefes, en detrimento de la justicia y de la disciplina? Pues quien lo ponga en duda ó tache de pasión estas preguntas, in-

fórmese de los delitos sin cuento cometidos en el *Saladero* de Madrid, en Serranos de Valencia, en la cárcel de Barcelona; registre las agresiones á mano armada de que han sido teatro todos los presidios españoles, sin excepción, y víctimas no pocos empleados y reclusos; y fíjese tan sólo en que, según datos oficiales recientes, en un año se han cometido cuatro homicidios en la cárcel de esta capital, y en pocos meses han sido procesados dos jefes, dos subjefes y seis ó siete empleados subalternos del *Saladero*, habiéndose formado *noventa y tres causas* durante el año 1878 por delitos cometidos dentro de dicha cárcel» (1).

La amovilidad de los empleados en sus cargos; la persuasión de que, debiéndolos al favor y á la influencia, sólo les durarían el tiempo que imperase la situación política que los nombraba, y la falta de competencia técnica y de espíritu corporativo, llevaban á la desidia, á la negligencia, á la venalidad y al desenfreno, evidenciándolo las líneas preinsertas y las afirmaciones hechas por otros publicistas de que «las personas que no servían para ningún otro empleo se las destinaba á los de Presidios y á cárceles», y en los preámbulos de los mismos decretos orgánicos, especialmente en el de 23 de Junio de 1881.

Los quebrantamientos de condena de los sentenciados y las evasiones de los reclusos preventivos menudeaban de un modo alarmante, más que por la incapacidad de los edificios por las complacencias y censurables concesiones de los empleados blandos ó conniventes, que en cierto modo justificaron las expresiones de que «España era un Presidio suelto», y de que «en la cárcel no estaban más que los que tenían buena voluntad». Las estafas conocidas con el nombre de *entierros*, fraguadas en el interior de los establecimientos, no cesaban, y las comunicaciones de los reclusos con el público constituían permanentes

(1) Armengol y Cornet: *Necesidad de la Asociación general para la reforma penitenciaria*.—Barcelona, 1880.

atentados á la moral y eran propicio y eficaz medio para planear y llevar á cabo en no pocas ocasiones nuevos delitos, tramados en los recintos penales y ejecutados por gentes libres, de mala ralea, que recibían la dirección y el impulso de los astutos y duchos presidiarios...

Todo esto ha cambiado con las disposiciones reformadoras de que se deja hecho mérito; pero falta mucho para llegar á la perfección relativa á que se debe aspirar en las circunstancias precarias por que atraviesa el país, y, fuerza es confesarlo, más que por escasez de medios materiales, por desconocimiento de la realidad y por falta de acertado y perseverante criterio.

2.º Que es palmario nuestro atraso en comparación con los progresos que allende nuestras fronteras se han realizado y realizan. Francia, en sus Prisiones de reclusión, que nosotros llamamos afflictivas, tiene un sistema uniforme, así en lo que respecta al régimen interno de los establecimientos, como en lo que concierne á la inspección de los mismos y á los elementos organizadores que en la Administración central superior existen. En las colonias penales de Argelia y Gabón, de Guayana y de Nueva Caledonia, procede con acierto y satisfactorios resultados. En la colonización penitenciaria interna, creada para los jóvenes delincuentes y abandonados, cuenta con nueve establecimientos públicos y veinte de carácter privado, debidos éstos á la iniciativa particular y á sus esfuerzos para dar solución á este problema eminentemente social. En la vecina República, la laboriosidad es la regla, la ociosidad la excepción. En la *Maison Centrale* de Montpellier, una de las tres destinadas á la extinción de condenas impuestas á mujeres, se confeccionan los uniformes para los funcionarios que sirven en los establecimientos de esta clase. En Melun, reclusión de hombres, entre otras industrias que se hallan en estado floreciente, existe una imprenta montada á la moderna, que facilita toda clase de impresos á los establecimientos similares y á las oficinas de la Administración central. Frenes, nueva Pri-

sión construída cerca de París, es un amplio y bien surtido almacén de trajes de penados, que á allí se envían de las de Clerveaux, Rennes y otras, como producto de la industria fabril penitenciaria, dedicada á servicios oficiales, para evitar la competencia á la libre, dar ocupación á los reclusos y obtener economías al Estado. De la colonización penal quedan hechas indicaciones someras, pero suficientes á demostrar lo acertada que fué su implantación y los beneficios que reporta, así en el orden económico, por la riqueza que crea, como en el moral, por lo que ha disminuído la delincuencia en la metrópoli, según comprueban sus detalladas estadísticas. De las colonias agrícolas de jóvenes, se presenta como tipo, con razón y con justicia, la famosa de Mettray, que no sólo atiende al fin educador de los internos, sino que trabaja por ilustrarlos, saliendo varios con título de bachiller y en disposición de emprender con fruto estudios superiores, cumpliéndose así la máxima de Howard: «Haced al hombre trabajador, y será honrado».

Fieles á este tipo, se han establecido las de St. Hilaire, agrícola, la marítima de Belle-isle-en-mer, en la goleta *Sirena*, y otras que acabarán por cambiar radicalmente el tratamiento aplicado en sus celdas solitarias á los menores de la *Petite Roquette*.

Bélgica, con su sistema celular para los adultos y su interés por el desarrollo de aquél, ha logrado transformar cada celda en un taller, y cada Prisión en una fábrica y en centro de corrección. Las de Lovaina, Gante y Amberes, y la de St. Gilles, en Bruselas, son ejemplos y modelos del sistema. Las colonias penitenciarias (*Ecoles de bienfaisence*) de Ruysselede, Beernem y Namur constituyen tipos acabados de tutela, de protección, de reforma y de instrucción de la infancia desvalida, abandonada ó delincuente. Los establecimientos de Aszod, Kolozsvar y Rakospolota, en Hungría, son dignos ejemplos copiados de los belgas, como lo son también las escuelas industriales de Inglaterra, las casas de corrección de Italia y los

reformatorios de los Estados Unidos, construídos con el mismo fin y dedicados al mismo importante cometido.

3.º Que en España ha habido felices iniciativas; pero que se han marchitado en flor, por falta de calor en la opinión pública y de interés colectivo para formarlas ambiente, y han muerto con sus autores, ó tenido vida lánguida, sin dar aquí el fruto que se apetecía, y que han producido en las naciones á que fueron trasplantadas, como premio y lógica consecuencia de su celo y de su perseverancia.

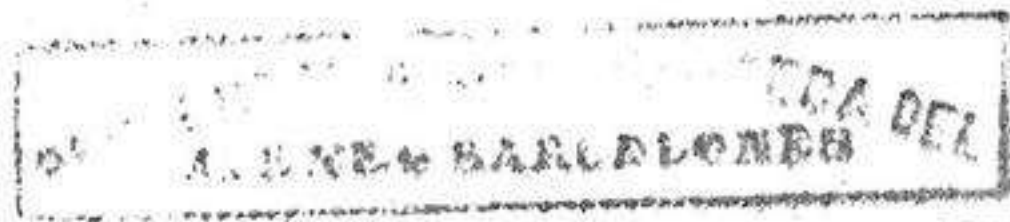
FERNANDO CADALSO

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623



IV

El viernes 17 de Marzo de 1623, entre diez y doce de la noche, llegaron dos bizarros caballeros á las puertas de la posada donde á la sazón en Madrid vivía lord Jöhn Digby, conde de Bristol, embajador extraordinario en la corte de España del rey Jacobo I de Inglaterra. Llamaron luego á un gentil-hombre que muy acaso cruzaba por la calle, y, dándose con él á entender en pésimo castellano y con bien acuñado doblón de á ocho, encamináronle arriba á suplicar al conde que bajase, que ellos en el zaguán esperaban, para hablarle. Movidos de curiosidad los criados del embajador, salieron apresuradamente al encuentro de los improvisos huéspedes, de los cuales el más joven entretuvo con ellos pláticas de espera, preguntándoles en su lengua nativa, más correctamente hablada que la castellana, qué tal cerveza bebía el conde y si en Madrid vendíanla buena. Contestáronle que al conde traíansela directamente de Inglaterra, y que en Madrid se encontraba con dificultad, y mala, pues aquí las gentes no bebían más que vino, que era delicioso, y que gustaban más ser *borrachos* que *peleles*.

Entretanto, el embajador, que acababa de cenar y estaba

para recogerse, instaba al emisario á que subiesen los viajeros á su aposento; mas advirtiéndole el agradecido hidalgo, con recurso de su propia ingeniatura, que uno de ellos venía tullido de un tropiezo en el camino, y que ambos deseaban secretamente conferirle, precedido de dos pajes con sendas hachas encendidas, descendió uno y otro tramo de la ancha escalera, entre aturdido y confuso de la extraña novedad del lance. Grande fué su sorpresa y turbación, en efecto, al hallarse inopinadamente en presencia de lord George Williers, antes marqués y ya duque de Buckingham, presidente de Consejo privado y favorito omnipotente de la Majestad británica, que traía á Madrid, en su compañía, nada menos que al Príncipe de Gales, Charles Stuart, hijo varón único y heredero de los Estados del rey Jacobo, su amo.

Súbito mandó el de Bristol avisos al embajador, que había sido tan querido en Inglaterra, D. Diego Sarmiento de Acuña. Este, con mayor diligencia, corrió precipitado al regio alcázar á dar conocimiento del suceso á D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar, que poseía la privanza omnimoda de Felipe IV, y Baños de Velasco, en su *Historia Pontifical*, aún manuscrita, cuenta que cuando Gondomar entró en la cámara de Olivares, á quien halló ya reposando, al verle éste tan á deshora y tan satisfecho, le dijo: —¿Qué trae V. S. por acá á estas horas y tan placentero que parece que tiene al rey de Inglaterra en Madrid?—A lo que Gondomar contestó: —Al rey, no; pero al Príncipe de Gales, su hijo, sí.—La admiración del ministro fué correspondiente á lo inesperado del suceso; juntos subieron á dar al monarca la noticia, y mientras que en la real cámara se decretaba reunir inmediatamente Junta consultiva de varones autorizados, prudentes y doctos, que instruyesen á la Corona de lo que las obligaciones del caso la imponían, el conde de Gondomar, llevando consigo á frey D. Fernando Girón, marqués de Sofraga, del Consejo de Estado, acudió á la casa de las siete chimeneas, al llamamiento del lord embajador, y á dar la bienvenida á los egregios

huéspedes. Allí mostró el de Gales, pasadas las primeras cortesías y calurosas norabuenas, impacientes deseos de que se llevase aviso de su llegada al rey; pero Gondomar lo excusó por lo intempestivo de la hora, y fué luego común dictamen aplazarlo hasta venido el día, quedando el antiguo embajador de España en llenar á satisfacción tan agradable encargo.

Sábado siguiente, á las nueve de la mañana, concurrían á las habitaciones que ocupaba el Conde-Duque en Palacio, además de los mencionados conde de Gondomar y marqués de Sofraga, D. Juan Manuel de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros; D. Fray Íñigo de Brizuela, obispo de Segovia; don Agustín Mejía, del Consejo de Estado; y el confesor del rey, fray Antonio de Sotomayor, de la Orden de Santo Domingo. Despertó universal admiración en los de esta asamblea la llegada á la corte del príncipe jurado de la Gran Bretaña, rey ya de Escocia, no solamente sin previo conocimiento de los ministros españoles, sino, según el valido significó, con plena ignorancia de los consejeros británicos y del Parlamento inglés, y, de unánime sentir, se convino en la necesidad de adoptar un temperamento altamente circunspecto para las resoluciones difíciles que habrían de reclamar los intereses y arduas cuestiones que agitaría, sin duda, la sorprendente visita. Orden mandó desde allí el confesor dominico á las religiones de que se hiciese oración en los conventos para que Dios diera acierto á S. M. en caso grave, que por entonces no se declaró; comisión se otorgó del mismo modo al conde de Gondomar de avisarse con el duque de Buckingham para indagar más á fondo las intenciones de la venida, y en el ínterin se prometió solemnemente por todos guardar secreto hasta que el curso de los sucesos persuadiese á la notoriedad.

Inquieto y vigilante, á la misma hora que esto sucedía, el Príncipe de Gales, en unión de Buckingham, Bristol y el embajador ordinario, sir Walter Aston, aguardaba la llegada del prócer castellano. Con noble familiaridad tendióle, al verle, los brazos al cuello. Más explícita y difusa que en la noche an-

terior fué entonces también la conferencia; y como al cabo de ella Gondomar expresase la voluntad que en el Conde-Duque de Olivares había de avistarse con el duque consejero, gran almirante de Inglaterra, envióse á la caballeriza del rey por coche de la real casa, en que Buckingham, Gondomar, Bristol y Aston, entre cuatro y cinco de la tarde, se dirigieron camino de palacio, quedando con el Príncipe otros dos caballeros, antiguos agentes suyos en Madrid, los Knight-baronets sir Francis Cottington y sir Endymion Porter, y otros de la comitiva del de Gales, entre los que los papeles de aquel tiempo nombran al conde de Arundel, al de Pembroke, al barón de Hamilton y á sir Thomas Crew.

Esperaba Olivares á Buckingham en la puerta de la Prioría. Desde allí pasóse á la Casa de Campo, que fué primer sitio de desnuda inteligencia entre los dos grandes ministros de ambos Reinos; y de regreso, después de anochecido, el consejero inglés fué presentado con sus embajadores en la cámara real. Recibióles Felipe IV con gran agasajo, y, aunque mozo á la sazón de diez y seis años, hallábase rodeado, por más majestad, del venerable D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado; del espléndido D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Rioseco y almirante de Castilla; de D. Diego Méndez de Haro, marqués del Carpio, de la egregia casa de los Guzmanes; de D. Jaime Manuel de Cárdenas, marqués de Belmonte, hermano del duque de Maqueda y persona de cuya virtud y experiencia hacía el rey mucha suposición; y, finalmente, de los condes de Alcaudete y Portalegre, D. Luis de Córdova y D. Juan de Silva, magnates de las altas casas de Sessa y de Híjar y gentileshombres de su servicio. No fué larga la visita, ni hubo en ella sino cumplimientos y plácemes. Dos veces mandó el rey á Buckingham que se cubriese, honor sólo concedido á los grandes del Reino. Rehusólo el magnate inglés por ofrenda de mayor acatamiento al monarca de Castilla, y al salir de la regia estancia acompañóle á su posada el Conde-Duque, con orden de besar la mano al Príncipe en nombre de S. M.

Entretanto, á pesar del secreto prometido, se había derramado profusamente por Madrid la peregrina nueva. Increíble parecía á los más entendidos, por hallarse fuera de discurso. Pero robustecía las señales de su evidencia la agitación que se notaba en las antecámaras de palacio, entre príncipes, magnates, frailes, consejeros y ministros. Los noticieros de San Felipe diéronse todo el día á atisbar menudamente cabildos y chichisveos. A cada instante, el Mentidero, las gradas y las casas de conversación se henchían con los rumores que, animando la curiosidad, agrandaban el camino del crédito. Súpose, en esto, que, á todo correr la posta, había llegado aquella mañana á Madrid un correo despachado en Londres por el embajador D. Carlos Coloma, avisando de la resolución del Príncipe y de su embarque en Portsmouth hacia la costa de Francia para dirigirse á España. Rugióse luego que á la puerta de la Embajada inglesa acababa de apearse larga cabalgata de más de ochenta caballeros ingleses de la cámara del Príncipe de Gales. A la oración de la tarde era notorio que el Consejo de Estado había celebrado prolongada sesión para deliberar sobre el recibimiento que convenía hacer al regio huésped; y cuando, á cosa de las Ánimas de la noche, se divulgó sin tapujos que la Corte disponía solemne salida al convento de los Agustinos Recoletos para el día siguiente, ya nadie pensó más que en las galas que habría de lucir, pues todos deseaban presentarse á conocer al Príncipe de la Gran Bretaña; con tanto más empeño, cuanto que era cosa resuelta conservar el riguroso incógnito hasta su entrada pública en la corte.

Contribuyó á la celeridad con que se extendió la noticia de todas estas novedades, la publicación del pregón que se dió en los sitios de costumbre, por mandato del señor presidente de Castilla, que decía:

«*Pregon.*—Manda el rey nuestro señor que, no embargante las leyes y premáticas destes Reynos, y de las vltimamente promulgadas en razon de los trages, en significacion del contento de auer uenido á estos Reynos el señor Principe de Ga-

les, por el tiempo que estuuiesse en ellos, se suspenda, como desde luego se suspende, la execucion dellas, y se permite el vso de oro, plata, y sedas en telas, guarniciones, bordaduras de uestidos de hombres y mugeres, y en las libreas de las fiestas, y en las gualdrapas, y generalmente en todas cosas de trage: y que las mugeres pvedan llevar en las lechuguillas, puños y mantos puntas y guarniciones, y los mercaderes uender y comprar libremente las cosas referidas, aunque no sean de quenta y ley, y los plateros, bordadores y passamaneros vsar libremente y sin limitacion svv officios, como solian; quedando qvanto al vso de las valonas y cuellos en su fuerça para que se guarde puntualmente lo dispuesto por las dichas premáticas: con qve se permite que en las valonas y cuellos se pvedan traer puntas y azul, almidon y goma; con que el tamaño de los cuellos sea el contenido en la dicha premática, que es el dozauo, sin entrar en la dicha medida las puntas, y con que no se pueda abrir con molde, todo lo qval se entiende por aora para en esta Corte. Mándase pregonar públicamente para que venga á noticia de todos.—HERNANDO DE VILLEGAS.»

Fué el domingo 19 de Marzo, fiesta eclesiástica de San José. Concurrió la corte toda por la mañana á asistir al rey en la capilla real, donde sostuvo Fray Juan de San Agustín el honor de la elocuencia sagrada. Pero cuando Madrid en masa se esmeró en ostentar el lujo y la grandeza que entonces daban universal reputación á la capital de esta vasta Monarquía, fué en la cabalgata de la tarde, «para asistir á la procesión de los niños»; pues la población entera de la heráldica villa bullía y se apiñaba en las afluencias de la carrera de antemano demarcada.

A las cuatro apareció el primer coche real á las puertas del alcázar. En él iba Felipe IV, llevando á su diestra á la reina Doña Isabel de Borbón, cuya proverbial hermosura hacía más interesante el adelantado embarazo en que se hallaba de la que fué infanta Doña Margarita. Al testero de esta espléndida carroza reclinaban los infantes, hermanos del rey: Doña María

de Austria, de diez y seis años de edad, prodigio de elegancia y hermosura; Don Carlos, cuya temprana muerte había de llover en breve, con sentidos acentos, la inspirada musa del Fénix de los Ingenios, Frey Lope de Vega Carpio, y Don Fernando, aquel cardenal-infante de las guerras de Alemania y de los Países Bajos, que en Nordlinghen había de compartir gloriosamente con el rey de Hungría los laureles del triunfo sobre el gran duque Bernardo de Sajonia-Weimar y Gustavo de Horn, insignes generales de su siglo y corifeos de la Liga protestante. Otras cinco carrozas henchidas de damas, dueñas, meninas, mayordomos y grandes seguían al coche real, y en pos, dispersa en ancha banda y compactos pelotones, magnífica y numerosa comitiva de grandes, títulos y primogénitos, cada cual con su respectivo ejército de gentileshombres, pajes y lacayos bizarramente galoneados, y todos precedidos del lucido y gallardo valido de España, D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, como lo dibujó á caballo el pincel de Diego Velázquez de Silva, y á la sazón popularísimo en toda España, en la primera brillante llamarada de su luego versátil fortuna.

Dilatábase la carrera señalada por la calle Mayor, hasta la Huerta de Lerma, en los parques que hasta hace poco han sido ducal palacio de Medinaceli, y luego, subiendo por el Prado de San Fermín, hasta el convento de los Agustinos Recoletos. Toda se hallaba nutrida por la multitud; mas hacia la puerta de Guadalajara, casi al principio de la línea, era aún más extraordinario el apiñado concurso que allí se estrujaba, no sólo por lo principal del paraje, sino porque se sabía que en el coche *nuevo*, apostado del duque de Cea, D. Francisco Gómez de Sandoval, iba, bien que velado á media cortina, el príncipe inglés con sus embajadores, con el marqués de Flores Dávila, D. Pedro de Zúñiga, y con el conde de Gondomar. Desde aquel sitio, en efecto, Carlos Stuart vió por vez primera á toda la familia real de España, con quien cruzó expresivas cortesías de coche á coche, alzándose todos de sus asientos y quitándose los sombreros; escena que después se repitió junto á San Jeró-

nimo del Buen Retiro, pues acortando el de Gales la vía, cruzándola á toda rienda por los Caños del Peral, vino á ponerse á la cabeza del Prado por presenciar dos veces más el desfile de su amada. El regreso de Recoletos se verificó algo entrada la noche, y como al conde-duque se le ocurriera que se diesen hachas de cera encendidas al ejército inmenso de los pajes y lacayos, la exaltada imaginación de Carlos acabó de aturdirse ante aquella graciosa escena, que se le representó como la realización de un sueño de fantasía.

Aquella noche abrazáronse también el rey y el príncipe. Para preparar la entrevista, Olivares se presentó en la posada del britano á anunciarle la visita del rey Felipe. Resistiólo de todo punto el de Gales, y se convino en darse cita para el Prado á las diez de la noche. Ofrecióse entonces reparar en las personas que respectivamense llevarían, y como Carlos designase á muchos de los de su cámara, el conde-duque, con cortés galantería española, le interrumpió diciendo:—«*Muchos ingleses son para el desafío: y así, aunque es cierto que S. M. había de venir con el duque del Infantado y D. Agustín Mexía, como es tarde, no será justo desacomodallos. Yo, añadió seguidamente con viveza, no me atrevo á que el rey venga sin españoles: vaya V. E. con sus dos embajadores, que el rey vendrá con el duque de Buckingham y conmigo, para que estemos tres á tres*». No menos atento se mostró Felipe IV con su egregio huésped. Cuando, al verle, le hubo abrazado, también áticamente le dijo:—«*Quejoso estoy de las finezas de V. A., y vengaréme cogiéndole en Londres tan desprevenido*». En aquella entrevista, el príncipe entregó al rey Felipe la carta á mano que traía de su padre el rey Jacobo. La del rey decía: «*Señor, mi hermano: por cosa muy nueva tendrá V. M. que yo le escriba. La ocasión hace al ladrón. Ahí envío á V. M. á mi hijo, príncipe jurado y rey de Escocia, para que V. M. haga de él lo que fuere servido, y lo mismo de mi persona y de mis reinos, que todo está á servicio de V. M. Londres, 23 de Febrero de 1623.— Señor, mi hermano.—Todo vuestro de corazón:—JACOBO, REX.*»

Ya el rey Felipe había leído la que el príncipe trajo para Gondomar, á quien el rey Jacobo escribió:—«*Ahí va ese enamorado: tenedme mucha cuenta de él, y lo que por él hicieréis lo haréis por mí*».—Baños de Velasco, en su *Sexta parte de la Historia Pontifical*, las incluyó ambas.

Al volver á palacio, y á pesar de la hora, el rey Felipe mandó expedir hasta 15 decretos que desde el día siguiente habían de empezar á tener ejecución. Al presidente de Castilla ordenaba «que, habiendo de hacer su entrada pública en su corte y alcázar el príncipe de Inglaterra el domingo 26, el rey disponía que los Consejos todos pasaran al convento de San Jerónimo, donde se hallaría aquel día, á hacer con él la misma ceremonia que con su persona se acostumbraba: á D. Agustín Mexía, el marqués de Montesclaros, el conde de Gondomar y don Fernando Girón, que el día 26, desde las primeras horas de la mañana, pasasen á acompañar y servir del mismo modo al príncipe en el referido convento; al conde de Gondomar, además, se le encomendaba hacer aderezar, desde luego, los aposentos de San Jerónimo, que estaban á su cargo, y para que previniera con oportunidad la comida del príncipe y sus agregados; al presidente del Consejo, que dispusiera prepararlo todo para que la entrada del príncipe revistiera la misma grandeza y solemnidad que cuando se verificaban las entradas de los reyes nuevos; al conde de Olivares, como caballero mayor de S. M., que ordenara en la Real caballeriza cuanto fuese necesario para el Príncipe de Gales, y nombrando á D. Francisco Zapata caballero del mismo, con mandamiento de ir inmediatamente á asistir á su cargo y á tomar las órdenes del duque de Buckingham. Para el aderezo de costas, sillas y otras cosas pertenecientes al servicio de equitación del príncipe inglés, se mandó al presidente del Consejo de Hacienda se pagasen al furrier de la caballeriza 4.000 ducados, cuya inversión se había de hacer con la intervención del marqués de Flores Dávila y del veedor de palacio. Al presidente de Castilla se le ordenó también que, con el objeto de

evitar ocasiones de pependencias y encuentros con los ingleses de la servidumbre del príncipe y sus acompañantes, se pregónase un bando para que nadie osase decirse palabras de que se pudieran ofender, y para que si alguno lo hiciese se le castigase con toda severidad. El conde de Alcaudete, D. Pedro Fernández de Córdoba y Velasco, quedó encargado de proponer sin demora los tratamientos y cortesías de que recíprocamente habían de usar el Príncipe de Gales y los infantes don Fernando y D. Carlos, y al marqués de Montesclaros de que advirtiese al duque de Cea, D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, al marqués de Velada, D. Antonio Sancho Dávila, al conde de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, al duque de Híjar, D. Rodrigo Sarmiento de Silva y Villandrando, y al almirante de Castilla, D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, viniesen aceleradamente á Madrid para regocijar la corte y festejar al Príncipe de Gales con carrozas, lanzas, rejonos, comedias y toros y toda clase de entretenimientos, en los cuales habían de tomar parte por propia cuenta el corregidor y el Ayuntamiento de la capital. Para la asistencia personal del príncipe se dieron órdenes á D. Agustín Mexía, á D. Fernando Girón y al marqués de Montesclaros, los cuales, por riguroso turno, habían de visitar cada día dos veces al príncipe, una por la mañana y otra por la tarde. El conde de Olivares, don Gaspar de Guzmán, tomó sobre sí el encargo de encaminar á D. Cristóbal de Gaviria y á D. Gaspar de Bonifaz y á otros caballeros, para que, avistándose por su mandato con el duque de Buckingham, les expresase éste el gusto del príncipe respecto á los ejercicios de á caballo que eran más de su agrado. Por último, al conde de Monterrey, D. Manuel de Acevedo y Zúñiga, se le mandó que visitase con frecuencia al príncipe, proporcionándose ocasión de estrechar amistad con Buckingham, sirviéndose para esto de los convites frecuentes, de los paseos y jiras de caza, ó ya haciéndole comedias y otros festejos en su casa. Después de estos decretos se redactó la larga nómina de la servidumbre ordinaria que el príncipe había de

E. M.—*Mayo 1906.*

tener durante su estancia en Madrid, de los particulares relativos á la entrada solemne y de los alojamientos que se habían de dar á su numerosa comitiva.

Mientras que en palacio se disponían todas estas cosas, el príncipe y Buckingham, al retirarse del Prado á la casa de las siete chimeneas, hallaron constituido en ella á Luis Vergel, el famoso alguacil de corte de los epigramas de Villamediana, el cual, con otros amigos suyos, todos grandes bailarines, iban «para entretener al príncipe con un sarao». Todos estaban vestidos ricamente con trajes de tabí de oro. El príncipe se alegró mucho del agasajo; y después de haber danzado, haciendo muchas cabriolas en competencia unos con otros, se bailó con castañetas, siendo el fin y remate de la diversión, que duró toda la noche. El príncipe pidió comediantas, y algunas que fueron buscadas vinieron á pesar de la deshora; y en la embriaguez de aquel festejo, el vino y la cerveza corrieron en abundancia. Al llegar el día, el príncipe los despidió con muchos regalos; y Luis Vergel se pavoneaba luego con una cadena que el de Gales le mandó dar, de valor de 400 ducados de plata, y con otros diamantes y baratijas.

Mientras ocurrían todas estas cosas entre los príncipes y sus allegados, ¡cuánta diversidad de juicios atropellaba el vulgo! Todo el mundo creía que en tales empeños debía mediar una alta razón de Estado, y la sagaz astucia de los perspicaces, aunque ajenos á lo que se negociaba en las regiones más altas, en breve echó á volar por las plazas de la ociosidad el rumor de sus sospechas; y desde entonces, y partiendo del punto de simpatía que generalmente había inspirado la confiada nobleza del britano al venir á entregarse en brazos de la lealtad española, la plebe y la no plebe hicieron objeto de continua controversia si un príncipe hereje de Inglaterra podía santamente aspirar á la mano de una infanta católica de España.

V

Cuando la determinación del Príncipe de Gales fué comunicada desde Madrid á todas partes, no pudo menos «de llenar de cuidado á toda Europa», según la feliz expresión de nuestro Baños de Velasco. El embajador de la Señoría de Venecia en Inglaterra, Luis Valaresso, al día siguiente de la salida de los incógnitos de Londres, así se expresaba con los ministros del dux: «Este señor príncipe, en compañía del marqués de Buckingham y un solo criado, ha marchado ayer por la mañana por la posta; y atravesando el mar, tomará la vuelta de España, para donde antes salieron Cottington y Porter. Tanto tiene la noticia de increíble como de cierta; y á decir verdad, yo no la daba asenso la vez primera que se me comunicó. Un grande estupor se ha apoderado de los ánimos, pues ahora Inglaterra puede asegurarse que está en manos de España. El asunto ha sido manejado secretísimamente, sin dar participación alguna al mismo embajador de España. El consejo de este viaje ha sido del rey, el cual ha querido que su hijo le imite en lo que él hizo cuando fué á Dinamarca. Se ha hecho la más severa prohibición á los señores de esta corte para que ninguno siga al príncipe sin licencia de S. M., y se ha escrito á Holanda procurando apaciguar su mal humor cuando esta noticia llegue á su conocimiento y á la reina de Bohemia, lady Isabel, á quien serán devueltos sus Estados. Puede decirse que todas las correspondencias de Europa no quedan cifradas más que en este matrimonio y en la restitución del Palatinado» (1). El em-

(1) *Dispacci di Alvissi Valaresso*.—Archivio veneto-generale.—Senate III.—*Secreta*.—Nicolás Barozzi y Guillermo Berchet, en la Sección IV de *Le relazioni degli Ambasciatori veneziani nel secolo decimo settimo* (Venecia, 1863), correspondiente á Inglaterra, no han podido insertar la de Luis Valaresso al dux Antonio Priuli, por no encontrarse en los archivos de aquella Señoría. Valaresso desempeñó la embajada de Inglaterra desde 1621 hasta 1624, y su relación debía ser muy importante. Sin em-

bajador véneto tenía razón: era cierto que desde últimos de 1622, en Roma y Viena, en Francia y en Alemania, en Italia y en los Países Bajos no se hablaba sino de que el rey Felipe IV y el conde de Olivares habían dicho á sir Walter Aston y á sir Endymion Porter, hallándose de estación de verano en el Escorial, que en lo del Palatinado el rey de España ofrecía ayudar con sus armas al de Inglaterra contra el mismo emperador y la Liga católica, hecho que tenía alguna verdad; pues así Felipe III en sus últimos años, como Felipe IV, que acababa de ascender al trono, estaban muy ofendidos del Papa y del Emperador, ya por lo de la Valtelina, ya porque en la sucesión del Imperio se procuró dar preferencia á la Casa de Baviera sobre la del Austria, obrando con el palatino en términos que parecía que había propósito de engrandecer al bávaro á costa de los demás.

Las circunstancias más minuciosas de la salida de Londres y del viaje del Príncipe de Gales á Madrid fueron recogidas por el mismo conde-duque de Olivares, el cual hizo relación de todo al rey de su propia mano (1). Aunque por acción más ga-

bargo, á su autoridad recurrimos frecuentemente, porque si carecemos de aquel documento, hemos tenido á la vista los 140 despachos dirigidos á la Señoría en el tiempo de su misión diplomática. Es un curioso manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (núm. 8.542), y antes perteneció á la librería del conde de Miranda. Nos complacemos en ser los primeros en darlo á conocer; pues ni en España, ni en Londres, ni en París ha sido conocido, y á él nos referimos cuando acudimos al testimonio de este embajador.

(1) *Relación de los primeros días después de la venida del Príncipe de Gales, hecha por el Conde-Duque.*—Biblioteca Nacional de Madrid.—Mss.—Número 9.405, fol. 170.—Otras muchas relaciones se escribieron para el rey y los infantes, unas que se publicaron y otras que quedaron manuscritas. D. Pedro Venegas de Granada, gentilhombre de la cámara de S. M., hizo una para la infanta D.^a María; D. Jerónimo Gascón de Torquemada, secretario de S. M., otra para el infante D. Carlos, y muchas para la publicidad Andrés Almansa de Mendoza, el fundador del periodismo en España, que se publicaron en Sevilla (por Francisco de Lira), en Valencia (por Miguel Sorolla) y en otras partes. Relaciones manuscritas de la llegada del príncipe quedan, aún inéditas, en la *Biblioteca Nacional*

llarda que cuerda la estimó este monarca, joven como el príncipe, de resuelto corazón y altos arranques, formó desde aquel momento el propósito de favorecer la noble empresa del britano. Como expresión de ello, desde luego dijo al ministro favorito:— «Cuanto el príncipe quiera, ha de concedérsele, según es la obligación en que nos ha puesto su venida» (1).

Es preciso entrar aquí bien en pormenores de cuanto en el asunto ocurrió después, pues siendo innegable la viva simpatía con que el rey Felipe y la opinión general de Madrid y de toda España acogió á aquel príncipe y sus proyectos; el gran asentimiento que en Inglaterra merecieron éstos y la infanta española hasta fuera del círculo de la corte del rey Jacobo, que los patrocinaba, para que España cometiera entonces el más grave de los grandes errores políticos de nuestra historia, vinieron á pesar sobre las determinaciones de su gobierno tres poderes extranjeros, cuya influencia fué la perdición de nuestra antigua preponderancia. Estos tres poderes fueron: Roma, con sus imposiciones intransigentes; el emperador, el duque de Baviera y la infanta gobernadora de los Estados de Flandes, con su aciaga política de familia, y Francia, con su astucia y sus intrigas, como opositora constante y tenaz de las ambiciones dominadoras, que nos hacía representar en Europa esa misma política desventurada de familia tan aciaga y tan resistente.

El embajador veneciano en Londres, Luis Valaresso, estaba bien informado. Cottington y Porter precedieron un día en su viaje al Príncipe de Gales y al duque de Buckingham, con voz de que llevaban despachos del rey Jacobo. El príncipe con su valido salió luego, el 28 de Febrero: el uno, como

de Madrid, núm. 9.087, fol. 245 vto.; núm. 9.405, fol. 185, y en la Sección de Varios.—Fondo de Felipe IV en folio.—P. 32 y P. 33.—En la *Academia de la Historia*.—Colección de Jesuítas.—Tomo 105, números 55 y 18; y en el *British Museum* (Kalendar: tom. j, pág. 484, y tom. iij, pág. 362.—Add. 28. 470).

(1) ANDRÉS DE MENA: *Discursos y relaciones*.—Mss. de la Biblioteca Nacional de Madrid.—Número 6.156.

que iba de caza á Theobalds; y el duque, á curarse á Chelsea. Para tomar el incógnito confluyeron en Newhall, posesión que recientemente había adquirido Buckingham en el condado de Essex. Allí se disfrazaron con los sobrenombres de John y Thomas Smith; pusieronse barbas postizas, y con un criado fiel del duque, sir Richard Graham, marcharon á buscar en Dover á Cottington y Porter.

Al salir de Rochester estuvieron á punto de ser conocidos por el conde Tillières, embajador de Francia, cuya carroza encontraron en los alrededores de la ciudad, y al atravesar el Támesis por Gravesend, habiendo dado una moneda de oro al batelero que los condujo en su barca, los denunció al maire de Cantorbery creyendo que eran dos caballeros que iban desafiados. En Dover se embarcaron, después de algunas peripecias, en que los hicieron entretener las alegrías y las inclinaciones de la juventud de que iban poseídos. Hecho rumbo á las costas de Francia, arribaron á Boulogne, y desde allí se dirigieron á París, donde llegaron el 3 de Marzo. Era Carnaval, y la capital ardía en sus entonces bulliciosas fiestas. Para el día 5 se disponía en Palais Royal un gran baile alegórico, en el que había de tomar parte la joven reina, infanta de España, doña Ana de Austria. En este baile, Junc, rodeada de las divinidades del Olimpo, venía á humillarse ante María de Médicis, madre de Luis XIII, y de la reina Ana, su mujer. Juno las decía declamando:

Je ne suis plus cette Juncn
 Pleine de gloire et de renom:
 Pour deux grandes Princesses
 Je perd ma royauté.
 L'une a fait le plus grand des rois;
 L'autre le tient dessous ses lois.
 Pour vous, grandes Princesses,
 Je perd ma royauté.

En estas fiestas, á que los incógnitos viajeros hallaron medios de asistir sin descubrirse al embajador inglés, lord Herbert de Cherburg, se hallaba la princesa Enriqueta María, tercera

hija de Enrique IV, á la sazón de catorce años de edad. Sobre este hecho casual, que por entonces no preocupó lo más mínimo el ánimo de Carlos Stuart, la fantástica invención de los franceses ha tejido una novela romántica que carece de fundamento. A quien su curiosidad le llevó á conocer allí era á la hermana de su prometida, la reina Ana María de Austria. Así lo atestigua el mismo príncipe en carta escrita desde París á su padre el rey Jacobo; en la cual, después de la descripción de este baile, dice, hablando de las damas de la familia real, que entre ellas la reina Ana de Austria era la más bella, lo que le inspiró un deseo aún más vivo de conocer á su hermana («*There danced the queen and madame, with as many as made up nineteem fair dancing ladies; amongst which the queen is the handsomest, which hath wrought in me a greater desire to see her sister*») (1).

El 6 de Marzo tornó de nuevo el príncipe la posta para España, sin hallar impedimento alguno hasta Vitoria, en Alava, donde tuvo que dejar las joyas que traía, por las trabas de la Aduana. La esplendidez con que se hizo su camino por Castilla hasta Madrid fué muy ponderada entonces. A los pobres que le pedían limosna, en lugar de moneda de vellón dábales doblones de oro. En las posadas y hosterías pagaba repartiendo doblones en vez de reales. Al postillón que corrió con él hasta Madrid le regaló veinticinco doblones de á ocho. Se mostraba muy alegre y contento en las poblaciones, y reía de burlas de las malas camas, de las malas comidas, de los malos caminos y del general desaseo. Detrás de él salió de Londres para la capital de Francia James Hay, conde de Carlisle, comisionado por el rey Jacobo para sincerarse con Luis XIII

(1) SIR HENRY ELLIS (*Original letters illustrative of english History*: t. iij, pág. 121) rectifica el error cometido en este punto por el CONDE DE BRIENNE (*Memoires de Brienne*, col. Petitot: t. XXXV, pág. 374), que fué el autor de la novela. El testimonio del príncipe es irrecusable, y arriba queda copiado original el texto de su carta. Véase, además, GOODMANN'S: *Court of King James*: t. ij, pág. 253.

por no haber roto el príncipe con él el incógnito ni dándose á conocer. Sin embargo, para esta expedición hubo de llevar orden expresa del rey, pues que, al dejar el príncipe las costas de Inglaterra, se dió orden prohibiendo la salida de otros buques en seis días, para que se ignorase en los reinos vecinos aquella determinación.

Después de las vistas de Felipe IV con el príncipe, su huésped, en el Prado, quedó á su arbitrio señalar día para la recepción solemne acordada en el Consejo, pues el de Gales esperaba la llegada de otros caballeros de su corte. En efecto, más de doscientos vinieron en los tres días sucesivos, y entretanto el mismo conde-duque, en persona, se entregó «á formar de su mano la planta del hospedaje y recibimiento del príncipe, con elección de los criados que habían de servirle; cosa ardua, porque la pretendían todos los caballeros y títulos de la real servidumbre». Gondomar, «á quien todo se debía», se mostraba tan solícito en amenizar la estancia de los britanos en Madrid, que el príncipe quiso pedir al rey gracia para el antiguo embajador, y aunque éste le contestó:—«Si V. A. no me da palabra de honor de no tratar de esto, me iré de la corte», Felipe IV, que tuvo conocimiento del caso, envió á advertir á su egregio huésped «le hiciese merced del Consejo de Estado», gracia que el de Gales agradeció tanto «como la mayor que se pudiese hacer á su misma persona». Con todo, al expresar su agradecimiento al rey Felipe, le decía:—«¿Y cómo quiere V. M. meter un inglés en el mayor de sus Consejos?» Con esta merced, también se dió, por mano del príncipe de Inglaterra, la llave dorada al conde de Monterrey y el empleo de mayordomo mayor de la reina D.^a Isabel de Borbón á D. Pedro Venegas de Granada.

Como todos los grandes querían sin duelo obsequiar al britano, hubo que buscar el medio de proporcionar dinero á muchos, cuyas casas no se hallaban en completo desahogo: así al marqués de Velada se le adelantaron 25.000 ducados; 20.000 al duque de Cea; 18.000 al marqués del Carpio, y otros 18.000 después; al marqués de Alcañices 14.000, y otros 14.000 al de

Malagón; 15.000 al de Fromista; 8.000 al de Montesclaros; 6.000, respectivamente, al conde de Montalbán, al de Mejorada, al de la Puebla y al de Coruña; 4.000 al duque de Híjar, al conde de Puñonrostro, al de Villafranqueza y á D. Pedro de Porras Vozmediano; 3.000 á D. Antonio de Toledo, á don Francisco de Eraso, á D. Cristóbal de Porras y á D. Luis de Córdoba y Ponce de León, y 2.000 á D. Alonso de Toledo, D. Luis Ponce de León, D. Gonzalo de Monroy, D. Juan Enríquez y D. Alvaro Pérez de Guzmán. Además, al almirante de Castilla se le dió licencia para valerse de 13.499.492 maravedís, que pertenecían á la duquesa de Medina de Rioseco, su mujer, y después de ella á la casa, estado y mayorazgo del almirante, con obligación de volverlos al depósito donde estaban, en veinte años, pasados diez; al marqués de Fromista, para que dispusiera 18.000 reales de plata, poniendo luego en el depósito en que estaban 500 ducados cada año, pasados seis; al conde de Peñafior, para disponer en igual forma de otros 3.000 ducados, y á otros magnates y caballeros, por análogo medio, otras cantidades de auxilio.

Con esto menudearon las fiestas privadas con las demás atenciones obsequiosas para entretener el tiempo hasta la entrada solemne; y porque el príncipe deseaba ver de nuevo á la familia de S. M., y sobre todo á la infanta D.^a María, el lunes 20 el conde-duque le llevó á casa del banquero genovés D. Juan Gaetano, frente al Salvador, esquina á la Plaza de la Villa, donde, aunque tras de celosía, pudo realizar su deseo. El martes fué á caza de volatería con el duque de Pastrana, cazador mayor de S. M., y á su vuelta le fué presentado Francisco López de Zárate, ingenio que en su siglo fué más conocido que premiado, el cual le recitó aquella composición en octavas reales que comienza:

Digno blasón de amor, cuyo trofeo
es más noble por ti, cuyo triunfante
carro se adorna ya con tu deseo,
enseñando al amor á ser amante...

y que escribió á instancias del conde de Gondomar; y cerca de la media noche volvió á recibir á Luis Vergel, «el mejor mozo de España», como los galanes de su mujer le llamaban, que le llevó gitanas y bailarinas de máscara que le entretuvieron hasta el amanecer con cantos, danzas y títeres. Así, de día con partidas de caza y jiras de campo con el rey, los infantes y los grandes, y de noche con bailes y entremeses de cuatro compañías de comedia que se trajeron á Madrid, pasóse la semana; en la cual, además de los decretos de suspensión de las pragmáticas de los trajes, se expidieron otros para suspender la Inquisición para los ingleses, y se pusieron en libertad por centenares los presos de las cárceles.

Aunque pudieran parecer excesivos tantos obsequios, en vista de estos agasajos, bien puede por ellos colegirse cuál, en el primer momento de la llegada del Príncipe de Gales, fué la disposición de ánimo del rey Felipe IV y de su ministro don Gaspar de Guzmán acerca de la pretensión que de manera tan romántica trajo de Londres el Príncipe de Gales á Madrid. Todas estas fiestas, sin embargo, palidecen ante la ostentación con que se hizo la entrada solemne en la corte y la instalación de Carlos Stuart en las habitaciones del real alcázar, que antes había ocupado el famoso ministro D. Baltasar de Zúñiga. Verificóse la entrada oficial el domingo 26 de Marzo. Se aderezaron y atajaron las calles, y se armaron cinco tablados para representaciones, músicas y bailes gratuitos y al aire libre en la Plaza de Palacio, en la del Salvador, á la boca de la calle de San Ginés, á la puerta del Buen Suceso, en la del Sol, y á la del hospital de los Italianos, en la Carrera de San Jerónimo. En estos diversos puntos trabajaron toda la tarde las compañías de Valdés, Vallejo, los Valencianos, Avendaño y Morales. En otros seis lugares convenientes se levantaron otros tantos tablados para atabales, trompetas y chirimías, destinados del mismo modo para alegrar al pueblo.

Como la comitiva había de salir del cuarto real de San Jerónimo, el conde de Gondomar lo decoró con suma grandeza

de tapicerías ricas, de cuadros de personas principales de Inglaterra, que se trajeron de los que Felipe II puso en el Pardo, y otros muchos de señores y consejeros de Estado, entre los que sobresalían muchos de señoras inglesas y flamencas, hallándose á la entrada, como para recibir al príncipe, los de Felipe II y la reina María Tudor. A los lados de la puerta se hallaban las cámaras para el Consejo de Estado y las damas de la real servidumbre, y en la destinada al príncipe, por si quería descansar, se colocó una magnífica cama de tapicería que había pertenecido al duque de Lerma, ministro de Felipe III. Su hijo, del mismo título, fué el encargado de la colación, para la que las cocinas del real monasterio enviaron además ocho platos espléndidos y admirablemente aderezados. A la mesa del Príncipe de Gales asistieron aquel día el duque de Buckingham, el marqués de Montesclaros, el conde de Bristol y su hijo, sir Francis Cottington y su hijo, D. Fernando Girón, D. Agustín Mexía, el conde de Gondomar y su hijo, D. García Sarmiento y sir Endymion Porter. Tres veces se cubrió la mesa de manjares suculentos, y los brindis entusiastas correspondieron á la ocasión y al objeto.

Terminada la comida, llegaron las guardias española y alemana. Era de la primera capitán D. Fernando Verdugo, y vestía bizarramente de leonado y oro. A la segunda la mandaba el marqués de Rentín, y llevaba el traje verde con los bordados de plata. Inmediatamente inundaron el local al besamanos los Consejos, con su infinito acompañamiento de alguaciles, escribanos, relatores, fiscales, alcaldes y consejeros, y el presidente de Castilla con su ropón de terciopelo liso. Vino el inquisidor general con todo el personal del Santo Oficio; sucedieronle en la ceremonia el Consejo real, el de Aragón, el de Indias, el de Ordenes y el de Hacienda. Entró en pos la Villa con veintidós alguaciles á caballo, cuatro maceros, tres escribanos, treinta y seis regidores y el corregidor D. Juan de Castro y Castilla; los últimos con sus ropones rozagantes de brocado blanco guarnecidos de oro, forros de tela carmesí, cal-

zas y cueros blancos de oro, jubones de tela rica blanca, media carmesí, zapatos de terciopelo y gorra con pluma. Por último, llegó S. M. en coche cubierto, y bajó al patio á recibirle el príncipe. Hizo luego la entrada la guardia, así como los grandes y caballeros; en seguida los oficiales mayores y menores de la caballeriza, á pie, y luego los pajes y caballeros. Los caballos del rey y del príncipe estaban aderezados regiamente: el del rey de noguerado y oro, y el del príncipe de rosa seca, y en la misma forma los de Olivares y Buckingham.

Así que se puso la comitiva en marcha, el rey dió al príncipe de la Gran Bretaña la mano derecha. Al emparejar con la huerta de Lerma, salió de nuevo la Villa á recibirlos bajo palio de brocado blanco, entre los acordes de bien adiestrada variedad de finos instrumentos. No recordaban los vivientes haber visto en España mayor esplendidez, lujo y riqueza que las de aquel brillante espectáculo. En pos de la atabalería y de los alcaldes de casa y corte, de cuatro en cuatro y de seis en seis venían los caballeros de hábito, los señores de título y los primogénitos de los grandes. Precedidos de cuatro maceiros les seguían otros veinte grandes de España, y en pos cuatro reyes de armas, con sus cotas, todos los oficiales de la caballeriza, el marqués del Carpio como caballero mayor de Su Majestad, y el marqués de Belmonte como caballero mayor del príncipe. Seguía la Villa con el palio, y debajo Felipe IV, vestido de noguerado, cubierto de bordadura de oro todo el campo, llevando á la derecha al príncipe Carlos, vestido de rosa seca, y pendiente de una cinta azul la insignia de la Jarretera. Olivares y Buckingham, el Consejo de Estado en masa, los embajadores de Inglaterra, los gentileshombres de la cámara, la guardia de á caballo y los coches del rey y de los señores, en fila interminable, cerraban la lujosa comitiva.

Dos horas tardó en llegar á palacio, en donde seguidamente fueron el rey y el príncipe á besar la mano á la reina. Bajando de la tarima, salió la reina Isabel hasta la puerta de la cámara, y después de las cortesías los tres príncipes sentá-

ronse bajo el dosel. Allí permanecieron como un cuarto de hora, y terminadas las ceremonias, el príncipe, acompañado del rey, retiróse á su aposento. A la puerta trocó Felipe IV el puesto, y tomando al príncipe la mano derecha, le dijo:—«¡Ea! Ya está V. A. en su casa: yo soy el huésped agora».—A la escalera salieron SS. AA. á recibir al inglés, y entonces por vez primera tuvo éste el gusto de hablar media hora seguida con la infanta su prometida. Como era anochecido, todo Madrid puso luminarias en las ventanas y balcones, y este obsequio se repitió por tres noches. Durante el largo trayecto, varias veces el rey y el príncipe quitáronse los sombreros: primeramente á las esposas de los embajadores de Inglaterra, junto al Espíritu Santo; luego á la condesa de Gondomar y señoras que con ella estaban, en la calle Mayor; y por último, á la reina, á la infanta María y á sus damas, junto á la Armería Real. Al llegar á palacio, los archeros dispararon las pistolas.

También Gondomar con Olivares se había encargado de dirigir el adorno de las habitaciones para el de Gales y su ministro en el regio alcázar. La primera pieza estaba tapizada de blanco; la segunda con la tapicería llamada *Los triunfos de Petrarca*; la tercera con la de *Los dioses de la gentilidad* y el dosel de *Faeton*, de tapicería rica de oro, y por cielo *El robo de Ganimedes*; la cuarta con la tapicería de *Noé* y el dosel de *La Fama*. El dormitorio se hallaba cubierto con la tapicería de *Los pecados mortales*. La cama era de brocado carmesí de tresaltos, con cenefas, cielo y masteletes recubiertos de terciopelo bordado de oro de realce. Otras tres piezas de riquísimas tapicerías se destinaron á Buckingham, y cama de rosa seca embutida de ámbar.

Luego que los egregios huéspedes estuvieron alojados en su aposento, la reina mandó al príncipe un azafate de oro, de peso de trescientos escudos y dos de hechura, y en él ropa de levantar; un escritorio de tortuga, con aldabas, bisagras y clavazón de oro; y en cuatro cajones, pastillas, bolsas, juguetes y pedazos de ámbar de excesivo tamaño; además, dos cofres

PERTINENCIA A LA BIBLIOTECA DEL
 ARSENAL DE MARINERÍA

grandes barreteados de oro, y aldabas, bisagras y guarnición de lo mismo, el uno con ropa blanca, y el otro con ciento cincuenta cueros de ámbar, cien pares de guantes, cien faltriqueras y otras cosas de uso común y frecuente. También el conde de Gondomar envió al príncipe cuatro fuentes de guantes, bolsas, faltriqueras, pastillas y alcorzas; la condesa de Olivares, D.^a Inés de Zúñiga, cuatro cofres de ropa blanca, terciopelos y terlices carmesíes, y un escritorio muy rico de cosas de olor. Por último, el duque de Cea mandó al príncipe de regalo el coche nuevo en que el día 19 vió por vez primera á la infanta, y una cama de valor de 4.000 escudos.

Desde el siguiente día comenzó el servicio de la casa que el rey montó al britano. Fué su mayordomo mayor el duque del Infantado, y mayordomos el conde de Gondomar y el conde de la Puebla de Llerena; caballero mayor el marqués de Belmonte, y doce gentileshombres de boca, titulados, para el servicio. Se le situaron veinte mil escudos para su gasto cada mes, y mandóse que en las comidas se sirvieran veinte platos al príncipe, veinte á su valido, treinta y seis á su estado y veintiséis á los ayudas. S. M. le envió tres llaves doradas: la maestra para sí y las otras para Buckingham y Bristol. Para tomar posesión de su mayordomía el duque del Infantado hizo la entrada á visitar al príncipe con todos los de la casa de Mendoza: iban dos grandes de España, tres primogénitos de grandes y veinte títulos. Un consejero de Estado, por turno, concurría cada día á ver al príncipe y quedaba á comer con Buckingham. Los grandes, los consejos y los señores recibieron del mismo modo orden de pasar á cumplimentarle. El obispo de Segovia, como presidente del de Flandes, fué el primero, y su acompañamiento no fué inferior al que llevó el duque del Infantado. En veinticuatro carrozas acompañaron sus deudos al regio alcázar al duque de Cea. Fueron con el conde de Benavente al besamanos tres grandes de su familia y cuatro primogénitos, y durante la ceremonia sirvió la toalla el duque de Híjar. El almirante y el condestable de Castilla an-

duvieron en competencia en el esplendor de su visita, y el arzobispo de Evora mostró la gran calidad de su casa, de la sangre real de Portugal. Por último, el sábado, 1.º de Abril, pasó públicamente á visitar al Príncipe de Gales el cardenal Spínola; hizo una entrada como no se había visto en el discurso de la vida, y toda la corte y el pueblo dieron gran importancia á aquel suceso.

Tras de las cortesías vinieron los festejos. En los primeros días, después de su instalación en Palacio, gustaba el príncipe salir al parque con Buckingham, Olivares y Pastrana á correr lanzas y á jugar sortijas y estafermos. Por la noche se les plantaban delante de sus balcones en el regio alcázar curiosos artificios de fuegos y diversiones. Fué la primera invención que se le hizo *La ciudad de Troya*, de ciento veinte varas castellanas de circuito y doce de altura. Estaba almenada de fuego con bombas, girándulas y ruedas. Vinieron los griegos con el *Palladium*, de tanta grandeza que superaba los muros; y el fuego fué tan nutrido, que asemejaba un gran incendio y los truenos una horrorosa tempestad. Otras noches se imitaba una montaña de fuego y una gran montería, y al ruido de los petardos salían vivos toros, jabalíes, caballos, corzos, cabras y perros, con grande alegría y algazara de la muchedumbre.

Con las fiestas populares alternaban los banquetes aristocráticos. Dió el primero el conde de Monterrey, en su propia casa, adornada toda de tapicerías flamencas y de pinturas italianas, como de quien mandó en Nápoles y allí refinó el gusto de las artes. Tenía dispuestos cinco aparadores, unos con vajilla de oro y de cristal, vidrio y búcaro, otros con cántaros, bacías y cantimploras de plata. Aderezó la mesa Hernando Espejo, caballero de la reina. Templado estaba éste á la grandeza del cardenal duque de Lerma, á quien antes había servido, y así la tenía cubierta de extraña variedad de platos exquisitos. Con todo, aliñáronse y sirviéronse además sesenta platonos dobles de pescado, de tanto mayor regalo cuanto más lejos del mar sirvióse á tiempo. No era costumbre de España

que á casa de los vasallos asistieran entonces los reyes: así el honor de la fiesta fué para el duque de Buckingham y el conde de Bristol, y los lores y magnates que vinieron para estar aquí dando brillo y autoridad á su príncipe, mientras el de Gales con el rey y los infantes se fueron al campo. La tarde en casa de Monterrey, después de la comida, se pasó buena, pues hubo cuatro coros de música de excelentísimas voces, lo mejor de la corte y aun del reino, en cuya distracción discurreió el tiempo, hasta que Olivares llegó aprisa á llevarse la gente á Palacio por la llegada del condestable de Inglaterra.

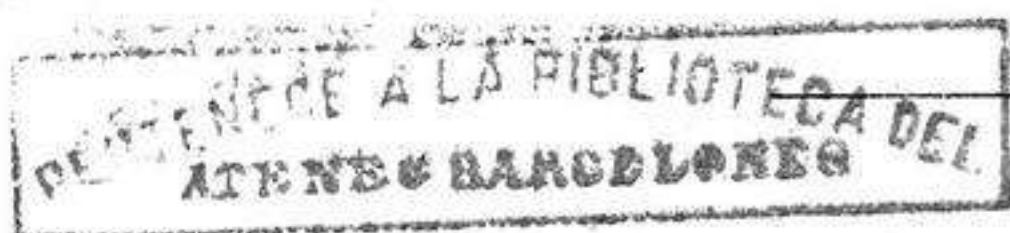
Con este motivo volvieron á agitarse las negociaciones políticas. El príncipe escribió al rey Jacobo con menuda relación de los obsequios recibidos; al Santo Padre, Gregorio XV, el rey Felipe IV; Olivares al cardenal Ludovici, nepote del Papa, y para llevar estas cartas á Roma se nombró embajador extraordinario al duque de Pastrana, quien sin pérdida de momento salió para su destino, acompañado de fray Diego López, agustino, electo arzobispo de Otranto. A los prelados, á los cabildos y á los priores de las órdenes monásticas se dirigió también Felipe IV, con carta de ruego y encargo para que encomendasen en sus oraciones á la mejor inspiración del cielo los negocios á que daba ocasión la inesperada venida á España del serenísimo Príncipe de Gales, hijo único varón del rey de la Gran Bretaña, el cual desde que fué visto y conocido se conquistó las simpatías más ardientes de todo el pueblo y de todas las clases en la corte. Al cardenal de Toledo, el infante D. Fernando, á los grandes del reino, á los presidentes de los Consejos, á las chancillerías, á los reinos y ciudades con voto en Cortes, se les participó del mismo modo el gran suceso; y el rey y la infanta, y Olivares y el príncipe, y Buckingham y Gondomar, comenzaron á tratar entre sí y con Roma, Viena y Londres, el arduo negocio, inclinado el monarca español con vehementes deseos á que la alianza de sangre y de política entre España é Inglaterra consumara victoriosamente

los anhelos de sus gloriosos abuelos Fernando V de Aragón, Carlos V el Emperador y Felipe II.

Todo cuanto al príncipe atañía estaba previsto y resuelto esmeradísimamente; sólo una cosa se notaba. Fuese omisión casual ó voluntaria, en Palacio no se había preparado nada, ni lugar siquiera para que el príncipe pudiera cumplir con sus ritos religiosos. El príncipe disimuladamente escapaba á casa del embajador lord Digby, que para su servicio evangélico tenía en Madrid al doctor Mayre, á Sandford, canónigo de Cantorbery, y á Trewin, lector que llegó á ser de Teología en el Colegio de Santa María de la Magdalena de Oxford. En cuanto al otro embajador inglés, sir Walter Aston, con su mujer y sus hijos, y el adjunto sir Francis Cottington, todos se hicieron católicos en el colegio inglés de la Compañía de Jesús, que había en Madrid, en los primeros días de la llegada del príncipe. Mistress Aston se lisonjeaba de haber contribuído en Inglaterra á más de cuatrocientas conversiones, según una carta del corregidor de Valladolid al presidente de Castilla, D. Juan Queipo de Llano, que se conserva en la Real Academia de la Historia (*Jesuitas*, tomo iij, fol. 129). Bien es verdad que, al decir de los embajadores vénetos, durante el tiempo en que se esperó en Londres que los matrimonios con España tuvieran el apetecido éxito, se declararon católicos en la capital del Reino Unido sobre veinte mil familias. ¿Qué hubiera sido, bajo este punto de vista, si el matrimonio se hubiera llegado á realizar?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS



Avanzaba la primavera de 1868, y el director de la Escuela de Caminos me propuso para una comisión en París durante los meses de verano.

La Dirección de Obras públicas y los jefes del Cuerpo querían mostrarse amables conmigo, en compensación del doble sacrificio que me habían impuesto al no permitirme abandonar el Cuerpo para dedicarme á la enseñanza particular de las matemáticas, y al negarme licencia cuando D. José Salamanca me quiso llevar para la construcción de los ferrocarriles de Italia.

Sin duda pensaban: ya que hace falta en la Escuela de Caminos y que le condenamos á trabajos forzados en la enseñanza, procuraremos endulzarle la pena y el sacrificio.

Yo agradecía la intención, y continuó agradeciéndola; pero la compensación no existía, porque la enseñanza particular de las matemáticas me hubiera proporcionado algunos millones de reales en ocho ó diez años, con lo cual á los cuarenta años había resuelto el problema económico para toda la vida: hubiera podido dedicarme tranquilamente á las matemáticas, que eran mi afición decidida, y por mi cuenta hubiera podido hacer viajes al extranjero á mi gusto, á mi satisfacción y en plena libertad.

Pero el Estado y sus dignos representantes, aun cuando quieren ser benévolos, son tiranos.

En fin, ya pasó todo aquello; mi vida fué por otros cauces; no me queda ni malquerencia ni enojo contra los que creían

cumplir su deber al recluirme en la Escuela de Caminos, y sólo me queda un recuerdo de gratitud por la protección que á su manera me dispensaban.

De todas maneras, y desde el punto de vista económico, estas comisiones constituían un gasto para mí; porque como iba siempre con mi mujer, las indemnizaciones, que no eran muy espléndidas para uno, eran insuficientes para dos, y siempre se mermaban mis ahorros: ahorros bien modestos, á saber, unos treinta y tantos mil reales colocados en la Caja de Depósitos; y gracias á que en aquel año había tenido un pequeño suplemento de ingresos por un informe sobre aguas que tuve que dar con motivo del abastecimiento de Jerez.

Me preparé con tiempo para mi viaje á París, que era, si mal no recuerdo, el tercero que hacía.

El primero fué el año de eclipse total, es decir, el 60.

El segundo fué el año 62, ó sea el de la Exposición Universal de Londres.

Y creo que ya no volví hasta el año 68.

Pero mis alegrías de viajero se entristecieron grandemente desde los comienzos.

Mi padre no estaba bueno.

Dos ó tres años antes, en un día de invierno y después de una extraordinaria nevada, se empeñó en salir porque tenía un enfermo de mucha gravedad, y como no circulaban coches salió á pie, dió una caída, y yo creo que aquella caída fué su muerte, porque debió sufrir una gran conmoción cerebral.

No se resintió al pronto; pero se entristeció su carácter, quedaba silencioso horas y horas, y, á no dudarlo, él, que era gran observador, algo debía sentir y algo debía observar que hondamente le preocupaba.

Un año después, y por el mismo tiempo en que había dado la caída, yendo por la calle á sus visitas experimentó un ligero vahido, se apoyó en la pared, y el vahido pasó brevemente. Después fué, según costumbre, á la peluquería.

Al sentarse y mirar al espejo que tenía delante, vió que su boca estaba ligeramente torcida.

Todo esto nos lo contó algún tiempo más tarde. Y el pobre, desde aquel instante, dictó su sentencia de muerte.

Sus sentencias eran inapelables: ni para sí ni para los demás se equivocó nunca.

Su experiencia era inmensa: como que á los catorce años había entrado en el Hospital General, según he referido en otra ocasión.

Era un hombre de ciencia teórica, conocía toda la de su época, y estaba al corriente del movimiento en el extranjero; y para complemento, su práctica era una práctica de más de cincuenta años.

Cuando él decía «este enfermo no se muere», no se moría; así sucedió con el cura de San Bartolomé, de Murcia, á quien todos daban por tísico en tercer grado, como entonces se decía, y que mi padre curó en un par de meses.

Así sucedió con una parienta nuestra, que parecía estar completamente buena, y de quien dijo:—Dentro de dos años se muere, y se muere de tal modo;—y así murió.

Eso pensó sin duda de sí mismo en la triste ocasión á que me refiero.

Volvió á casa, pidió un vaso de agua, intentó beber y no pudo: tenía una ligera parálisis en la laringe.

Desapareció en pocos meses aquella molestia, pero la sentencia estaba dictada.

Hizo su vida de siempre: sus clases, sus enfermos, sus lecturas por la noche; pero cada vez más triste y más silencioso.

Así transcurrió un año ó algo más; y precisamente á fines de la primavera del 68, cuando yo estaba preparando mi viaje, sintió un ligero entorpecimiento en una pierna, y dijeron los médicos lo que se dice en estos casos:—Un poco de reuma, eso no es nada; debe usted ir este verano á Alhama, á Fitero, á algunos baños calientes.

—Eso no es nada—repetíamos todos, sin creerlo, por lo menos yo.

Y él sonreía, diciendo:

—Es la *tercera advertencia*.

Estábamos en la época napoleónica, y era una frase corriente: cuando Napoleón III quería suprimir un periódico, le dirigía la primera, la segunda y la tercera advertencia; la tercera era la supresión del periódico; por eso decía mi padre: es la tercera advertencia.

Por no alarmarnos, y para que yo no suspendiese mi viaje, no daba importancia á aquella pequeña dolencia.—Sí, tendrán razón, un poco de reuma—repetía sin creerlo. Y al principio salía como siempre, y hacía su vida ordinaria.

Después de marcharme yo al extranjero, creo que desde el día siguiente, ya no salió más.

Yo tenía tristes presentimientos; de suerte que aquel viaje no fué muy alegre para mí, y lo hice más lentamente que de costumbre: me detuve en Valladolid, en Burgos, en San Sebastián y en Burdeos, para recibir carta más pronto y recibirla á diario.

Y recibía carta, naturalmente tranquilizadora, aunque no había motivo para ello; en que me decían que estaba preparándose para ir á los baños en compañía de mi hermano Miguel.

En esta disposición de ánimo llegué á París, en donde estuve Julio y Agosto.

¿Qué comisión llevaba?

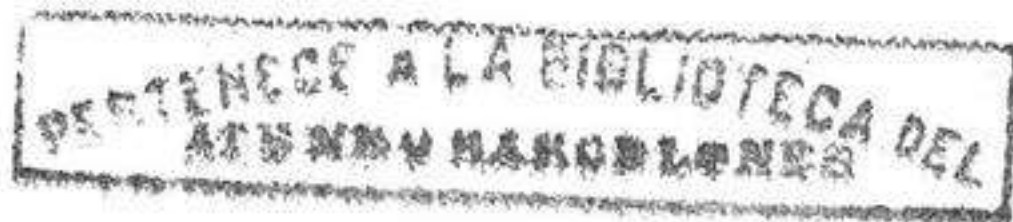
Ya no me acuerdo.

¿Qué me ocurrió de particular durante esos dos meses?

Tampoco me acuerdo.

No tenía más que una preocupación. Recibir carta de España. Y la recibía casi á diario; y mi hermano me escribió desde los baños cartas muy alegres, muy despreocupadas, asegurándome que mi padre estaba mucho mejor.

Yo nada creía: lo veía todo negro; ni él lo creía tampoco, como sucede en tales casos: todos queríamos engañarnos.



La edad de mi padre no era muy avanzada; tendría sesenta y dos ó sesenta y cuatro años; su salud había sido siempre buena: la esperanza era natural; pero yo, que para todo lo demás soy optimista, soy pesimista en alto grado para las enfermedades.

De todas maneras, no era cosa de entristecer á mi padre y á mi hermano, y les escribía también cartas muy regocijadas hablándoles de París y diciéndoles que me divertía mucho: hasta creo que le escribí una carta en verso á mi hermano.

Todo pura comedia.

Procurábamos engañarnos á nosotros mismos, y no hay comedia más triste que aquella en cuyo fondo hay un drama.

De todas maneras, como la enfermedad de mi padre parecía estacionaria y por el pronto no tomaba caracteres agudos, yo continué en París los meses de Julio y Agosto cumpliendo mi comisión, que, vuelvo á repetir, no recuerdo cuál era; y sin divertirme como otras veces en aquella ciudad maravillosa, única en el mundo para toda clase de estudios, enseñanzas, goces y emociones.

No, esta vez no gocé en París: la alegría no la encuentra uno fuera; la lleva dentro de sí mismo.

De suerte que yo no recuerdo de aquel viaje á la gran metrópoli más que dos circunstancias, y ambas repulsivas, siniestras, y casi me atrevería á decir macabras.

La primera fué mi visita á las alcantarillas, ó mejor dicho, á los grandes colectores, que son grandes canales subterráneos. Fuimos una porción de españoles y algunas señoras, porque nos aseguraron que era una visita curiosa, que no tenía nada de repugnante, y que, por de contado, no había peligro alguno.

En efecto: fuimos en una gran barcaza navegando á lo largo de un par de kilómetros.

Realmente, en todo ello nada había de curioso, aunque la curiosidad era grande, ó mejor dicho, la limpieza.

Las señoras vestían trajes claros de verano, y sin embargo,

al salir á la superficie de la calle y cruzar el boulevard, nadie hubiera sospechado que salíamos de una alcantarilla.

En suma: me alegré haber hecho este pequeño viaje, que no fué molesto ni siquiera por el mal olor.

La segunda visita fué á las catacumbas.

Las catacumbas de París constituyen, en rigor, un París subterráneo, el París de las sombras, tan inmenso como el París de la luz.

Una red interminable de calles ó galerías, con sus encrucijadas, sus extensas arterias, sus callejas y plazas.

Las arterias principales tienen gran anchura, y á un lado y otro, de trecho en trecho, hay fuertes macizos de tierra que sostienen la parte superior del terreno: algo así como una calle de Rívoli, tosca y siniestra y hundida en las sombras.

Formábamos los visitantes varios grupos, y á cada uno acompañaba un guía con su correspondiente farol; en la parte alta de la bóveda habían trazado una gran línea negra y gruesa, con flechas de trecho en trecho, para indicar el sentido en que debía marcharse.

Según se afirma, estas catacumbas son el resultado del trabajo de excavación de muchos siglos.

A medida que crecía París, para las argamasas y los morteros de las construcciones que se iban elevando en la superficie del suelo, se socavaba el subsuelo como mina inagotable de arena, piedra y materiales de construcción.

Puede decirse que una gran parte de París ha brotado de las profundidades de su formación geológica, que, harta ya sin duda de tinieblas, subió á buscar el aire y el sol, cristalizando en edificios de todas clases, desde la humilde casa del burgués hasta los grandes palacios y admirables monumentos que hoy asombran al mundo.

La tierra, que se echa fuera de sí misma buscando la luz, la vida y la alegría; y allá abajo quedan las catacumbas para los tristes, los afligidos, y al fin para los muertos.

Y esto último no es una imagen, es una realidad.

A medida que á través de los siglos se iba ensanchando París, la nueva población iba desbordándose sobre los antiguos cementerios, y los muertos estorbaban á los vivos, y los vivos les expulsaban de sus nichos y de sus fosas.

Pero ¿qué hacer de tantos restos humanos, de tantas antiguas generaciones convertidas en esqueletos ó en osamentas dispersas?

La solución era fácil.

Los vivos, á la luz, al nuevo París, á sus multiplicadas zonas de ensanche. Los muertos, á las catacumbas.

Y á medida que la población llegaba á los cementerios, las viejas osamentas bajaban á las galerías de las catacumbas.

Pero los franceses son eminentemente artistas, aman la decoración, procuran embellecer lo más siniestro, buscan la armonía estética, aun para las osamentas humanas; así es que las grandes galerías de las catacumbas de que antes hablaba presentan en lo posible un aspecto artístico, pero de arte macabro; entre pilar y pilar, rellenando el hueco de la arcada, se han construído muros singulares, extraños, fantásticos.

De igual suerte que se construyen muros con diferentes materiales para la distribución arquitectónica de las masas, material menudo de ladrillo ó de mampostería y grandes fajas de sillería encima, y otro gran paño de material menos noble y nueva faja de sillares, y así todo el muro, dividido en grupos y en paños, así los muros de las grandes avenidas en este París subterráneo están formados de diferentes clases de huesos.

Los grandes huesos de la cadera, las cabezas del fémur, se han colocado ordenadamente, como piezas de un muro de mampostería, y encima, enrasando horizontalmente la línea, una, dos ó más filas de calaveras á modo de sillares: es el material más noble de la osamenta.

Sobre estas filas de cráneos viene otra vez el material menudo, los huesos de la parte inferior de las piernas, presentando el nudo de la rodilla, y todavía encima, para un nuevo enrase, nuevas filas de calaveras.

De este modo el muro de huesos humanos llega á mucha altura, pero sin rellenar el hueco de la arcada.

Detrás, en masas enormes, se han hacinado los desperdicios de las osamentas: costillas, vértebras, pedazos de huesos que no eran utilizables para la decoración, los esqueletos triturados por el tiempo, las últimas virutas de armazones que fueron seres vivos en otros siglos.

Y el viaje por estas galerías era penoso, angustiosísimo; marchábamos entre cráneos en fila, que parecían salir de las sombras y asomarse para vernos pasar.

Y de trecho en trecho, las desembocaduras de otras calles y otras callejas, cerradas por cadenas para que nadie pasase, porque el desdichado que hubiera penetrado en aquel laberinto de esqueletos jamás hubiera vuelto á la luz: hubiera sido otro esqueleto más en aquella siniestra mansión de la muerte; no de la muerte de hoy, sino de la muerte de muchos siglos, que se iba deshaciendo en polvo.

Y el que se atrevía á asomarse para ver lo que había detrás de aquellos muros veía entre sombras hacinamiento informe de costillas y vértebras.

Y así seguimos recorriendo aquella ciudad en la cual no piensan los que viven encima de ella, con sus alegrías absurdas, sus tristezas insensatas, sus esperanzas, jirones colgados de una osamenta, y sus ambiciones, que acabarán en las catacumbas, completando una fila de cráneos en la ornamentación de aquellos muros terribles, grotescos y repugnantes.

Todos íbamos silenciosos y preocupados.

Las señoras querían salir pronto de aquellas tumbas sin majestad ni poesía.

Todos pensábamos que había mal olor, olor de podredumbre lenta, y apretábamos el paso; pero los malditos guías, con su farol, marchaban lentamente, como recreándose en nuestros sufrimientos.

Y ninguno se atrevía á separarse del guía: la impresión era de horror y hasta de miedo.

Si nos quedábamos un poco atrás, echábamos á correr para alcanzar al hombre del farol, no fuera á dar la vuelta por alguna de aquellas calles, y le perdiéramos de vista.

A cada momento levantábamos la mirada hacia el techo para ver si caminábamos como era debido en la dirección de las flechas, y las señoras preguntaban con angustia á cada momento:

—¿Falta mucho? ¿saldremos pronto? Basta ya; ya está visto: todo es igual.

Yo me acerqué un momento para observar las filas de calaveras que formaban las grandes hiladas arquitectónicas de aquellos muros sepulcrales, y vi en uno de los cráneos un agujero redondo, perfectamente redondo, que yo me figuré ser del tamaño de una bala: acaso era que la polilla empezaba á devorar el cráneo; pero ¿quién sabe si el sér humano á quien había pertenecido aquel cráneo habría recibido muerte violenta?

Acaso murió en la Saint-Barthelemy.

¿Cuál sería la historia de aquel sér? ¿Qué pensamientos hubo dentro de aquel cráneo? ¿Por qué no se asomaban por la ventanita redonda para contarme su historia?

Y observaba una y otra calavera, y á todas las interrogaba con el pensamiento.

¡Pero había tántas! Centenares; mejor dicho, miles: unos eran cráneos nobles; otros, cráneos bestiales; en las hiladas menos solemnes había cráneos de niños.

No, no podía detenerme mucho, porque el hombre del farol se alejaba, y me parecía que por las callejas iban á salir, á medio armar, los restos de los esqueletos hacinados, para detenerme y que no alcanzase la luz del día.

No me sentía bien. Una inmensa curiosidad, eso sí; un goce siniestro por ver lo que ya no había de ver nunca; pero horror y repugnancia al mismo tiempo.

Me dolía la cabeza, cosa extraña en mí, y pensaba instintivamente: También habrán sentido dolor esos cráneos dentro de su hueco. Ahora no sienten nada.

Una calavera rellena de sombras no tiene pensamiento, pero tampoco tiene dolores. La sombra negra no duele.

¡Cuánto tardábamos en salir!

Las señoras tenían razón: ¿para qué más?

Ya no éramos curiosos, ni turistas, ni extranjeros que desean visitar las catacumbas de París: éramos ejército de vivos que se siente perseguido por un ejército de muertos, y que temen que les alcancen ó que les corten la retirada.

En retirada íbamos, y muy aprisa, apelotonados alrededor de los hombres de los faroles, y preguntando con mal disimulada angustia:

—¿Falta mucho? ¿falta mucho?

En fin, todo se acaba en la vida, y al cabo divisamos á lo lejos de la galería un círculo de luz en el techo.

Era la boca de la salida, la de aquel inmenso cementerio que imitaba grotescamente los primores arquitectónicos de los que viven á la luz del sol..

Llegamos al pie de la escalera; subimos apresuradamente, y al fin vimos la luz.

Todos respiramos como debió de respirar Lázaro al salir de su sepulcro, y, sin despedirnos unos de otros, nos fuimos en diferentes direcciones.

Yo me fuí con mi mujer, buscando un coche para volver al hotel.

Pero no encontrábamos coche; el calor era sofocante, el sol nos abrasaba y estábamos rendidos.

Algunos años después, yo hubiera dicho: al fin, escapamos del *seno de la muerte*.

Pero *En el seno de la muerte* vagaba aún en las profundidades de la nada.

Nos sentamos á la puerta de un café, para descansar y para beber algo.

Yo sentía tan secas las fauces como secas debían estar las de todas aquellas calaveras que habíamos dejado en los siniestros laberintos de las catacumbas.

La imagen horrible aún me perseguía. La tenía ante mis ojos.

Treinta y ocho años han pasado, y aún la veo.

Por el boulevard cruzaba mucha gente, llena de vida, de pasiones, de tristezas y de esperanzas.

Y á mí se me ocurría preguntarles: —Pero ¿adónde van ustedes tan aprisa? ¿Qué insensatez es la de ustedes? ¿No ven que les están esperando ahí abajo?

Todos aquellos seres humanos me parecían grotescos y ridículos, y además impíos: ¡con qué desembarazo y qué despreocupación pisaban un suelo que era techumbre de un subterráneo convertido en cementerio!

Después de descansar un rato, tomamos el primer coche que pasó y volvimos al hotel.

*
* *

Era un hotel en que había muchos españoles, y por ellos teníamos noticias á diario de lo que ocurría en España.

Todavía nada: ninguna noticia alarmante; pero el tema de siempre: pronto estallaría la revolución; la gorda se preparaba.

Que Prim estaba en Bruselas.

Que Prim no estaba en Bruselas, que había desaparecido.

Que no era cierto, que el día antes se le había visto.

Que el Gobierno de González Bravo le vigilaba de día y de noche, y no podía escapar sin que en Madrid tuvieran aviso.

Que los generales desterrados seguían en Canarias.

Que se sabía por conducto fidedigno que habían desaparecido de Canarias.

Que habían querido escapar, pero que habían tenido que volver.

Que en muchas poblaciones se sentía agitación.

Y otras veces lo contrario: que en toda la Península reinaba una calma completa.

Que nadie pensaba más que en veranear.

Que la reina D.^a Isabel estaba pasando el verano tranquilamente en San Sebastián, y que los emigrados tenían para rato.

Los emigrados eran los prohombres del partido progresista, los jefes del partido democrático, que aún se confundían con los que pocos meses después habían de ser jefes del partido federal.

Así estaban en la emigración Olózaga, Fernández de los Ríos, Sagasta, Zorrilla, Martos, Rivero, Pi, Figueras: una lista interminable de personas ilustres, muchos de ellos bajo el peso de una sentencia de muerte.

Yo aquel día no tenía ganas de oír noticias.

El estado de mi ánimo era sombrío. Por una parte, las cartas que recibía de Madrid, de mi familia, que, aunque pretendían ser tranquilizadoras, no lo eran.

Mi padre había vuelto de los baños, y me aseguraban que había vuelto muy mejorado y que estaba animadísimo. Pero no debía ser cierto. No me decían si al fin salía de casa, y esto era para mí lo de más importancia.

Por otra parte, mi visita á las catacumbas me había causado una impresión penosa, triste, desesperada casi.

Y además, aquellas noticias de la próxima revolución, aunque yo era muy demócrata y revolucionario platónico, no contribuían á tranquilizarme.

Decían que la revolución iba á ser terrible.

¡Qué sería de todos nosotros!

En fin, cansado de París, con el alma llena de sombras y de temores, y buscando alivio en el movimiento, como les sucede á todos los enfermos, quise cambiar de postura, y le propuse á mi mujer que nos fuéramos á pasar los pocos días que nos quedaban de expedición á San Juan de Luz.

Allí estábamos próximos á España, cerca de San Sebastián y de Biarritz; gozaríamos del mar y del campo, y tendríamos noticias más ciertas de nuestra querida España.

Mi mujer aceptó, y á San Juan de Luz nos fuimos á fines de Agosto ó principios de Septiembre.

Parecía que la revolución nos estaba esperando, y por hoy que espere hasta el artículo próximo: que me parece que he retrocedido á aquellos días, y estoy de mal humor, sin saber por qué, como en aquellos días estaba.

JOSÉ ECHEGARAY

MOVIMIENTO ECONÓMICO-SOCIAL DE ESPAÑA

LA POLÍTICA AGRARIA

El primero, y sin duda el más fundamental, de los problemas que ha tenido que abordar la moderna política agraria, ha sido el que se refiere á la constitución de la propiedad rural. La parcelación ó las acumulaciones de la propiedad de la tierra no son cuestiones indiferentes ni secundarias del problema agrario.

Es precisamente ahí donde está toda la entraña del problema social, y ha sido ése el punto de mayor debate que, al tratar de política agraria, han sostenido los hombres más eminentes de todas las escuelas económicas y de todos los matices políticos. Y han sido, por último, aquellos que con mayores entusiasmos defendieron la superioridad y las ventajas económicas de la propiedad acumulada, los que al tocar la vida de la realidad y de los hechos, apartándose de la ortodoxia socialista, se convirtieron en los más ardientes defensores de la propiedad parcelaria, persiguiendo y alcanzando una serie de medidas legislativas encaminadas á amparar, desenvolver y consolidar las medianas y pequeñas propiedades.

No han confirmado los hechos aquellas predicciones del socialismo clásico representado por Marx y sus inmediatos sucesores.

La desaparición inevitable del pequeño cultivador la anunciaba Marx en estos términos: «Es en la esfera de la agricul-

tura—decía—donde la gran industria es más revolucionaria al destruir el baluarte de la vieja sociedad el «labrador» y sustituirlo por el asalariado». Marx no tiene ningún entusiasmo por la pequeña propiedad. «La pequeña propiedad—sigue diciendo—crea una clase de bárbaros, viviendo á medias fuera de la sociedad, sometidos á todas las imperfecciones de las formas sociales primitivas, y á todos los males y á todas las miserias de los países civilizados» (1).

En formas parecidas han sostenido esa misma tendencia de la absorción de la pequeña propiedad por la grande, bajo la acción de nuevas formas capitalistas, Benoît Malon, Henry George y otros. Economistas que no pertenecen al campo del socialismo, como Molinari, también veían los peligros que encerraba la pequeña propiedad ante el portentoso desarrollo de la empresa colectiva, anunciando en su *Evolución económica del siglo XIX* que los días de la agricultura individual eran contados; «el porvenir—dice—es de la empresa colectiva».

Aparece el neo-socialismo representando la transición hacia unas doctrinas menos absolutas que las de Marx. M. Vandervelde, de la nueva tendencia, manifiesta la necesidad de proteger al pequeño propietario, reclamando la adopción de medidas legislativas que tiendan á afirmarlo (2). J. M. Jaurés manifestaba sus temores y pedía los remedios que pudieran levantar la inferioridad en que se encontraba el pequeño proletariado rural, que de día en día veían desaparecer sus tierras absorbidas por las grandes propiedades (3).

Ch. Gide, el más ilustre representante de la escuela cooperativa, su activo propagandista y preclaro jefe, manifiéstase decidido partidario de la pequeña propiedad. «La propiedad de la tierra — dice — ha evolucionado siempre de la forma colectiva hacia la individual». «La explotación del suelo bajo

(1) Capital. Cap. III, lib. 1.º y 2.º del lib. 3.º

(2) *Essai sur la question agraire en Belgique.*

(3) Discurs. 1897, sobre crisis agrícola en Francia.

formas colectivas no ha dado siempre más que unos resultados miserables, y absolutamente insuficientes para hacer vivir en una región cualquiera una población medianamente densa» (1). Ha sido Gide uno de los que más han clamado contra aquellas disposiciones del Código civil francés que comprometían gravemente á la agricultura, obligando á la venta de las pequeñas haciendas, que eran adquiridas á vil precio por los grandes propietarios.

CRITERIO QUE HA PREVALECIDO EN LOS HECHOS

Un ilustre economista, M. Cauwes, dice al tratar esta cuestión de las formas de la propiedad (2): «El acaparamiento del suelo por una clase privilegiada es para toda sociedad una causa de su decadencia y un motivo de discordias civiles. No se cita un solo país—continúa—en que la pequeña propiedad lo haya conducido á la ruina. Los abusos de las grandes fortunas inmobiliarias, al contrario, han sido funestas á la antigua Italia, y en nuestros días crearon en Inglaterra un malestar profundo».

Otros ilustres economistas, al observar el sentido en que evolucionaba la propiedad de la tierra, cada vez más acentuado, hacia su mayor fraccionamiento, han dicho: «Nunca como en nuestros tiempos han tomado tanta vida en la realidad de los hechos aquellas frases de Columela: *Laudato ingentia rura, exiguum colito*. Se alaban, se defienden y se ponderan las ventajas económicas de las grandes propiedades, mas están en la miseria los países que no cultivan las pequeñas.»

Es lo cierto, que el mediano y el pequeño patrimonio rural, la mediana y la pequeña explotación agrícola, cultivados los unos directamente por sus propietarios, labradas las otras por colonos á quienes prestan el más firme y decidido apoyo las

(1) Lib. IV, *Principes d'Economie Politique*.

(2) En su *Economie Politique*, lib. 5.º

E. M.—Mayo 1906.

modernas legislaciones sobre arrendamientos, son las formas dominantes de propiedad de la tierra y de su explotación en la moderna agricultura, no sólo en el escaso, viejo y cansado suelo de Europa, sino en los extensos, nuevos y fértiles territorios de América.

Gran atención prestaron los legisladores norteamericanos para el desenvolvimiento de su poderosa agricultura al problema de la constitución de la propiedad rural. A ello obedece una serie de medidas encaminadas á afianzar y á proteger las medianas y las pequeñas explotaciones agrícolas. La ley de 1862 es, sin duda, la de más trascendencia social, política y económica, y la que puso más poderoso dique á los excesos de los acaparadores de la tierra (1).

Según el Censo decenal de 1900, de 45,4 hectáreas que eran en 1850 las extensiones medias de las explotaciones agrícolas en la Atlántica del Norte, alcanzan en 1900 la de 36,6 hectáreas. De 150,6 eran las de la del Sud, que ofrecen en 1900 la de 43,4. En la región Centro Norte eran en 1850 de 57,3, y son en 1900 de 37,8. En la del Centro Sud, de 116,4, y ahora de 62,2. En la región Oeste, de 278 y 154,4, respectivamente. Y por último, en los Estados Unidos, de 91 en 1850 y de 58,6 en 1900.

El número de explotaciones agrícolas, según su cabida, ofrecen en 1900 el resultado siguiente:

	<u>Explotaciones.</u>
De 0 á 1 hectárea.....	41.882
De 1,2 á 4 »	225.568
De 4 á 8 »	407.012
De 8 á 20 »	1.257.785
De 20 á 40 »	1.366.167
De 40 á 70 »	1.422.328
De 70 á 104 »	490.104
De 104 á 200 »	377.992
De 200 á 400 »	102.547
De más de 400 »	47.276
TOTAL.....	<u>5.739.657</u>

(1) Esta ley vino á fijar el límite de la apropiación de los baldíos. En 56 hectáreas se fija la extensión que de esas tierras puede apropiarse

Una explotación rural (1) (*farm*) comprende todas las tierras cultivadas bajo una misma dirección, bien estén destinadas á la producción de cosechas (cereales, leguminosas, etc.) ó á la de pastos para el ganado, comprendiendo los bosques, prados y huertas, etc., que se encuentren juntos, aunque estas tierras sean ó no de un solo propietario. Si la tierra que es de la propiedad de un individuo ó de una asociación es explotada en parte por el propietario y en parte por uno ó varios colonos ó administradores, ó si ella es enteramente explotada por uno ó varios colonos ó administradores, la porción de tierra ocupada por cada uno de éstos es una explotación (*farm*) y debe ser llevada á nombre del individuo que la explota.

Alcanza la superficie cultivada en los Estados Unidos la fabulosa suma de 336 millones y medio de hectáreas, repartidas, según el Censo, en las 5.739.657 explotaciones antes apuntadas. La agricultura americana se caracteriza por el predominio, como se ve, de las explotaciones pequeñas y medias. El grado de división del suelo resulta mejor aún de la repartición de las explotaciones, que producen esa inmensa variedad de cultivos y esa rica variedad de productos que tan abundantemente ofrece aquella agricultura.

Semejantes resultados ofrecen aquellos países nuevos y de tan extensos territorios en que lo que más abunda es precisamente el capital tierra. En Europa, como veremos, las grandes propiedades decrecen rápidamente, aumentando en cambio las de extensiones medias y pequeñas. Toda la legislación de nuestro continente se inspira en el mismo principio. El más

cada ciudadano norteamericano ó extranjero que allí tome carta de naturaleza, y en 260 hectáreas lo que como máximo puede apropiarse una familia. Al ocupante se le concede el título de propietario si á los cinco años ha sometido las tierras á cultivo, las ha rodeado de arbolado y ha levantado vivienda. Si en esa época sólo ha explotado las fuerzas naturales de la tierra, quedan *ipso facto* sometidas á las leyes generales sobre apropiación.

(1) Según el Censo de 1900.

firme y decidido apoyo á los cultivadores de la tierra, con lo cual el colonato adquiere cada día mayor importancia.

Es cierto que mucho contribuyen á este resultado las fuertes organizaciones de los agrarios para la defensa de los derechos de los que cultivan la tierra, frente á los abusos de los grandes propietarios. En Alemania, según Blondel (1), han perseguido y alcanzado el establecimiento de una serie de medidas protectoras á sus propios intereses, proclamando bien alto los agrarios que trabajan y defienden los intereses del pequeño cultivador; lo mismo ocurre en Francia y Bélgica. En Inglaterra persiguen los agrarios medidas idénticas á las adoptadas en Escocia; y en cuanto á Irlanda, el Land Compulsory Purchase, fundado en 1898, es la expresión más acabada de aquellas reivindicaciones que reclaman de los Poderes públicos los que trabajan y cultivan la tierra.

Muy variable y discutido es en Europa el tipo de las explotaciones rurales medias y pequeñas.

En Francia, según las últimas estadísticas publicadas por el Ministerio de Agricultura (2), son pequeñas explotaciones agrícolas las que tienen una extensión de menos de diez hectáreas.

A. de Foville (3) considera pequeña explotación la que alcanza una superficie máxima de seis hectáreas. Otros asignan ocho á la pequeña, y hasta veinte á la media.

M. René Henry (4), considerando esta cuestión de la pequeña propiedad con un criterio social más que económico, dice que es pequeña propiedad aquella tierra ó porción de tierra que, bien sea directamente por sus productos ó bien indirectamente por el precio de su venta, permiten á la familia que la cultiva vivir sin hacerse ayudar de extraños.

(1) *Etudes sur les populations rurales de l'Allemagne et la crise agraire.*

(2) La última información agraria es de 1892.

(3) *Le Morcellement*, 1895, p. 23.

(4) *La petite propriété rurale en France*, 1895.

En Francia el número de explotaciones agrícolas, según su cabida, en la fecha de la información antes citada arrojaba el resultado siguiente:

	Número de explotaciones.
Muy pequeños cultivos (de 0 á 1 hectárea).....	2.167.667
Pequeños cultivos (de 1 á 10 hectáreas).....	2.635.030
Medios cultivos (de 10 á 40 hectáreas).....	727.222
Grandes cultivos (de más de 40 hectáreas).....	142.088
TOTAL.....	<u>5.627.000</u>

La superficie que alcanza cada uno de dichos cultivos es la siguiente:

	Hectáreas.
Los muy pequeños cultivos (de 0 á 1 hectárea).	1.083.833
Los pequeños cultivos (de 1 á 10 hectáreas) ...	11.366.274
Los medios cultivos (de 10 á 40 hectáreas).....	14.845.650
Los grandes cultivos (más de 40 hectáreas)....	22.266.104
TOTAL.....	<u>49.561.861</u>

Los cereales ocupan una superficie media de 28.300.000 hectáreas, y la producción media anual alcanza á 189.531.000 hectolitros (trigo, cebada, centeno, avena, etc.) (1). El rendimiento medio por hectárea cultivada es de 17 á 22 hectolitros por hectárea cultivada. La población alcanza una densidad de 72 habitantes por kilómetro cuadrado.

En Alemania (2), las explotaciones medias y pequeñas adquieren cada día mayor desarrollo. Según la última información agraria, las explotaciones agrícolas medias alcanzan una extensión de ocho hectáreas, comprendiendo los bosques; y de seis solamente, si se tiene en cuenta la parte cultivada. En Baviera es donde las pequeñas explotaciones rurales alcanzan mayor extensión, llegando á nueve hectáreas.

(1) *Diccionario de Agricultura*, Hidalgo Tablada. Madrid, 1897.

(2) La última información se llevó á cabo en 1882.

Dedica la agricultura alemana á los cereales una superficie de 34.083.000 hectáreas. La producción media alcanza á hectolitros 212.000.000 (trigo, cebada, avena, etc.) (1). El rendimiento medio por hectárea cultivada varía de uno á otro de los Estados del Imperio. En general, son 22 hectolitros por hectárea cultivada. Baviera llega á 26; el Estado de Hesse cosecha 35 por hectárea cultivada. La densidad de población alcanza en el Imperio á 104 habitantes por kilómetro cuadrado.

La pequeña Bélgica, que, como dice Emm de Meester (2), «Hace sesenta años, cuando las grandes potencias convinieron en reconocer la existencia de la Bélgica independiente, estaban muy lejos de imaginarse que daban nacimiento político á una nación que con tan exiguo territorio vendría á ser rápidamente la primera nación económica del mundo», desenvuelve su hermosa y rica agricultura sobre la base de unas explotaciones tan pequeñas como pequeño es su territorio. Casi pulverizada está la propiedad rural, y pequeñísimas son las explotaciones agrícolas, y, sin embargo, su riqueza y su prosperidad acrece en rápido progreso.

Según la última información agrícola llevada á cabo en 1880, en Bélgica se registran 910.000 explotaciones, de las cuales 293.000 son cultivadas directamente por sus propietarios y 617.000 por colonos. La extensión media de las explotaciones alcanzan á tres hectáreas. El suelo de Bélgica presenta grandes analogías con el de nuestra región gallega, pues la información antes citada registra un gran número de explotaciones de una y aun de media hectárea de superficie.

Dedica á los cereales una extensión de 1.805.000 hectáreas (3), y la producción media es de 11.506.000 hectolitros. El rendimiento medio por hectárea cultivada es de 26 á 28 hectolitros. La densidad de población es la mayor de Europa: alcanza la de 237 habitantes por kilómetro cuadrado.

(1) *Diccionario de Agricultura*, antes citado.

(2) *Revue des questions scientif.*, mes Julio 1905.

(3) *Dicc. citado*.

En Inglaterra la última publicación del departamento de Agricultura (1) da á conocer el número de explotaciones agrícolas, no comprendiendo las inferiores á $\frac{1}{4}$ de acre, y llegan á 556.000 (Inglaterra, 415.000; País de Gales, 60.000, y Escocia, 81.000), siendo la repartición por su cabida la siguiente:

	Número de explotaciones.
De $\frac{1}{4}$ de acre á 1 acre.....	23.512
De 1 á 5 acres.....	135.736
De 6 á 20 »	148.806
De 21 á 50 »	84.149
De 51 á 100 »	64.715
De 101 á 300 »	79.573
De 301 á 500 »	13.875
De 501 á 1.000 »	4.826
De más de 1.000 »	663
TOTAL.....	<u>556.000</u>

A los cereales dedica Inglaterra 23.725.499 de superficie (2), y la producción media anual es de 223.940.000 hectolitros. El rendimiento medio es por hectárea cultivada de 27. La población alcanza una densidad de 136 habitantes por kilómetro cuadrado.

En cuanto á Irlanda, todas las etapas por que ha pasado su problema agrario han sido para favorecer á los colonos, facilitando el Estado á los cultivadores de la tierra la adquisición de su propiedad.

Las leyes de 1870, de 1891 y del 96 han convertido á más de 70.000 colonos en pequeños propietarios. Y la última de 1903 ha venido á colmar las aspiraciones de los colonos irlandeses.

Lo mismo resulta de las últimas informaciones de los Países

(1) De 1897. Y sobre todo, una Memoria de la Sociedad de Estadística de Londres, publicada posteriormente con el título de «Agricultural Holdings in England and abroad».

(2) Dice. citado.

Bajos. Y en cuanto á Italia, según el último Anuario Estadístico de 1900, se observa la misma tendencia. De veintiocho millones y pico de hectáreas que alcanza el antiguo reino, están sometidas á los diversos cultivos más de veinte millones de hectáreas.

EL ESTADO ACTUAL DE LA AGRICULTURA EN ESPAÑA

Ardua y penosísima tarea es siempre entre nosotros la de emprender cualquiera clase de estudios que tengan por base el conocimiento de la Estadística y el de otros datos y noticias oficiales. Apenas si nuestros departamentos ministeriales han prestado atención á este servicio, el más indispensable sin duda de toda buena administración (1). Pero de algún tiempo á esta parte viénense publicando, por los distintos Ministerios, interesantes estadísticas que, además de estar confeccionadas con gran esmero, ofrecen una completa garantía, en cuanto es personal facultativo y técnico los encargados de realizar tan importante servicio.

No presenta nuestra agricultura un carácter uniforme y general que de antemano pudiéramos señalarlo. La constitución de la propiedad, el estado de los cultivos, la densidad de población, etc., etc., ofrecen aspectos bien diferentes, no sólo de región á región, sino de provincia á provincia, y á veces dentro de una misma provincia se observan radicales y profundas diferencias.

Procuraremos, sin embargo, agrupar aquellas regiones que más analogías ofrezcan por el estado de su agricultura, aprovechando cuantos antecedentes, datos y noticias nos suministren todas las publicaciones oficiales referentes á la materia,

(1) Por lo que respecta al Ministerio de Hacienda, dió gran impulso al servicio de Estadística, y es autor de la de Presupuestos generales del Estado, donde se contiene una rica literatura fiscal, el que fué Interventor general de Hacienda, y posteriormente director general de Contribuciones, D. Angel González de la Peña.

dando á conocer la densidad de población en cada una de las provincias, así como la población obrera minera que en los ramos de laboreo y beneficio retengan anualmente cada una de ellas.

Hecho este estudio de nuestra agricultura, y ya realizado el de la extranjera, podremos, como resultado, sacar al menos una orientación seria y segura de nuestra imperiosa é indispensable reforma agraria.

A.—*La agricultura en Levante.*

Alcanza esta región agronómica, que comprende las provincias de Valencia, Alicante, Castellón y Murcia, una extensión superficial de 3.441.295 hectáreas, de las cuales hay que deducir, como superficie improductiva para la agricultura, la de 441.439 hectáreas que ocupan las poblaciones, caminos, sendas, ríos, minas, etc.; el resto es la superficie productiva (1).

Una extremada división de la propiedad y una gran repartición en los cultivos es la característica principal que ofrece la agricultura de esta región.

«Fácil sería — dicen los ingenieros agrónomos (2) — el aumento de la ganadería en esta región. Sin gran trabajo y poco coste podrían establecerse prados artificiales para la obtención de los forrajes á este fin necesarios; pero á ello se opone—continúan—el predominio que en toda esta región tiene el cultivo intensivo» (3).

Muéstranse, en efecto, los habitantes de toda esta región con grandes aptitudes y poderosas aficiones hacia el cultivo de la tierra. Es cierto que antiguas costumbres, cada vez más

(1) Estos datos los consigna la Junta Consultiva Agronómica, tomados del Instituto Geográfico y Estadístico.

(2) En la obra publicada por la Junta Consultiva Agronómica, *Prados y pastos*, 1905.

(3) Idem.

arraigadas, han venido á constituir en esa región como una especie de código rural, en donde el cultivador de la tierra encuentra su más completa garantía y toda clase de estímulo para las labores del suelo.

Pequeñas y medianas propiedades cultivadas directamente por sus dueños; medianas y pequeñas explotaciones agrícolas labradas por colonos; medianas y pequeñas haciendas rurales forman el conjunto de esta floreciente y rica agricultura.

Bien puede asegurarse que no hay frutos en la tierra que ahí no se produzcan; ni existen cultivos, por delicados que sean, á los cuales su labrador no sepa prodigarles toda clase de cuidados hasta hacerlos prosperar y florecer. Es cierto que mucho contribuye á ese resultado la riqueza de su suelo y la bondad de su clima, pero no es menos cierto que el elemento principal de su progreso agrícola débese á la laboriosidad y al trabajo de su inteligente labrador.

A esa división de la propiedad le corresponde una gran división en los cultivos y una perfecta división también en el trabajo agrícola. A todo lo cual le acompaña una rica y variada producción.

Aquí se producen toda clase de cereales, y entre ellos el arroz tiene una grandísima importancia; alternan dichos cultivos con una gran variedad de leguminosas; á la vid dedica la región levantina una superficie de 290.833 hectáreas (1), mayor que la de ninguna región de España (2). Renace el cultivo de la morera, se produce el cáñamo, se cultiva el azafrán, el algarrobo y el cacahuet. Se cultiva el olivo y el almendro, y los naranjales constituyen principalísima riqueza. Existen grandes higuerales, hermosos granados y una rica variedad de árboles frutales. Hermosas palmeras, inmensos pinares, las mejores huertas. La alfalfa, el esparto y toda clase de forrajes

(1) Junta Consultiva. Estadística. Cosecha 1904.

(2) Es la superficie del viñedo más de cuatro veces mayor que la que al mismo cultivo dedican las ocho provincias andaluzas reunidas.

ahí se cultivan, y con usura recompensan á su labrador los afanes y las fatigas del trabajo.

La distribución de la superficie por grandes masas de cultivos en cada una de las provincias es la siguiente (1):

	Forestal y pastoral. — <i>Hectáreas.</i>	Sistema cereal. — <i>Hectáreas.</i>	Cultivos arbus- tivos, arbóreos y hortícolas. — <i>Hectáreas.</i>	Improductivos. — <i>Hectáreas.</i>
Valencia	451.190	247.300	263.190	113.437
Alicante.....	300.000	51.420	137.050	77.501
Castellón.....	250.579	114.642	196.561	84.755
Murcia.....	311.390	550.056	126.474	165.746
TOTAL....	1.313.159	963.418	723.279	441.439

La superficie destinada á pastos se reduce considerablemente merced á las roturaciones de esos terrenos, siendo cada día mayor los sometidos á cultivos, lo cual indica el predominio de la agricultura sobre la ganadería.

Y teniendo la primera materia, ¿cómo no había de aparecer la industria?

Ésta cada día adquiere más vigor: florecen la sericícola en Murcia y Valencia y, en general, la de los residuos de los orujos de la uva, de la aceituna y del cacahuet, la de las pulpas de la fabricación de granos, y otras varias.

La minería tiene importancia en Murcia. Ocupan las concesiones mineras una extensión de 44.209 hectáreas, y el número de obreros empleados llega á 18.241 en dicha provincia. En las tres restantes sólo alcanza á 676 los obreros que trabajan (2).

La densidad de población es de 75 habitantes por kilómetro cuadrado en Valencia, de 82 en Alicante, de 48 en Castellón y de 50 en Murcia (3).

(1) Según la Junta Consultiva Agronómica. Ob. cit.

(2) Estadística minera de 1904.

(3) Según los resultados que arroja el Censo de 1900 del Instituto Geográfico y Estadístico.

B.—Cataluña.

El *Anuario* que acaba de publicar la Dirección general de los Registros, dedicado especialmente al estudio de la propiedad de esta región, ofrece interesantes datos acerca de la tendencia, cada vez más acentuada, hacia su mayor fraccionamiento, así como de la importancia que tiene en esa agricultura el colonato, la aparcería y el arrendamiento.

Mide la región catalana, según el Instituto Geográfico y Estadístico, una extensión superficial de 3.219.660 hectáreas. Las poblaciones, minas y caminos, etc., ocupan la de 394.219 hectáreas.

No es en general esta región la de la industria pecuaria. Sin embargo, en algunas de sus comarcas esa riqueza tiene gran importancia. La ganadería propia de la región es aquella que, unida á la agricultura, forman una sola y misma riqueza. El ganado vacuno, el lanar y el cabrío abunda en los montes altos de Tarragona, produciendo carne, leche, lana y los abonos de tan general empleo, con los que en poco tiempo han formado esa agricultura tan floreciente.

El área de cultivo progresa extraordinariamente, no sólo en extensión, sino también en la excelente calidad de los cultivos.

La superficie del suelo catalán se distribuye así (1):

	Forestal y pastoral. — Hectáreas.	Sistema cereal. — Hectáreas.	Cultivos arbus- tivos, arbóreos y hortícolas. — Hectáreas.	Improductivos. — Hectáreas.
Barcelona.....	293.512	182.864	189.008	103.666
Tarragona.....	315.502	86.500	205.281	45.752
Gerona.....	326.419	115.269	51.969	92.839
Lérida.....	509.876	366.362	186.610	152.231
TOTAL....	1.441.309	750.995	632.868	394.488

(1) Junta Consultiva. Ob. cit.

En los cereales es sin duda Barcelona donde se hacen los cultivos más esmerados, alcanzando en el secano un rendimiento medio por hectárea cultivada de 15,87 quintales métricos, en tanto que en las otras provincias fluctúa entre 8 y 9 (1).

La superficie de viñedo, que pasa en esta región de 200.000 hectáreas, aumenta considerablemente. Tiene gran importancia la riqueza olivarera, y existe una gran variedad de árboles frutales. Pero la agricultura de Barcelona es, sin duda alguna, la que tiene toda la importancia de la región.

La minería ocupa una extensión de 39.833 hectáreas; el número de obreros empleados sólo llega en toda la región á 2.179 (2).

La propiedad se encuentra dividida en general, y el colono tiene grandísima importancia, representando en algunos distritos el 97 por 100 del suelo lo que cultivan los colonos. La aparcería es también contrato de frecuente celebración, alcanzando en algunos distritos el 25 por 100 de los explotadores de la tierra. La forma dominante de explotación es directamente por el propietario.

La tendencia de la propiedad, excepto en los distritos de Manresa y Sort, donde tiende á agruparse, en general se acentúa cada vez más la disgregación de la propiedad; y si en muchos puntos permanece estacionaria, es porque, como dicen los registradores, está tan subdividida que ya no es posible dividirla más.

La *rebassa morta* son subdivisiones que hace un propietario de su finca entre varios colonos, y hay distritos donde anualmente se hacen más de 135 segregaciones de fincas (3).

Los arrendamientos de fincas rústicas, regidos la mayor

(1) Estadística cosecha cereales de 1904.

(2) Estadística minera, 1904.

(3) *Anuario de la Dirección de los Registros*, 1905.

parte por la costumbre, están inspirados en el más grande respeto al colono. De hecho son vitalicios, y aun los hay que se transmiten de padres á hijos.

La densidad de población es de 138 en Barcelona, de 52 en Tarragona, 50 en Gerona; decayendo notablemente en Lérida, que sólo alcanza 22 (1). Es ésta la provincia menos cultivada, dedicando al pasto 509.856 hectáreas, en tanto que á los cereales y leguminosas dedica 366.362, de las cuales siembra anualmente poco más de 100.000 hectáreas.

C.—Aragón y Rioja.

Agrícola y pecuaria llaman los registradores de la Propiedad á esta región (2). Su estado general de miseria, no tanto la deben á las desapacibles condiciones de su clima y á la naturaleza montañosa y accidentada de su suelo, como al predominio que en toda esa región tiene la ganadería sobre la agricultura, las dehesas de pastos sobre los terrenos cultivados.

A 5.243.220 hectáreas alcanza la extensión superficial de toda la región (3). Deducida la superficie improductiva para la agricultura, que es de 682.474 hectáreas, quedan en estado de producción 4.560.748 hectáreas, que se distribuyen en la forma siguiente:

	Pastos. — <i>Hectáreas.</i>	Sistema cereal. — <i>Hectáreas.</i>	Cultivos arbus- tivos, arbóreos y hortícolas. — <i>Hectáreas.</i>	Improductivos. — <i>Hectáreas.</i>
Zaragoza.....	645.500	563.426	340.508	193.000
Huesca.....	841.450	315.200	108.230	250.000
Teruel.....	748.230	417.000	118.000	198.000
Logroño.....	286.583	119.274	57.347	40.908
TOTAL....	2.521.763	1.414.900	624.085	682.472

(1) Según el Censo de 1900.

(2) En las Memorias y Estados publicados por el Ministerio de Gracia y Justicia en 1890.

(3) Según el Instituto, la región agronómica comprende las provincias de Zaragoza, Huesca, Teruel y Logroño.

La propiedad aparece muy dividida en Zaragoza, y sus cultivos ofrecen también alguna variedad.

El colonato tiene gran importancia en esta provincia; así es que, como puede verse, es mayor que en las restantes la superficie cultivada. El cultivo del olivo y de la vid es común á toda la región, siendo la superficie que se le dedica al primero de 46.056 hectáreas, y de 206.423 á la segunda (1).

Los cereales donde mejor se cultivan es en Logroño, que alcanza en el secano un rendimiento medio por hectárea cultivada de 13,17 quintales métricos, no pasando de 4 en las provincias restantes (2).

La minería apenas si tiene importancia en esta región. Las cuatro provincias sólo ocupan á 923 obreros (3). En cuanto á la densidad de población, alcanza á 24 habitantes por kilómetro cuadrado en Zaragoza, 37 en Logroño, 16 en Huesca y 16 en Teruel (4).

D.—*Vascongadas y Navarra.*

Representa la superficie cultivada de estas cuatro provincias el 26,95 por 100 de su área total, que es de 1.760.146 hectáreas, deduciendo la superficie que ocupan minas, poblaciones, sendas, caminos, etc., que alcanza á 36.987 hectáreas (5).

Los pastos ocupan una extensión de 1.248.660 hectáreas; los cereales 401.185, y los demás cultivos 73.114 (6).

La propiedad aparece muy dividida y con gran esmero cultivada. Guipúzcoa es la provincia que tiene mayor zona de cultivo, el 33 por 100 de su superficie. Le sigue Álava, con el 29 por 100; después Navarra, con el 26, y por último Vizcaya, con el 20 por 100, haciéndose cultivos tan esmerados que

(1) Junta Consultiva. Estadística olivarera y mosto, 1904.

(2) Idem id. Cereales, 1904.

(3) Estadística minera, 1904.

(4) Según el Censo 1900. Instituto Geográfico y Estadístico.

(5) Junta Consultiva, obra citada.

(6) Idem id.

cosecha en el secano 16,04 quintales métricos por hectárea cultivada (1).

La superficie minera es de 59.439 hectáreas. El número de obreros empleados asciende á 21.389, de los cuales diez y nueve mil y pico están reconcentrados en Vizcaya (2).

La densidad de población es de 143 habitantes por kilómetro cuadrado en Vizcaya, de 103 en Guipúzcoa; decae bastante en Alava y Navarra, que llegan á 32 y 29, respectivamente, por kilómetro cuadrado (3).

E.—Región leonesa (4).

Las cinco provincias que comprende esta región agronómica alcanzan una extensión de 5.239.578 hectáreas. 301.823 es la superficie improductiva para la agricultura. El resto es lo que se dedica á los diversos cultivos, que se distribuyen en esta forma:

2.395.035 hectáreas es la superficie dedicada á dehesas para pastos, y 2.542.720 es la superficie cultivada, que se descompone en: 4.439.128 dedicadas al sistema cereal, 65.990 la vid, 3.702 el olivo y 33.900 los demás cultivos.

En León y Santander existen extensas praderas, sierras y cañadas que proporcionan nutritivos alimentos, no sólo á la ganadería de dichas provincias, sino también á la de Castilla, Extremadura y hasta á la de Portugal.

Zamora y Palencia se caracterizan por las grandes planicies, que dedican al cultivo de cereales y leguminosas, y sobre todo por sus dilatadas dehesas, que tanto abundan también en la provincia de Salamanca (5).

En cuanto al estado de la propiedad, apenas si el colonato tiene importancia; el escaso número de ellos que existe no ce-

(1) Estadística cosecha 1904.

(2) Idem minera, 1904.

(3) Según el Censo 1900.

(4) Comprende las provincias de León, Palencia, Zamora, Salamanca y Santander.

(5) *Prados y pastos*, de la Junta Consultiva.

lebra ninguna clase de contrato escrito, y cuando lo celebran es en documento privado. El contrato de arrendamiento por escritura pública se celebra, el de las grandes dehesas inscribiéndose en los registros, formando de este modo grandes concentraciones por medio del arrendamiento (1).

La minería retiene un número de obreros de 10.868, de los cuales 7.700 trabajan en Santander (2).

En cuanto á la densidad de población, es de 50 habitantes por kilómetro cuadrado en Santander, 25 en Zamora, Salamanca y León y de 22 en Palencia (3).

F.—Galicia y Asturias.

Un extraordinario fraccionamiento del suelo, que convierte á todos sus habitantes en pequeños terratenientes, es la principal característica de la propiedad de esta región.

La superficie que ocupa es de 4.004.786 hectáreas. La improductiva para la agricultura es de 110.789, y la superficie productiva está cultivada con tal esmero que convierten en un jardín la agricultura de algunas de sus comarcas.

Las 2.583.650 hectáreas que esta región dedica al pastoreo no es el que espontáneamente produce las fuerzas naturales de la tierra, sino que se cultivan una gran variedad de forrajes que alimentan no sólo á la importante ganadería de esta región—que ofrece exquisita leche, carnes y otros productos que se exportan en gran parte,—sino á las cabañas trashumantes de León y Extremadura.

Los otros cultivos ocupan 1.309.347 hectáreas, cuya superficie se distribuye en:

806.318	hectáreas	dedicadas	á los cereales.
363.355	»	»	á los prados permanentes.
23.287	»	»	al viñedo.
116.387	»	»	á los frutales y hortícolas.

(1) Según las Memorias-estados de los registradores de la Propiedad publicados por el Ministerio de Gracia y Justicia en 1890.

(2) Estadística minera, 1904.

(3) Según el Censo de 1900.

La pesca, la minería y una multitud de industrias completan la riqueza de esta región, que alcanza una densidad de 110 habitantes por kilómetro cuadrado en Pontevedra, de 82 en Coruña, de 57 en Orense, de 56 en Oviedo y de 47 en Lugo (1).

La minería ocupa una extensión superficial de 157.185 hectáreas. De esta región, Oviedo es el centro minero que retiene una población obrera de 22.444 en los ramos de laboreo y beneficios, en tanto que sólo alcanzan á 1.183 los que trabajan en la minería en las demás provincias.

G.—*Las dos Castillas* (2).

Grandes extensiones de terrenos dedicados al cultivo de los cereales, casi todos explotados por el sistema de los tercios (3), y grandes dehesas explotando las fuerzas naturales de la tierra, es, salvo una que otra comarca de alguna provincia, la característica principal de esta agricultura.

La extensión superficial de estas dos regiones agronómicas es bastante considerable. Llega á 9.934.520 hectáreas el territorio que ocupan; 1.124.427 es la superficie improductiva para la agricultura: quedan, por consiguiente, en estado de producción 8.810.093 hectáreas (4).

La Junta Consultiva Agronómica distribuye esta superficie en la siguiente forma (5):

3.792.531	hectáreas	ocupan	las dehesas de pastos y montes.
4.140.151	»	»	los cereales (sistema tres hojas).
330.098	»	»	la vid.
84.881	»	»	el olivo.
461.429	»	»	los demás cultivos (6).

(1) Según el Censo de 1900.

(2) Nueve son las provincias que comprenden las dos regiones agronómicas de ambas Castillas: Madrid, Toledo, Guadalajara y Cuenca es la central, ó de Castilla la Nueva; Valladolid, Burgos, Segovia, Ávila y Soria es la de Castilla la Vieja.

(3) Las tres hojas en que se divide son: una de siembra, la otra de barbecho y la otra de descanso.

(4) Junta Consultiva, ob. cit.

(5) Junta Consultiva, ob. cit.

(6) Junta Consultiva, ob. cit.

La minería es insignificante en estas dos regiones, pues sólo emplea 835 obreros (1).

La densidad de población es de 97 habitantes por kilómetro cuadrado en Madrid, de 75 en Valladolid, de 27 en Segovia y Burgos, de 24 en Toledo, de 25 en Ávila, de 14 en Soria y Cuenca y de 13 en Guadalajara (2).

H.—*La Mancha, Extremadura y Andalucía* (3).

Grandes analogías ofrecen el estado del suelo y de la agricultura de estas dos regiones con la de las dos Castillas.

No es solamente en Andalucía y en Extremadura donde el obrero agrícola se siente expropiado de su trabajo y en donde los pastos sustituyendo á los cultivos, y los ganaderos á los labradores, convierten los terrenos más feraces en inmensas dehesas, explotando las solas fuerzas naturales del suelo y sobrándole, por consiguiente, toda clase de trabajo humano; sino que el mal se extiende rápidamente por todas las comarcas de España, arrojando á la miseria á ejércitos de obreros, en tanto que más de la mitad del territorio se encuentra convertido en una inmensa y dilatada dehesa.

La región que describimos alcanza una cabida de 16.392.812 hectáreas, muy cerca de la tercera parte de la total superficie de España.

Pues bien: deduciendo lo que ocupan poblaciones, ríos, sendas, minas, etc., que son 1.402.546 hectáreas, quedan en estado de producción y de cultivos una cifra de 14.866.266 hectáreas (4).

Las grandes acumulaciones, de propiedad unas y de cultivos las otras, es la general característica del suelo de estas

(1) Estadística minera, 1904.

(2) Según Censo 1900.

(3) Ocho son las provincias andaluzas y dos las extremeñas; las de Ciudad Real y Albacete componen la Mancha.

(4) Junta Consultiva, ob. cit.

regiones. Excepto Málaga, algo en las provincias de Córdoba, Granada y Cádiz, donde el colonato tiene alguna importancia, lo general son los grandes predios, convertidos en dehesas unos y dedicados al cereal los otros.

Una idea bastante aproximada dará la distribución de la superficie que hace la Junta Consultiva Agronómica, y es la siguiente:

7.541.251	hectáreas	ocupan	las dehesas	de pastos	y montes.
4.349.865	»	»	los cereales	(tres hojas)	(1).
270.913	»	»	la vid.		
919.850	»	»	el olivo.		
569.250	»	»	los demás	cultivos.	

Total cultivos: 6.709.984 hectáreas. Total superficie pastos: 7.541.251.

La población obrera ocupada en la minería alcanza á 52.704 trabajadores. Huelva es la que retiene el mayor número: ocupa 15.500; le sigue en importancia Ciudad Real, con 7.060; Jaén, con 7.000; Córdoba, 6.400; Almería, 5.446; Sevilla, 3.442; Málaga, 1.362; el resto, en pequeños números, se reparte entre las demás provincias (2).

En cuanto á la densidad de población, es de 72 habitantes por kilómetro cuadrado en Málaga, de 60 en Cádiz, de 39 en Sevilla, de 38 en Granada, de 35 en Jaén, de 34 en Córdoba, de 25 en Huelva, de 23 en Badajoz, de 16 en Ciudad Real y Albacete y de 14 en Cáceres (3).

*
* *

Resumiendo. El Instituto Geográfico y Estadístico asigna al territorio una extensión superficial de 50.451.688 hectáreas. Deduce como superficie improductiva para la agricultura, ocupada por las poblaciones, caminos, ríos, sendas, minas, et-

(1) La tercera parte es lo que anualmente se siembra y produce.

(2) Estadística minera citada.

(3) Según el Censo 1900.

cétera, 4.693.261: quedan, por consiguiente, en estado de producción 45.758.827 hectáreas (1).

La total área de cultivos en España, según la Junta Consultiva Agronómica, no pasa de diez y ocho millones de hectáreas, y la distribuye en la forma siguiente:

	Hectáreas.
Los cereales ocupan una total extensión de	12.800.500
El viñedo.....	1.450.000
El olivar.....	1.360.000
Las leguminosas.....	999.500
Raíces y tubérculos.....	860.000
Huertas y frutales.....	640.000
Prados cultivados.....	250.000
Plantas industriales.....	235.000
TOTAL HECTÁREAS.....	18.595.000 (2)
Dehesas de pastos y montes.....	24.055.547 (3)
TOTAL GENERAL.....	42.650.547



La población obrera minera de España en 1904 es la siguiente:

Ramo de laboreo.....	118.661 obreros.
Idem beneficios.....	15.567 »
TOTAL.....	134.228 (4)

Promedio de habitantes por kilómetro cuadrado de España, 37.

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ PÉREZ

(Concluirá.)

-
- (1) Junta Consultiva, ob. cit.
 (2) *El regadío en España*, de la Junta Consultiva.
 (3) *Prados y montes*, ídem.
 (4) De la estadística citada, según la cual ha descendido la total población obrera minera en el año de 1904, con relación al anterior, en más de mil cuatrocientos obreros.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

XIII

Cicerón había quedado fuera de la conjuración formada por los hombres públicos que querían desembarazarse de César. Tenía que temerse todo de la indecisión de su carácter; además, desde que su divorcio y la muerte de su hija le ocasionaron penosas dificultades domésticas, sumiéndole en un gran duelo, él mismo se mantenía apartado de los asuntos de la República; abandonaba la política por la filosofía, en la que buscaba consuelos.

Pero cuando, después del asesinato de César, ya no hubo que temer las vacilaciones posibles de Cicerón, como su nombre era el más grande de Roma, se quiso sustraerle á sus dolores y á sus trabajos. A él recurrieron para que tomara la dirección de los negocios. Esta dirección no era más que nominal; veíase anulada por la creciente influencia de Antonio, su enemigo desde hacía mucho tiempo. El profundo odio que separaba á Antonio de Cicerón ocultábase mal bajo las apariencias de una afectada amistad.

A principios de Abril, el consular, que comprende que su presencia en Roma, inútil para la República, puede ser peligrosa para él, se retira á sus posesiones, en donde reanuda sus

trabajos filosóficos y sus ocupaciones de propietario. Se dedica á edificar en su propiedad de Túsculo; el 9 de Abril habla á Atico de sus albañiles (*structores*), y añade: «Hasta ahora no ha llegado el liberto de Balbo, Corumbo. Su nombre me es muy conocido; se dice que Corumbo tiene un buen talento como arquitecto».

Pero á Cicerón le absorbían otras preocupaciones distintas de la tardanza del arquitecto que Balbo había de enviarle. De lejos, seguía los acontecimientos; creyó, por un instante, haber encontrado el salvador de la República en Dolabella; escribió al que fué su yerno una carta felicitándole. La reconciliación de Dolabella y Antonio no tardó en quitarle la ilusión aquella. Engañado en sus esperanzas, hubo de buscar en otra parte al que pudiera ser en sus manos el hombre necesario para la salvación de Roma. No había ya que contar con los *liberatores patrice*, Bruto y Casio, á quienes el temor de los veteranos fieles á Antonio tenía alejados del Foro. Cicerón creyó encontrar el providencial salvador en la persona de un joven hasta entonces desconocido, que se insinuaba respetuosamente cerca de él.

En efecto, acababa de llegar á Roma un individuo cuya intervención no temía ó no esperaba ningún personaje político. Era el heredero que César inscribió en primera línea en su testamento, C. Octavio, hijo de C. Octavio pretor en el 61, muerto en el 58, y de la hija de la hermana de Julio César, Julia, y de M. Acio Balbo, Acia, casada después con Filipo. El joven Octavio nació en el 63; á la muerte de su padre, fué educado en casa de su abuela, y César se encargó de terminar la educación de su sobrino. Cuando Octavio se puso la toga viril en el 48, recibió la laticlave, insignia de la dignidad de senador. A principios del 44, cuando César preparaba su expedición contra los partos, envió á Octavio á Apolonia, en Epiro, en medio de las legiones que allí se concentraban, para que se diese á conocer de los soldados. En Apolonia fué en donde aquel joven de diez y nueve años supo la muerte de César y tuvo conocimien-

to del testamento que le instituía en heredero principal é hijo adoptivo del dictador.

Inmediatamente, según la regla que requería que el hijo adoptivo añadiese su nombre como *cognomen* al nombre de quien le había adoptado, toma el nombre de C. Julio César Octavio; se pone en camino para Italia, declara que se encarga de la ejecución de todas las voluntades de César, y se afirma como candidato á su herencia política. Con este título ofrece á su costa, y en nombre del dictador asesinado, combates de gladiadores en las *Palilia*, el 21 de Abril, y en las fiestas de Venus Victrix, el 24 de Julio.

Llegó á Nápoles el 16 de Abril; su primera visita fué para Cicerón, que se encontraba en Cumes. Cautivó con su afectuosa cortesía al anciano, cuyo apoyo deseaba. A su llegada á Roma, muy mal recibido por Antonio, que le trata altivamente, el heredero de César trata de constituirse un partido atrayéndose á los senadores viejos á fuerza de halagos—procedimiento que le salió bien con Cicerón, — y ganándose con larguezas á los veteranos y á las legiones reunidos en Brindisi. De Balbo fué la iniciativa para poner en relaciones á su antiguo amigo con el hijo adoptivo de César. El gaditano, poco seguro en Roma, se unió á la persona del que fué su abogado, cuya protección le era más necesaria que en los tiempos en que se trataba de defender sus derechos de ciudadano romano. Le siguió á su casa de Puzoles. El 19 de Abril del 710-44, Cicerón escribe á Atico: «Balbo está conmigo, y nos encontramos muy á menudo juntos». El 21 de Abril: «Octavio llegó á Nápoles el 20 de Abril. Balbo le vió al día siguiente por la mañana; en el mismo día le vimos juntos en mi casa de Cumes; está dispuesto á aceptar la sucesión de César». El 22 de Abril: «Tengo conmigo, en mi casa de Cumes, á Balbo, Hircio y Pausa. Octavio acaba de llegar; se ha hospedado en casa de Filippo, que está junto á la mía. Octavio me es completamente afecto». En un verdadero consejo de gabinete se reunieron en casa de Cicerón Balbo y Octavio, el confidente íntimo y el heredero de

César; y A. Hircio y C. Vibio Pausa, los dos probados partidarios que el dictador designó para ser cónsules en el 43, y los cuales habían de morir, en el ejercicio de su cargo, al frente de los ejércitos de la República enviados contra Antonio. Cicerón no parece tener una confianza absoluta en los sentimientos de Octavio respecto de él. El 24 de Abril escribe á Atico: «Octavio me trata aquí con tanta distinción como simpatía. Sus íntimos le saludaron con el nombre de César; Filipo no lo hizo, y, por consiguiente, tampoco yo. Es imposible, lo declaro, que Octavio sea un buen ciudadano, porque está rodeado de gentes que no cesan de amenazar de muerte á nuestros amigos, que no cesan de repetir que no puede tolerarse lo que nuestros amigos han hecho. ¿Qué piensas que va á suceder cuando ese joven llegue á Roma, en donde no pueden estar seguros nuestros libertadores?»

Octavio, mientras tanto, dejó á Cicerón para ir á Roma; Balbo acompañó al heredero de César. A fines de Abril, Cicerón escribe á su liberto Tirón que Balbo le comunica que está enfermo de la gota. Esta enfermedad le impide informar á su amigo sobre los acontecimientos que se desarrollan en Roma. Hircio, á quien el anciano orador se complacía en dar lecciones de elocuencia, hace compañía á Balbo. El 11 de Mayo, Cicerón escribe á Atico: «En cuanto á Hircio, á quien Bruto y Casio me piden que le haga mejor, me ocupo de él con gran solicitud; ciertamente, es muy elocuente. Pero vive, habita con Balbo, que es muy elocuente también». El 23 de Mayo, escribe desde su casa de Arpino á Atico: «No he recibido aún ninguna noticia de Balbo». Las recibe algunos días después, por varias cartas. Hircio había salido de Roma en dirección á Túsculo. Por su parte Balbo va á Aquino, en donde no tardará en unírsele Hircio; se supone que ambos van á tomar las aguas. Tal vez el viaje tenía un fin político; en Mayo del 710, Antonio, que en su calidad de *septemvir agris assignandis* conducía á Capua una colonia de veteranos, acampaba en los alrededores de Aquino. Sábese que Octavio logró separar de Antonio

á una parte de los veteranos de César; puede suponerse que Hircio y Balbo habían ido á Aquino no tanto para tomar las aguas como para hacer tentativas cerca de los veteranos de Antonio.

El 1.º de Junio, Cicerón recibe cartas de Balbo y de Hircio; vuelve á recibirlas de Balbo al día siguiente, pero continúa desconfiando de Octavio; y escribe á Atico el 11 de Junio: «He comprobado que Octavio no carece ni de corazón ni de inteligencia; respecto á nuestros héroes, tiene los sentimientos que nos agradan. Pero ¿qué confianza se puede conceder á su edad, á su nombre, á sus disposiciones hereditarias? Es una grave cuestión».

Cicerón no se atrevía á confiar por completo en Octavio, y tenía razones serias para desconfiar en absoluto de Antonio, que se conducía como tirano. Incapaz de presenciar el espectáculo de ilegalidades y desórdenes que se multiplicaron en Roma, se decide á marchar á Grecia.

Pero se aleja de Italia con disgusto. Permanece algún tiempo en su casa de Arpino, de la que no sale hasta principios de Julio, cuando Antonio, que ha suprimido la dictadura, se conduce con más absolutismo que un dictador. El 7 de Julio está Cicerón en Puzoles. El 13 escribe á Atico lo apurado que está de dinero. «Así es—añade—que no creo haber hecho mal en confiar mi situación á Balbo; le he rogado que me ayudase en el caso de que los cobros no coincidiesen exactamente con los vencimientos. Le he dicho que en este caso se entendiera contigo. No dudarás en hacerlo si reconoces que es necesario». El 20 se embarca en Velies; rechazado por vientos contrarios á la costa, en las cercanías de Regio, las noticias optimistas que le dan en casa de su amigo P. Valerio le animan á volver á Roma, de donde se había alejado con pena. Vuelve á la ciudad el 31 de Agosto; el 2 de Septiembre pronuncia su *Primera Filípica*; después escribe y publica la *Segunda*; y, por temor á Antonio, se retira á sus posesiones, en donde pasa los últimos días de Octubre, todo el mes de Noviembre y los pri-

meros días de Diciembre. El 5 de Noviembre escribe desde su casa de Puzoles á Atico que Balbo le ha hecho saber que puede prolongar su estancia lejos de Roma; los días declarados feriados por Lépido duran hasta el 30 de Diciembre; el Senado no reanudará sus sesiones hasta dicha fecha.

Esta es la última mención del nombre de Balbo que se encuentra en la correspondencia de Cicerón.

En el 43, el menor de los hijos de Pompeyo, Sexto, continuaba en España la resistencia contra los lugartenientes de César. C. Asinio Polión, que estaba encargado de dirigir la guerra, tenía por cuestor á Balbo Menor. Durante el ejercicio de esta cuestura fué cuando se le ocurrió al sobrino del antiguo *praefectus fabrum* hacer que se representase en Gades una *praetexta* que ponía en escena toda la historia de su misión cerca del procónsul Léntulo. El 8 de Junio del 711-43 Polión envía desde Córdoba á Cicerón una carta muy larga, requisitoria en forma contra aquel joven—un verdadero monstruo (*hujusce modi portentum*)—que acababa de fugarse llevándose una fuerte suma sacada del producto de los impuestos, y sin haber pagado siquiera el sueldo de las tropas. Balbo Menor se esforzaba en imitar en todos los actos de su cuestura los actos de la dictadura de César. Después de haber obligado á su adversario político, el caballero Laberio, autor célebre de mimos, á subir á la escena y desempeñar por sí mismo una de sus obras, César le entregó el anillo de oro, distintivo de los miembros del orden ecuestre; y el poeta pudo irse á sentar, frente á la escena en que había representado, en uno de los bancos reservados á los caballeros; el cuestor Balbo entrega el anillo de oro al histrión Herenio Galo y le asigna en el teatro de Gades un puesto en el sitio destinado á la orden ecuestre. César prorrogó su dictadura; Balbo prorroga el *quatuorvirat*, la más importante de las funciones municipales de Gades. Cuando se disponía á marchar á la guerra contra los partos, César nombró magistrados que habían de permanecer en su cargo durante dos años; Balbo celebra en dos días los

comicios de dos años y nombra á quien le place para ejercer durante dos años las magistraturas municipales.

Pero el cuestor se entrega á crueles caprichos desconocidos del dictador. Se convierte en imitador de Verres más aún que de César; hasta aventaja á Verres, porque el propretor de Sicilia no era oriundo de la provincia en donde realizaba sus crueldades; y en la misma ciudad de Gades, en donde nació, se muestra cobardemente feroz con sus compatriotas el cuestor de Polión. Como Verres, el joven Balbo roba, saquea, maltrata á los aliados; afecta la misma indiferencia que el propretor de Sicilia en presencia de un veterano de Pompeyo condenado á ser quemado vivo en medio del circo, y el cual agota sus fuerzas gritando—como, treinta años antes, P. Favio, en medio de la plaza pública de Mesina:—«¡Soy ciudadano romano!» Entrega á las fieras á otro ciudadano romano, dignísimo, empleado en las rentas públicas, bajo pretexto de que su fealdad le desagrada... Polión termina esta larga carta, llena toda con la enumeración de los atropellos y delitos de Balbo Menor, ofreciendo á Cicerón comunicarle, si desea conocerla, la famosa *praetexta* representada en Gades.

En el mes de Junio del 43, Cicerón no estaba de humor de leer aquella obra. Octavio acababa de hacer traición á la causa de los *optimates* para reconciliarse con Antonio y Lépido. El segundo triunvirato se constituía en Octubre. El orador de las *Filípicas*, en las que se dirigían los mayores elogios á Octavio y Lépido, veíase abandonado á la venganza de Antonio, el cual, el 7 de Diciembre, hacía asesinar al ilustre proscrito.

XIV

En el año 58, cuando Cicerón hubo de emprender el camino del destierro, Balbo pudo prodigar á la familia del desterrado los testimonios del más eficaz interés; en el año 49, en los momentos de comenzar la guerra civil, Balbo hizo cuanto

pudo para que Cicerón conservase una imparcial neutralidad; en los últimos meses del año 49, Balbo obtenía de César que Cicerón pudiese volver honrosamente á Roma; en Diciembre del 45, Balbo arreglaba una entrevista muy cordial entre César y Cicerón; en Abril del 44, Balbo tomó la iniciativa para poner en relaciones á su viejo amigo, á su antiguo defensor, con el heredero de César, el joven Octavio. Cuando los triunviros formaron la lista de proscripción en Octubre del 43, le fué aparentemente imposible á Balbo impedir que el nombre de Cicerón figurase en ella. La fría voluntad de Octavio era más poderosa que las apasionadas cóleras de César.

Se está en el caso de suponer que si Balbo hubiese ejercido sobre Octavio la misma influencia que ejerció sobre César, Cicerón se hubiera salvado. Pero Octavio no había tenido á Balbo por *praefectus fabrum*; no le unía lazo alguno á aquel servidor abnegado de la fortuna y de la gloria de César. Parece que durante el período de revueltas en que Octavio vacila entre los enemigos y los partidarios de su padre adoptivo, Balbo se consagra, sin esperanza de recompensa, á la fama de César, su muy querido protector. Si se afilia á Octavio, es porque Octavio es el heredero de César; se da cuenta de que la herencia de César constituirá la fortuna de Octavio. En su XIII *Filípica*, pronunciada el 20 de Marzo del 711-43, Cicerón se indignaba contra la opinión común que proclamaba que el joven Octavio debía toda su autoridad al nombre de César, que le eligió por hijo adoptivo.

Después de la muerte de César, el autor del libro VIII de los *Comentarios* sobre la guerra de las Galias escribía á Balbo:

«He tenido que ceder á tus instancias, mi querido Balbo; puesto que mis diarias negativas te parecían, más que una excusa sacada de la dificultad de la empresa, una derrota procedente de mi pereza, me he impuesto una tarea muy difícil. He continuado los *Comentarios* que nuestro César escribió sobre sus actos en la Galia, sin tener la pretensión de comparar mi

trabajo con los libros precedentes y con los que siguen al período que he tratado. He concluído también el último de los *Comentarios* de César, que dejó sin terminar; lo he tomado desde los acontecimientos de Alejandría, para llevarle no hasta el fin de las disensiones civiles, cuyo término no nos está permitido prever, sino hasta el fin de la vida de César».

Balbo recibía la dedicatoria de un suplemento de las obras históricas de César, compuesto probablemente por Hircio, que había de morir en la guerra contra Antonio, poco más de un año después del dictador, el 27 de Abril del 711-43. Se cree que el mismo Balbo es también autor de un tratado de Historia. Fúndase esta opinión en una afirmación de Julio Capitolino, uno de los colaboradores de la *Historia Augusta*, que dice en la biografía de D. Celio Balbino, emperador durante algunos meses del año 238:

«Balbino pertenecía á una familia muy antigua: decía él mismo que descendía de Balbo Cornelio Teófanos, el cual mereció obtener, gracias á Pompeyo, el derecho de ciudadanía romana, por ser á la vez muy noble en su patria y autor de obras históricas».

Para sentar que el antiguo *praefectus fabrum* de César fué historiador, no hay que conceder gran confianza al texto de Capitolino, que establece una confusión entre Teófanos, agraciado con el derecho de ciudadanía por Pompeyo, en agradecimiento á los panegíricos que debía al historiador de Mitilene, y el hijo adoptivo de Teófanos, Balbo, demasiado joven para haberse dado ya á conocer como *scriptor historiae*, cuando se hizo ciudadano romano. Bayle es tal vez, entre los historiadores de Balbo, el último que se obstina, á pesar de la autoridad de Casanbon, de Vassius y de Fillemont, en admitir que, en el pasaje de Capitolino, «vale más ver al hijo adoptivo que al padre»; es decir, Balbo y no Teófanos. Es seguro que si Balbo hubiese escrito alguna obra histórica en vida de Cicerón, el autor del *Pro Balbo* y de las *Cartas á Atico* no hubiera dejado de aludir á ella en su informe ó en su correspondencia, ya pa-

ra llenarla de elogios, ya para burlarse de ella, según sus disposiciones respecto al autor, en el momento de haber hablado al caso.

Pero en el siglo v, en una *Carta* en la que enumera á los autores que elogiaron á César, el galo-romano Sidonio Apolinario alaba el bello estilo de la *Ephemeris* de Balbo. Sabido es que en tiempos de César y de Cicerón la palabra griega *ephe-meris*, que corresponde, poco más ó menos, á la palabra latina *commentarius*, significa un *diario*.

La sinonimia de estos dos términos ha hecho creer á Nipperdey y á Roth que la *Efemeride* de Balbo no es otra cosa que el libro VIII del *De Bello Gallico*, cuyo *Prefacio*, como se ha visto, está dirigido á Balbo por el autor, probablemente Hiricio. Pero, entre los historiadores cuya autoridad invoca para atestiguar la exactitud de ciertos episodios de su biografía de César, Suetonio cita á Balbo: *Cujus rei... auctor est Cornelius Balbus, familiarissimus Coesaris*.

Puede conjeturarse que la obra á que alude Suetonio es la misma cuyo estilo había de admirar, tres siglos después, Sidonio Apolinario. La *Balbi Efemeris* era, sin duda, un escrito apologético de los actos de César, mucho más parecido al *Journal* de Dangeau que á las *Memoires* de Saint-Simon.

Si Cicerón hubiera conocido esa *Efemeris*, que no se publicó hasta después de su muerte, es probable que no la hubiese tenido por una autoridad, como lo hace Suetonio; es seguro que no hubiese admirado su bello estilo, como lo hace Sidonio Apolinario. El autor de *Pro Harchia* hubiera tenido, sin duda alguna, buenas razones para notar en la prosa del historiador de Gades la grosería exótica (*pingue quiddam atque peregrinum*) de que se burlaba en los versos de los poetas de Córdoba.

No conocemos de Balbo—y por Cicerón lo conocemos—nada más que las cartas dirigidas al orador y comunicadas á Atico. En esas cartas, dirigidas *tali et tanto viro*, el énfasis español abusa de los superlativos, de las palabras más expresi-

vas y de las exclamaciones más exageradas del vocabulario latino. Balbo afirma que no pide sino morir, con tal de que se salve César; que habrá vivido bastante el día en que haya sido restablecida la paz entre César y Pompeyo. En espera de tan feliz momento, sufre las torturas y el suplicio de la cruz ante el espectáculo de aquellos dos rivales que tiran violentamente en sentido contrario, como los miembros de un cuerpo que se descuartiza; se espanta de la cruel tensión que los cuidados de la política ejercen sobre el espíritu de César. Todas estas hipóboles hacen pensar en las «exclamaciones y admiraciones castellanas» de aquellos «aduladores de la Corte» de Enrique IV, quienes, con gran indignación de Sully, «reiteraban los ¡Jesús Señor!, y gritaban con voz doliente: ¡Hay que morir!» Balbo, que «reitera» los *me dius fiduis!* y los *mahersule!*, está lejos de descuidar las antítesis preciosas que el *estilo culto* (1) de Góngora había de introducir en el *Hôtel de Rambouillet*: ¿no habla tan congruentemente como podía hacerlo en la cámara azul de la bella Artemisa, de una esperanza desesperadísima, *spes desperatissima?*

Cicerón se burla de las sonoras palabras de su desgraciado amigo, siempre en tortura. Y en una carta á Atico, después de haber hablado de Balbo, añade: «No te digo más, para no someterte á ti también al suplicio de la cruz».

Hay motivo para suponer que la obra histórica de Balbo era un panegírico sincero, pero exagerado, de César, redactado en un estilo del que las cartas conservadas por Cicerón nos permiten formarnos una idea. Si se puede fijar entre el mes de Marzo del 710-44, fecha de la muerte de César, y el mes de Abril del 711-43, fecha de la muerte de Hircio, la dedicatoria del libro VIII de la *Guerra de las Galias*, dirigida á Balbo, es imposible establecer en qué año publicó el último su *Efeméride*.

(1) En español en el original.

XV

Los datos sobre los últimos años de la vida de Balbo son muy raros. Sábese por los *Fastos Consulares* que, habiendo abdicado los dos cónsules del año 714-40, Cn. Domicio Calvino y C. Asinio Polio, L. Cornelio Balbo y P. Canidio Craso fueron *consules suffecti* para el resto del año. El tratado de Brindisi acababa de poner fin á la cruel y estéril guerra de Perugia. Octavio y Antonio querían estar representados en el consulado por hombres abnegados que fuesen *hominos novi*, sin pasado político. El antiguo *praefectus fabrum* de César no había ejercido ningún cargo. Lugarteniente de Lépido en Galia, luego de Antonio, tampoco C. Canidio Craso ha recorrido el *cursus honorum* que conducía regularmente al consulado. En la época de perturbación que siguió á la muerte de César, no era raro ver llegar de un salto al consulado á hombres que no habían desempeñado ninguna magistratura, que ni siquiera tenían la edad legal que se requería para los candidatos á tan elevada función. Así, para no tomar ejemplos sino en la familia de Cicerón, que llegó regularmente al consulado en el 697-63, á los cuarenta y cuatro años de edad, el yerno y el hijo del gran orador, P. Cornelio Dolabella y M. Tulio Cicerón, fueron cónsules, el primero en 710-44, á los veinticinco años, el segundo en 724-30, á los treinta y cinco, sin haber pasado ni uno ni otro por las magistraturas que debían preceder al consulado. Pero, lo que es de notar, sobre todo en el caso de Balbo, es que el *consul suffectus* del año 714-40 no era de origen latino: «Balbo Cornelio mayor—escribe Plinio—fué cónsul; es el primer extranjero, ¿qué digo?, el primer hombre nacido á orillas del Océano que obtuviera un honor negado por nuestros antepasados hasta á los habitantes del Lacio».

No conocemos nada de los actos del cónsul Balbo. Una inscripción prueba que, durante un año de magistratura, fué elegido como *patronus* por los habitantes de Capra, á los cuales,

E. M.—Mayo 1906.

sin duda, con su habitual bondad hubo de prestar algún servicio notable.

Uno de los *consules suffecti* del año 714-40, C. Canidio Craso, condenado por Octavio después del suicidio de Antonio, fué muerto en el año 30; marchó á la ejecución, dice Vellejo Patérculo, con menos energía de la que se hubiera podido esperar de sus declamaciones. Ignoramos si el colega de Canidio en el consulado vivía aún en el año 30. La última mención que se refiere á Balbo es del año 722-32. Por esta fecha fué cuando Atico, presa de los intolerables dolores de una enfermedad mortal, recurrió á sus parientes y amigos para anunciarles su resolución de dejarse morir de hambre. Sobrevino, en efecto, la muerte al cabo de cinco días, el 31 de Marzo. L. Cornelio Balbo fué uno de los íntimos llamados por Atico el 26 de Marzo de 722-32. Nacido por el año 654-100, Balbo tenía unos setenta años á la muerte de Atico; no se sabe si sobrevivió mucho tiempo á su amigo.

Dion Casio, que nos indica el año en que murió Balbo, habla de la generosidad de sus disposiciones testamentarias respecto al pueblo romano. César legó 300 sestercios; el antiguo *praefectus fabrum* de César dejó 25 dineros á cada uno de los ciudadanos de Roma. El *denarius numenus*, que valió al principio 10 as, valía 16 al final de la República; en la misma época el valor del *numenus sestertius* pasó de 2 as $\frac{1}{2}$ á 4 as. Si César legó 1.200 as, ó sean 60 pesetas, Balbo legaba 400, ó sea 20 pesetas, á cada uno de los ciudadanos romanos; es decir, como observa M. Jullien, con razón, á cada uno de los ciudadanos indigentes que tomaban parte en las distribuciones de trigo. Según el monumento de Ancira, durante el principado de Augusto, los ciudadanos indigentes eran 250.000. Si el testamento de Balbo asignaba 25 dineros á cada uno de aquellos indigentes, el conjunto de las liberalidades del caballero de Gades convertido en romano para con sus nuevos conciudadanos se elevaba á unos cinco millones de pesetas. Es probable que Balbo hiciese, como era costumbre, importan-

tes legados á sus amigos, y sobre todo al emperador, que—Suetonio lo dice—recibió de sus amigos sumas inmensas á título de legados.

Los bienes personales del caballero de Gades, los regalos hechos por Pompeyo y por César á su amigo, la hábil administración de una fortuna aumentada constantemente, permitían al antiguo intendente del procónsul de las Galias dejar, además de los cinco millones de pesetas distribuídos al pueblo, legados, cuyo valor ignoramos, pero que debían de ser considerables, á sus amigos y al emperador, sin dañar, sin embargo, los intereses de Balbo Menor, su sobrino, que debía de ser también su hijo adoptivo.

En el *Pro Balbo*, Cicerón reconoce que su cliente, una vez adoptado por Teófanos, sacó de esa adopción la ventaja de recoger las herencias de personas unidas por parentesco al hijo adoptivo del favorito de Pompeyo. Se ha supuesto que hasta heredó de personas que le eran completamente extrañas; dícese que se vió enriquecido, en circunstancias extraordinarias, por el testamento de uno de sus enemigos, ó más bien de una de sus víctimas. Valerio Máximo habla de un tal L. Valerio Heptacordo, el cual, después de haber sido víctima durante toda su vida de los malos procederes de Cornelio Balbo, con la razón extraviada por estas continuas persecuciones, designó como único heredero al enemigo que le suscitó numerosos procesos é intentó una acusación capital. Abraham Torrenius, en las notas de la edición de Valerio Máximo, que dió á Leyde en 1726, admite que se trata de Balbo Mayor: la bondad bien conocida del *praefectus fabrum* de César no permite semejante suposición: aquel hombre amable y benévolo no pudo ser el perseguidor de L. Valerio Heptacordo.

Pero lo que la carta de Asinio Polián á Cicerón nos enseña del carácter de Balbo Menor autoriza á suponer que el émulo de Verres pudo muy bien tratar á L. Valerio como trataba á sus compatriotas de España. De todos modos, cualesquiera que sean los orígenes de su riqueza, el hijo adoptivo de Balbo Me-

nor era uno de los ciudadanos más ricos de Roma en tiempos del principado de Augusto.

Cuestor en España el año 711-43, Balbo Menor volvió á la provincia como propretor en 715 ó 716, después de haber ejercido la pretura en 114 ó 715. Conócese un *numenus denarius*, acuñado en España, cuyo anverso lleva la efigie de Octavio con esta inscripción: C CAESAR III VIR R. P. C.—y el reverso, la maza de Hércules rodeada de las palabras BALBUS PRO PR. Desde José Eckhel hasta Alois Heiss, todos los numismáticos que se han ocupado de esta moneda admiten que la inscripción BALBUS PRO PR. se refiere á Balbo Mayor, que ejercería la propretura en España. Pero M. Jullien hace observar, con razón, que España no fué asignada al triunviro Octavio hasta el año 712-42, en virtud de un convenio estipulado con Antonio después de la batalla de Filipos, y que los propretores enviados por Octavio á la provincia fueron C. Albio Carrinas para el año 713-41 y L. Antonio para el año 714-40. Balbo Mayor, cónsul durante este mismo año de 714-40, no pudo, por consiguiente, antes de su consulado, haber sido propretor de la provincia de España, que no se asignó á Octavio hasta fines del 712-42. De otra parte, á partir del año 716-38, Octavio dejó de usar el nombre de *Cayo* que lleva la inscripción del *numenus denarius*, en que se trata del propretor Balbo. El Balbo que fué propretor en España, siendo triunviro C. César, no puede ser otro que Balbo Menor, que ejerció su cargo en 715-39 ó en 716-38, después de haber sido pretor el año precedente. Cuestor en España el año 686 68, César volvió á la provincia como propretor en 693 61. L. Cornelio Balbo Menor volvió en 715 ó 716 á la provincia en que fué cuestor en 713. Pero si sabemos por la carta de Asinio Polián á Cicerón de qué manera ejerció la cuestura, nos faltan en cambio en absoluto los datos sobre la propretura.

En 722-32—el año mismo en que Balbo Mayor asistía á los últimos momentos de su amigo Atico—nos encontramos á Balbo menor de *consul suffectus*. Más adelante, como procónsul de

Africa, dirigió contra los garamantes una expedición memorable, cuyos triunfos relata Plinio.

«En el camino que conduce á los desiertos de Africa se encuentra la Fazania. Allí nuestras armas sometieron á la nación de los fazanios y á las ciudades de Atelés y de Cilaba, así como Cidamo, enfrente del territorio de Labrata. De esta región parte una cadena de montañas que, en una larga extensión del país, va de Oriente á Poniente. Le hemos dado el nombre de Montañas Negras, ya porque naturalmente esas montañas parecen quemadas, ya porque deben tal apariencia á la acción de los rayos del sol. Más allá están los desiertos; después Matelgae, ciudad de los garamantes; Debrir, en donde brota un manantial, cuyas aguas hierven de medio día á media noche, y están muy frías de media noche á medio día; la célebre ciudad de Garama, capital de los garamantes. Todas estas comarcas fueron vencidas por las armas romanas; esta victoria valió el triunfo á Cornelio Balbo, el único extranjero que haya obtenido los honores del carro triunfal. Nacido en Gades, recibió el derecho de ciudadanía al mismo tiempo que su tío Balbo Mayor. Es de notar que los autores romanos no han citado como ciudades por él conquistadas sino las que yo he mencionado. Pero en su triunfo, además de Cidamo y Garama, Balbo hizo figurar los nombres y las representaciones de las ciudades que sometió, según este orden: la ciudad de Tabidio, la nación Niteris, la ciudad de Negligemela, la nación ó la ciudad de Bubeyo, la nación de los Aripas, la ciudad de Tuben, la Montaña Negra, las ciudades de Nitibro y de Rapsa, la nación Dricera, la ciudad de Debris, el río Natabur, la ciudad Tapsago, la nación de los Nanagos, las ciudades de Boin y de Pegé, el río Daribari; seguían después las ciudades de Bauzcum, de Bulula, de Alari, de Balsa, de Galla, de Maxala, de Zizama; iban precedidas por el monte Giro, en donde, según el cartel de su representación figurada, nacen las piedras preciosas. Hasta entonces no había ningún camino trazado que condujese al país de los garamantes, porque los bandidos de

esa nación llenaban de arena los pozos que se encontraban sin cavar mucho, por poco que se conozcan los lugares. En la última guerra de los romanos contra los oecus, bajo los auspicios del emperador Vespasiano, se ha encontrado una ruta que acorta el trayecto en cuatro jornadas. Esta ruta se llama *Más allá de la cabeza de la roca* (*prater caput saxi*).

Cornelio Balbo fué el que condujo la primera expedición romana al través del Fezzán (Fazania), y el que abrió un camino militar hasta Garama. La importancia de esta expedición la ha apreciado la Geografía moderna. «Balbo—dice Duruy—avanzó sobre las huellas de los antiguos mercaderes cartagineses hasta Fezzán, vasto oasis protegido contra el desierto por una cadena de montañas que no se abre hasta el Occidente. En todas las épocas, ese oasis, situado á catorce jornadas de camino de Trípoli, ha sido el principal mercado del África septentrional. Es el punto de encuentro de todas las caravanas procedentes de Marruecos y de Egipto, del Sudán y de las márgenes del Mediterráneo; cuenta cien poblados. Balbo incorporó este país al África romana, y todavía hoy se ve en su frontera, en el pozo de Bonjem, un edificio romano construído por enormes bloques de roca; era una estación de las tropas imperiales».

Los *Fasti Triumphales* colocan en el año 735-19 el triunfo otorgado á Balbo, *proconsul ex Africa*, por su victoriosa expedición contra los garamantes y los fazanios. Virgilio asistió probablemente á ese triunfo, que se celebró en los últimos días del mes de Marzo, y cuya magnificencia había de evocar Plinio. En la *Égloga VIII*, compuesta en 715-39, el poeta había hablado de los garamantes, habitantes de las comarcas situadas en el extremo del mundo conocido, *extremi garamantes*. En uno de los últimos pasajes que escribió el autor de la *Eneida*, que había de morir el 21 de Septiembre del 735-19, hacía que Anquises predijera á Eneas que César Augusto, hijo de un dios, volvería á traer la edad de oro al Lacio, gobernado en otro tiempo por Saturno, y extendería su imperio sobre los garamantes y los

indios, en aquellas regiones colocadas más allá de los signos celestes, más allá de los caminos del sol y del año, en donde el poderoso Atlas lleva sobre sus hombros el cielo en el que están fijas las centelleantes constelaciones. Los indios designan aquí á los pueblos del extremo Oriente; la predicción de Anquises alude á la sumisión de Fraates, rey de los partos, que entregó á Augusto los estandartes de Creso en 734-20, el mismo año en que un procónsul, oriundo de Gades, recogía la tradición de sus remotos antepasados, los colonizadores fenicios, para explorar, al frente de un ejército romano, y someter al Imperio los oasis de la Tripolitana y del Fezzán, en donde, muchos siglos antes, los audaces comerciantes de Tiro establecieron sus mercados é hicieron penetrar la civilización.

A los seis años de haber obtenido los honores del triunfo, en 741-13, bajo el consulado de Tiberio Claudio Nero—el futuro emperador Tiberio—y de P. Quintilio Varo, Balbo inauguró un teatro que construyó al lado del Pórtico cenimicio, á orillas del Tíber, por invitación de Augusto, que no cesaba de exhortar á los principales ciudadanos á que ornasen la ciudad, cada cual según sus medios, con nuevos monumentos. El emperador pedía á los grandes personajes que consagrasen al embellecimiento de Roma lo superfluo de sus riquezas ó una parte del botín conquistado por ellos sobre los enemigos. El sobrino de Balbo Mayor, el vencedor de los fazanios y de los garamantes, no se negó á gastar una parte de las inmensas riquezas heredadas de su tío ó conquistadas en su expedición á África en edificar un vasto teatro que podía contener treinta mil espectadores. Roma poseía ya el teatro de Pompeyo, el primer edificio de este género construído de piedra, que databa del 693-61, y el teatro de Marcelo, dedicado por Augusto en memoria de su sobrino, muerto en el año 731-23. Plinio habla de cuatro columnitas de ónice que Balbo puso en su teatro, y que los contemporáneos admiraron como maravillas; tales columnas procedían sin duda del Fezzán. En el siglo IV el galoromano Ausonio, uniendo en un mismo elogio á los fundado-

res de los tres teatros de Roma, recuerda que, «cuando los hombres poderosos, que no retrocedían ante el gasto, creyeron eternizar su nombre elevando sobre cimientos de piedra los edificios que habían de permanecer para siempre abiertos á los juegos de la escena, aparecieron esos inmensos teatros de innumerables gradas dados al pueblo por Pompeyo, por Balbo, por Augusto, que rivalizaban en magnificencia».

Treinta años antes de donar su teatro, Balbo había hecho representar en Gades una *praetexta* que celebraba sus hazañas durante la guerra civil entre César y Pompeyo. En el año 741-13 ya no estaban de moda las *praetexta*. En la *Epístola* que dirige á Augusto, en el año 14 ó en el 13, Horacio declaraba con pena que todo, en una obra teatral, se sacrificaba al placer de los ojos, que los poetas dramáticos renunciaban á que se representase una tragedia ante un pueblo tan atento como podía serlo un asno sordo. La pompa del triunfo de Balbo, tan teatral al decir de Plinio, hubiera proporcionado fácilmente los motivos de una de aquellas obras de gran espectáculo, cuyo aparato encantaba al público, incapaz de seguir la acción de una tragedia ó de una comedia: desfile de infantes y de jinetes del Fezzán y del país de los garamantes; largos cortejos de prisioneros con trajes pintorescos; abundancia de animales feroces de los desiertos africanos; nada hubiera faltado para mantener durante más de cuatro horas—*quattuor ant plures in horas*—maravillados los ojos del pueblo romano.

Es probable que la gravedad del procónsul de Africa se abstuviese de inhibiciones en las que se hubiera complacido, treinta años antes, la juvenil exuberancia del cuestor de España. Por lo menos, los autores antiguos no nos dicen que el vencedor de los garamantes hiciese representar en su teatro una obra referente á su triunfo.

Sabemos que Balbo se ocupaba en obras literarias de un género serio; publicaba trabajos sobre arqueología religiosa. Macrobio cita un pasaje del Libro XVIII de las *Exegetica* de Cor-

nelio Balbo, en el que se dice que los preceptos religiosos prohibieron siempre la institución de un *lectisternium* en el Ara Máxima. Este pasaje de las *Exegetica* parece el comentario de los versos de la *Eneida* que refieren el origen del sacrificio anual ofrecido á Hércules en el Ara Máxima. En su *Comentarius in Virgilius*, Servio cita, á propósito del dios Himeneo, una tradición particular, que probablemente la toma de las *Exegetica*. «Cornelio Balbo dice que el hijo de Magnas, Himeneo, hábil músico, dotado de femenina belleza, murió en los momentos en que celebraba con sus cantos religiosos la unión del dios Liber y de Antea. Al hacerla morir así, los dioses la asignaron el honor de que su nombre fuese en adelante el de la divinidad que presidiera las ceremonias imperiales.»

El sabio exégeta de las antiguas prácticas del culto latino y de las tradiciones mitológicas de la religión greco-romana fué, al decir de Velejo Patéculo, miembro del colegio de los pontífices. La afirmación del historiador, poco segura en sí misma, puesto que se encuentra en un pasaje que contiene numerosos errores, se encuentra, sin embargo, confirmada por unas medallas de Gades.

Ignoramos hasta qué fecha se prolongó la vida de Cornelio Balbo. De unos veinte años cuando negociaba con el cónsul Léntulo, en 705-49, debía de tener cerca de sesenta años cuando dedicó su teatro en 741-13. Después de esta fecha, no encontramos ninguna mención de Balbo. Pero el recuerdo del procónsul de Africa y de los servicios que prestó á César, y sobre todo á Augusto, debía sobrevivirle.

XVI

Cuando publica los anales, entre el año 115 y el año 117, Tácito recuerda á la vez que Balbo Mayor fué uno de los hombres á quienes la voluntad de César instituyó en árbitros soberanos de la paz y de la guerra, y que Balbo Menor construyó,

á instigación de Augusto, un teatro magnífico. El historiador une al tío y al sobrino en un mismo elogio. En el año 48, el emperador Claudio pronunció en el Senado un discurso en el que pedía para los habitantes de la *Gallia Conata* el derecho de llegar á los honores en Roma. Este discurso se encontró en Lyon, en 1528, grabado en una plancha de bronce. El emperador habla de los extranjeros que llegaron á ser reyes de Roma en los tiempos más remotos, después de ciudadanos eminentes de las colonias, á los que Augusto y Tiberio hicieron que entrasen en el Senado: «Ved, dice, la colonia de Viena, tan distinguida, tan poderosa, que desde hace años da senadores á esta asamblea. En esa colonia nació uno de los más notables ornamentos del orden ecuestre, L. Vestino, á quien deseo conservar en mi intimidad; os pido que sus hijos disfruten desde luego de los honores por los que se empieza en el sacerdocio, en esperanza de que con la edad lleguen á puestos más elevados.» El discurso arreglado por Tácito modifica esta frase, en la que no se hablaba más que de L. Vestino, oriundo de Viena, en la *Galia Narbonense*, de la siguiente manera: «¿Nos lamentamos de haber visto pasar por Roma á los Balbos, que procedían de España, y á otros hombres no menos ilustres que pertenecían á la *Galia Narbonense*? Sus descendientes permanecen entre nosotros, y en tocante á amor á la patria romana no nos lo ceden en nada.» No es el emperador Claudio, que no hablaba más que de L. Vestino, sino el historiador Tácito quien hace esa lisonjera alusión, sin duda á algunos descendientes de Balbo, que, en el año 115, hubieran de distinguirse por su abnegación al imperio.

Nada sabemos del papel de los Balbos bajo Trajano; pero medio siglo después encontramos un Cornelio Balbo, que ocupaba una elevada posición en el ejército y que gozaba de gran crédito cerca de Marco Aurelio. Este Balbo se interesaba por Pescenio Niger, que había de llegar al Imperio en 193; escribió en su favor una carta de recomendación á Marco Aurelio, que le respondía: «Me hacen el elogio de Pescenio; reconozco su

mérito, porque ya tu predecesor me dijo que era bravo, de una conducta austera, y que merecía ser más que simple soldado. Así, pues, he enviado para que se lean ante las tropas unas cartas que, con arreglo á mis órdenes, le pondrán al frente de trescientos armenios, cien sármatas y mil soldados romanos. Te incumbe el que expliques bien al ejército que no es la intriga—cosa que no convendría á nuestras costumbres,—sino el mérito de ese soldado lo que eleva á Pescenio á un grado que mi abuelo Adriano y mi bisabuelo Trajano no concedieron nunca sino á los hombres de relevantes servicios.»

En tiempos de Marco Aurelio, un descendiente de Balbo podía recomendar con buen éxito á un soldado que había de llegar á emperador. A los cincuenta y ocho años de la muerte del príncipe filósofo, un hombre que se jactaba de contar entre sus antepasados al antiguo prefecto de obras de César debía ser á su vez emperador. D. Celio Balbino sucedía á Gordiano, cuya hija Mecia Faustina se había casado con el consular Junio Balbo, que descendía tal vez del caballero de Gades. El nuevo emperador se jactaba de ser muy noble, de pertenecer á una antiquísima familia (*nobilissimus, vetustissimae familiae*). Al decir de su biógrafo, Balbino confundió á Balbo con Teófanos, puesto que se daba como antepasado al historiador que mereció obtener, gracias á Pompeyo, el derecho de ciudadanía romana.

Sea como fuere, el sexagenario que era llamado al Imperio en el año 238 fué cónsul como Balbo Mayor y como Balbo Menor. Como Balbo Mayor, supo por su bondad, por su discreción, por su moderación, granjearse el afecto de todos (*bonitate, iniuria sanctitate ac veracundia ingentem sibi amorem conciliaverat*), y no le faltaba nada de lo que había de hacerle grato al pueblo y al Senado (*nec quidquam defuit quod illum populo commendabilem redderet; amabilis etiam Senatui fuit*). Era, como parece que lo fué Balbo Mayor, amigo de todos los géneros de voluptuosidad: el vino, la comida, los placeres del amor (*in voluptatibus minuis... praecipiti usu vini, sibi rei ve-*

nera avidus). Como los dos Balbos, y más aún, sin duda, que los primeros de su raza, se vió ayudado por la inmensa fortuna que recibió de sus antepasados, y aumentada merced á las numerosas herencias que recogiera (*quem quidem adjuvabat divitiarum abundantia, nam erat a majoribus dies et multa haereditatibus per se ipse collegerat*). Como Balbo Mayor, autor de la *Efemeris*; como Balbo Menor, autor de las *Exegetica*, D. Celio Balbino gustaba y cultivaba las letras: distinguido por su elocuencia, ocupaba el primer puesto entre los poetas de su tiempo (*eloquentia clarus poemate inter sui temporis poetas precipuus*).

*
* *

Cicerón se indignaba en su tiempo ante la idea de que su amigo Balbo, aquel caballero oriundo de Gades, en España, tuviese la pretensión de entrar en el Senado; unos trescientos años después de las proscripciones del 43, en las que el orador de las *Filípicas* había de hallar la muerte, y de las que debía salir el poder imperial, uno de los descendientes de Balbo era llamado á ser *princeps Senatus* y á ejercer, como sucesor lejano de Augusto, aquel *imperium* que César no pudo constituir para sí mismo.

Cicerón se burlaba de los versos latinos compuestos por los poetas de Córdoba, aquellos versos cuya ruda latinidad se resentía, según él, de su origen exótico; cosa de un siglo después de la muerte del gran orador, un joven poeta español, de Córdoba, Lucano, componía una epopeya histórica cuyo brillo oratorio hacía resaltar la penosa latinidad del poema *De temporibus suis*, en el que el cónsul del año 63 pretendía escribir para la posteridad la historia poética de su gran año. Algún tiempo después de la muerte de Lucano, otro poeta español, Marcial, de BÍlbilis, en la Tarraconense, debía distinguirse en Roma en ese género del epigrama que el orador de *Pro Murena* probó con mejor celo que éxito.

Cicerón se burlaba de los oradores españoles de la Tarraco-

nense, que componían groseramente sus discursos en latín. Cuando la elocuencia política, pacificada por el Imperio, hubo de ceder definitivamente el puesto á la declamación, la familia española de los Séneca, de Córdoba, se hace famosa en los ejercicios de la escuela que ha sucedido á las luchas del Foro, en donde Cicerón triunfaba. En filosofía, uno de los Séneca, tío del poeta Lucano, es el verdadero sucesor latino de Cicerón, cuyas doctrinas retóricas combate. En fin, durante los últimos años del primer siglo de la era cristiana, el representante más eminente de la prosa latina es un español, de Calagurris, en la Tarraconense, Quintiliano, quien, en su *Institutio oratoria*, pretende completar y adaptar á su tiempo los preceptos dados en otra época por el autor del *De orature* y del *Orator*. El compatriota de los oradores de la Tarraconense, puestos por Cicerón en ridículo, es el autor de la restauración ciceroniana. Proclama que el estudiante de retórica debe tener siempre á la vista las obras de Cicerón, y proponérselas como ejemplo; cuando se apasione por el maestro, será una prueba de que ha aprovechado la enseñanza de Quintiliano, discípulo y sucesor del orador romano.

H. DE LA VILLE DE MIRMONT

EN LA NIEBLA

Desde el amanecer, y durante todo el día, se extendió por las calles una niebla singularmente inmóvil. Era una bruma ligera y trasparente que no ocultaba las cosas, pero que revestía cuanto tocaba de un matiz amarillento turbio, al través del cual el encarnado fresco de las mejillas de las mujeres y los colores vivos de sus galas aparecían sombríos y precisos, como un velo negro.

Hacia el Sur, allí en donde una cortina de nubes interceptaba el paso del sol bajo de Noviembre, el cielo estaba claro, más claro que la tierra, mientras que por el Norte palidecía y se ensombrecía progresivamente, y, semejante á un amplio ropaje, presentaba, al acercarse al suelo, un tono amarillo ne-gruzco y opaco como la noche. Sobre aquel fondo oscuro resaltaban, con matices de un gris claro, los edificios lejanos, y las dos blancas columnas que marcaban la entrada de un jardín, azotado por el otoño, parecían dos pálidos cirios erguidos junto á un cadáver. Pies groseros habían hollado los macizos de aquel jardín, y en sus quebrados tallos agonizaban lentamente, entre la niebla, flores tardías de enfermizo tinte.

Los transeuntes apresuraban el paso por las calles; todos los rostros se mostraban sombríos y taciturnos. Era triste y extraordinariamente angustioso aquel día espectral que desfallecía entre la bruma.

En el comedor habían dado ya las doce; sonó después la media, y en el cuarto de Pablo Ribakof apenas si entraba la

luz de un crepúsculo amarillento. Amarilleaban también como marfil viejo los cuadernos y los papeles diseminados en una mesa. Un problema de Algebra no resuelto, trazado sobre una hoja, ofrecía un aspecto tal de vetustez, de abandono y de inutilidad, con sus embrolladas cifras y sus enigmáticas letras, que no parecía sino que pesaban sobre él numerosos años de tedio; un aspecto semejante ofrecía el rostro de Pablo, tumbado en la cama.

Tenía sus robustos brazos, que mostraba desnudos hasta cerca del codo, cruzados bajo la cabeza, y un libro abierto, con el canto hacia arriba, descansaba sobre su pecho; sus ojos melancólicos miraban obstinadamente las molduras pintadas del techo, cuyos tonos chillones tenían algo de enojoso, de cansado, y evocaba á docenas las personas que vivieran en aquella casa antes de los Ribakof, que allí durmieron, hablaron, pensaron en cosas que les eran propias, y que dejaron en toda la habitación su huella extraña. Y aquellas gentes recordaban á Pablo cien otras cosas: los profesores y los compañeros, las calles animadas y ruidosas, por las que pasan mujeres.

—¡Cuánto me aburro!... ¡Cuánto me aburro!...—dijo Pablo, arrastrando las palabras; cerró los ojos, y se estiró hasta tocar con las puntas de sus zapatos los barrotes de hierro de la cama. Frunció las cejas, y todo el rostro se contrajo en un gesto de dolor y de disgusto, que alteró y deformó extraordinariamente sus facciones. Cuando desaparecieron las arrugas, el rostro de Pablo apareció tal como era: joven y bello. Eran, sobre todo, bellos los pronunciados contornos de sus gruesos labios: tenían la delicada pureza de los de una joven.

Pero lo más penoso era permanecer echado, y ver, en la oscuridad de los ojos cerrados, la misma cosa horrible que hubiera querido olvidar para siempre; los ojos de Pablo se abrieron con esfuerzo, y su mirada vaga dió á su rostro cierta expresión de envejecido y de inquieto.

—¡Pobre muchacho! Soy un pobre muchacho.

Compadecíase á sí mismo en alta voz, y, volviendo los ojos hacia la ventana, buscó la luz con avidez. Pero no la había, y la amarillenta sombra, deslizándose obstinadamente al través de los cristales, se esparcía por la habitación como una cosa tangible, que se hubiera podido palpar con los dedos. De nuevo el techo atrajo la mirada de Pablo.

La moldura de la cornisa representaba una aldea rusa; resaltaba el ángulo de una choza absolutamente contraria á la realidad: al lado había un campesino con una pierna alzada y empuñando un bastón mayor que él, mientras que el mismo campesino era, á su vez, más alto que la choza; venía después una iglesia estrecha, colocada al sesgo, y al lado de un carro enorme, tirado por un caballo tan pequeño que se le hubiera tomado por un perro corriendo, más bien que por un caballo; tenía, por lo demás, un hocico puntiagudo como el de un perro. Luego se repetían de nuevo, en el mismo orden, la choza, el corpulento campesino, la iglesia y el enorme carro; y así sucesivamente alrededor del cuarto. El conjunto sucio de la cornisa se destacaba sobre un fondo rosado, sucio también, desagradable y obsesionante, que recordaba no el campo, sino una vida triste y desprovista de sentido. Inspiraba repulsión aquel obrero desconocido que moldeó una aldea sin ponerle un árbol.

—¡Si pudiera almorzar en seguida!—murmuró Pablo, aunque no tuviese nada de hambre; y se movió con impaciencia.

Este movimiento hizo que cayera el libro, cuyas hojas pasaron rápidamente; pero Pablo no extendió la mano para recogerle. En el lomo negro se leía: *Buckle, Historia de la civilización*, y esto recordaba algo viejo: una multitud de gentes tratando, desde los tiempos más remotos, y sin lograrlo, de organizar su existencia, esa existencia en la que todo nos es incomprensible, y que se realiza como movida por una necesidad cruel.

Entonces apareció también la cosa dolorosa, abrumadora

como un crimen cometido, en la que Pablo no quería pensar. Deseó tan ardientemente la luz amplia y clara, que hubo como relampagueos en sus ojos. Saltó de la cama, y evitando el libro, que yacía por el suelo, se puso á tirar de los cortinones que adornaban la ventana, tratando de apartarlos lo más posible.

—¡Al diablo!—murmuró; y lanzó el paño hacia atrás; pero como los cortinones eran pesados, volvieron á caer suavemente en pliegues iguales é indiferentes. Después, fatigado, agotada toda su energía, Pablo alzó con negligencia el paño, y se sentó en el borde frío de la ventana.

Seguía reinando la niebla, y por encima de los tejados grises el cielo era de un amarillo lúgubre, que proyectaba una sombra sobre las casas y sobre la calzada. Una semana antes habían caído las primeras nieves, se habían fundido, y desde entonces el piso estaba cubierto de un lodo viscoso, espeso. Aquí y allá, algunos charcos reflejaban el cielo y lucían con un brillo sombrío y equívoco; los coches temblaban y trepidaban al rodar por aquel piso. No subía el ruido: moría entre la niebla, impotente para alejarse del suelo, y aquel movimiento silencioso, bajo el cielo oscuro, entre las casas sombrías y húmedas, parecía sin objeto y enojoso. Pero entre los transeuntes y en los coches había mujeres, cuya presencia daba á la escena un sentido inquietante y secreto. Iban á cualquiera clase de asuntos, eran semejantes á seres vulgares y poco dignos de interés, pero Pablo percibía la individualidad misteriosa y terrible de aquéllas; permanecían ajenas al resto de la multitud, y no se disolvían en ella; pero eran semejantes á chispas en las tinieblas. Además, todo convergía hacia ellas: las calles, las casas y las gentes; todo aspiraba á ellas; todo las codiciaba, y, sin embargo, permanecían enigmáticas. La palabra «mujer» estaba impresa con caracteres de fuego en el cerebro de Pablo; era la primera que veía en cada página vuelta; las gentes hablaban en voz baja; pero cuando les acudía á los labios la palabra «mujer», se hubiera dicho que gritaban,

E. M.—*Mayo 1906.*

y era para Pablo la palabra más incomprensible, la más fantástica y la más terrible.

Con mirada viva y recelosa examinaba á cada mujer, considerándola como si estuviese dispuesta á acercarse á una casa para volarla con todos sus habitantes ó realizar alguna acción más atroz todavía.

Sin embargo, cuando su mirada caía por casualidad sobre un bonito rostro femenino, Pablo se inclinaba hacia la transeunte, tomaba una expresión seductora y graciosa, y sus ojos le ordenaban que se volviese hacia él. Pero la mujer no obedecía, y entonces el pecho del joven volvía á quedar vacío, sombrío y siniestro como una casa desierta por donde la peste ha pasado, matando cuanto en ella vivía y cerrando puertas y ventanas.

—¡Cuánto me aburro!—volvió á exclamar Pablo con perezoso acento; y dejó de contemplar la calle. Al lado, en el comedor, se oían desde ya hacía tiempo ruidos de pasos, de voces, de vajilla entrechocada. Después se calló todo y repercutió la voz del amo: era la de Sergio Andreievitch, el padre de Pablo; tenía una voz grave, gutural, condescendiente. Desde las primeras entonaciones, agradables y suaves, se sentía, por decirlo así, un olor de cigarros buenos y de ropa blanca limpia. Pero en aquel momento la voz resonaba como si se hubiese roto ó resquebrajado algo en ella, como si la desagradable bruma, de un amarillo sucio, hubiese penetrado en la garganta de Sergio Andreievitch.

—¿Y nuestro joven, descansa todavía?

Pablo no oyó la respuesta de su madre.

—¿Y no se ha dignado, por lo visto, ir al oficio divino ó á sus clases?

Tampoco se oyó la respuesta.

—Naturalmente—continuó el padre con ironía,—la costumbre ha arraigado, y...

El fin de la frase no llegó hasta Pablo, porque Sergio Andreievitch se debía de haber vuelto de espaldas; pero sin duda

se dijo algo gracioso, porque Lilia se echó á reir ruidosamente. Cuando el padre de Pablo experimentaba contra éste un descontento oculto, le reñía por levantarse tarde los días de fiesta y faltar á misa, aun cuando fuese él mismo completamente indiferente á las cosas religiosas y no hubiera estado en la iglesia desde hacía veinte años, es decir, desde que se casó. Desde principios de verano, cuando llegaron al campo, mostrábase enojado con Pablo, y éste creía haber adivinado el porqué.

Sin embargo, aquel día el joven se encogió de hombros, exclamando:

—¡Que diga lo que quiera!

Cogió un cuaderno de la mesa y simuló leer. Pero sus ojos se dirigían hacia el comedor con una expresión hostil y vigilante, como la de un hombre habituado á ocultarse y á estar constantemente en guardia.

—Llama á Pablo—dijo el padre.

—¡Pablo! ¡Pavlucha!—llamó la madre.

Pablo se levantó con tal viveza que tropezó y se hizo probablemente mucho daño; su cuerpo se dobló, un gesto de sufrimiento alteró sus facciones, y apoyó convulsivamente las manos en el vientre. Se enderezó lentamente, apretó los dientes, lo que hizo que los ángulos de la boca descendieran hacia la barbilla, y se arregló la blusa con temblona mano.

Después su rostro palideció y perdió toda expresión, como el de un ciego, y el joven se dirigió al comedor con paso seguro; pero en su andar se notaba el agudo dolor que acababa de experimentar.

—¿Qué has hecho?—preguntó secamente Sergio Andreievitch (no acostumbraban á saludarse entre ellos por la mañana).

—He leído—respondió con igual sequedad Pablo.

—¿Qué?

—Buckle.

—¡Ah! Buckle—dijo Sergio Andreievitch con tono de desafío.

Y contempló á su hijo al través de sus lentes.

—¿Y qué?—preguntó Pablo con tono seguro y provocador, mirando de frente á su padre.

Éste se calló, y al cabo de un rato dijo con aire significativo:

—Está bien.

Entonces Lilia, que se compadecía de su hermano, se interpuso.

—¿Te quedarás esta noche en casa, Pablo?

Pablo guardó silencio.

—A los que no contestan cuando se les interroga, se les llama habitualmente mal educados. ¿Qué opinas tú de esto, Pablo?—preguntó el padre.

—Déjale en paz, Sergio Andreievitch—dijo la madre.—Come, porque se van á enfriar las chuletas. ¡Qué tiempo tan malo! ¡Habría que encender las lámparas! No sé cómo iré...

—Sí...—respondió Pablo á Lilia.

Y Sergio Andreievitch, ajustándose los lentes, dijo:

—No puedo soportar esa melancolía, ese odio del mundo. Un joven debe ser bueno y alegre.

—No se puede estar siempre alegre—respondió Lilia, que no estaba nunca triste.

—No exijo que las gentes se diviertan á la fuerza—dijo el padre.—¿Por qué no comes? Te lo pregunto á ti, Pablo.

—No quiero.

—¿Por qué no quieres?

—No tengo ningún apetito.

—¿En dónde estuviste anoche? ¿Estuviste correteando?

—Estuve en casa.

—¿En casa?

—¿Y en dónde hubiera podido estar?—preguntó Pablo con tono insolente.

Sergio Andreievitch replicó con mordaz cortesía:

—¡Como no puedo conocer todos los lugares—acentuó la palabra «lugares»—que Pablo Sergievitch se digne frecuen-

tar! Pablo Sergievitch es ya un mozo; Pablo Sergievitch tendrá pronto bigotes; Pablo Sergievitch bebe tal vez aguardiente; ¿cómo voy yo á saberlo?

El almuerzo continuó en silencio, y todas las cosas sobre las que se esparcía la luz de la ventana parecían amarillas y extraordinariamente tétricas. Sergio Andreievitch examinaba el rostro de Pablo, le escrutaba con atención y pensaba: «Tiene ojeras... ¿Será, pues, cierto que tiene tratos con mujeres este chicuelo?»

Esta pregunta terrible é inquietante, en la que Sergio Andreievitch no había tenido la fuerza de pensar hasta el fin, se había formulado poco tiempo antes, durante el verano, y se acordaba tan claramente de la manera como había ocurrido la cosa, que no la olvidaría nunca. Detrás de un cobertizo, en donde la hierba era espesa y en donde un abedul blanco proyectaba una sombra fresca y azulada, vió por casualidad una hoja de papel rota y arrugada. Había en el estado de aquella hoja algo inquietante y particular: así es como se arrancan y se arrugan los papeles que excitan el odio ó la cólera. Sergio Andreievitch la recogió y desarrugó para verla. Era un dibujo. Al pronto no comprendió; sonrió y pensó: «Es un dibujo de Pablo. Dibuja bien». Después dió vueltas al papel y distinguió claramente lo que representaba: una imagen infame y cínica.

—¡Qué suciedad!—dijo enojado, y tiró el papel.

A los diez minutos volvía á buscarlo para llevárselo á su gabinete, en donde le examinó despacio, tratando de resolver el enigma torturante que le atormentaba. ¿Era Pablo quien había dibujado aquello, ó algún otro? No podía admitir que Pablo pudiese ser el autor de una cosa tan repugnante y vil, porque para ejecutar tal dibujo había que conocer todo lo bajo y depravado que contenía. Lo atrevido de las líneas acusaba una mano experimentada, la mano de un libertino, que representaba sin vacilar lo más secreto que hay, aquello en que los hombres puros no piensan sin avergonzarse; en el ingenuo celo con que

se había corregido el dibujo con la goma y coloreado con el lápiz rojo, se adivinaba una caída inconsciente, pero profunda. Sergio Andreievitch miraba y no podía creer que su Pablo, aquel muchacho inteligente y bien educado, del que conocía todos los pensamientos, hubiese podido con su mano, con su tostada mano de adolescente cándido y robusto, dibujar semejante horror y saber y comprender lo que aquel dibujo representaba. Y como era terrible suponer que Pablo hubiese hecho aquello, Sergio Andreievitch decidió que era otro, pero escondió el papel. Y cuando vió á Pablo bajar de la bicicleta, alegre y vivo, aún impregnado del aire fresco de los campos que había atravesado, se confirmó en la idea de que no era Pablo quien lo había hecho, y se regocijó.

Sin embargo, su alegría no tardó en disiparse, y media hora después Sergio Andreievitch miraba á Pablo y pensaba: «¿Quién es este adolescente extranjero y desconocido, singularmente desarrollado y parecido á un hombre? Habla con gruesa voz viril, come mucho, con avidez, se sirve vino en su vaso con ademán de tranquila independendencia y da bromas á Lilia con aires protectores. Se llama Pablo, tiene el rostro de Pablo y su risa es la de Pablo, acaba de comerse la corteza de su panecillo como Pablo lo hace..., pero Pablo no está en él».

—¿Qué edad tienes, Pablo? —preguntó Sergio Andreievitch.

Pablo se echó á reir.

—Ya soy viejo, papá. Pronto cumpliré diez y ocho años.

—No tan pronto—rectificó la madre.—No los cumplirás hasta el 6 de Diciembre.

—¡Y no tienes bigotes!—dijo Lilia.

Todos se pusieron á dar broma á Pablo por su carencia de bigote, y él fingió llorar. Después de comer se pegó unos pedazos de algodón en los labios, y exclamó con voz cascada:

—¿En dónde está mi viejecita?

Y andaba como un anciano decrépito. Entonces Lilia observó que Pablo estaba extraordinariamente alegre; después

de lo cual se enfurruñó, se quitó los bigotes y se encerró en su cuarto. Y desde aquel día el padre buscaba á su querido hijo de antes, al que conocía tan bien; pero tropezaba con alguien nuevo y enigmático, y vivía en un estado de perplejidad moral.

Hizo, además, otro descubrimiento: Pablo cambiaba continuamente de humor. Un día se mostraba alegre y decidor; después se absorbía en sí mismo horas enteras, se manifestaba irritado é insoportable, y aunque se contuviese, se veía que sufría, pero se ignoraba la causa de su mal. Era muy penoso y desagradable el ver á un sér querido entristecerse sin que se diera con el motivo de su melancolía; con esto desaparecía la intimidad, y Pablo se mostraba como un sér extraño y alejado. Nada más que con ver entrar al joven, con observar su manera de tomar el té sin ganas, desmenuzando el pan entre sus dedos y mirando vagamente hacia el cercano bosque, el padre adivinaba su mal humor, y esto le inquietaba. Hubiera querido que Pablo lo advirtiese y comprendiera lo que semejante mal humor desagradaba á su padre; pero Pablo no se daba cuenta de nada, y se marchaba después de tomar el té.

—¿Adónde vas?—preguntaba Sergio Andreievitch.

—Al bosque.

—¡Al bosque otra vez!—exclamaba el padre, enojado.

Pablo se asombraba un poco y replicaba:

—Allí voy todòs los días.

Callaba el padre, se alejaba Pablo, y se veía en su descuidada manera de andar que no reflexionaba sobre las causas del descontento de su padre, y que hasta había olvidado por completo la existencia del último.

Mucho tiempo hacía que Sergio Andreievitch deseaba tener una explicación franca y decisiva con Pablo; pero la perspectiva de esta explicación era un suplicio para él, y la aplazaba de día en día. Desde que regresaron del campo, Pablo se mostraba más tétrico y nervioso, y su padre temía no saber abordar el candente asunto con bastante sangre fría y delicadeza.

deza. Pero aquella vez, durante el almuerzo enojoso y largo, decidió hablarle aquel mismo día. «Tal vez se encuentre sencillamente enamorado como lo están todos estos chiquillos y chicuelas—se decía para tranquilizarse.—La misma Lilia siente inclinaciones por cierto Avdeief, del que no me acuerdo siquiera: creo que es un alumno del gimnasio.»

—Lilia, ¿vendrá hoy Avdeief?—preguntó Sergio Andreievitch con afectada indiferencia.

Parpadearon los ojos de Lilia, se asustó, dejó caer una manzana y murmuró:

—¡Ah!

Después se deslizó bajo la mesa para recoger la manzana, y cuando se levantó estaba completamente roja; hasta su voz parecía estar roja.

—Vendrá Tinof, vendrá Pospelof, y Avdeief vendrá también...

*
* *

El cuarto de Pablo estaba algo más claro, y el relieve de la moldeada aldea del techo se destacaba con mayor audacia. Furioso Pablo, cogió un libro, que no tardó en dejar sobre su pecho; después se puso á pensar en lo que había dicho Lilia: vendrían las muchachas de su escuela. Esto significaba que Katia Reimer vendría también. Katia Reimer, siempre seria, siempre pensativa, siempre sincera. Esta idea fué como una llama sobre la que hubiera caído su corazón, y con un gemido se volvió rápidamente y hundió su rostro en la almohada. Después, volviendo con igual rapidez á su posición primera, se enjugó dos lágrimas ardientes y miró al techo; pero no veía al corpulento campesino de la tranca, ni al enorme carro. Se acordaba del campo en una noche de Julio.

Era una noche oscura, una noche sombría en que las estrellas brillaban en el abismo azul del cielo, mientras que una nube compacta, que subía del horizonte, las apagaba poco á

poco. Y en el bosque, en donde se había tumbado entre malezas, reinaba tanta oscuridad que no se veían las manos; parecía á veces que ni él mismo estaba allí, que allí no había más que las tinieblas silenciosas. Y muy á lo lejos, por todas partes, se extendía el mundo, infinito y misterioso, y Pablo, con todo su corazón solitario y afligido, experimentaba la impresión de aquella inmensidad desmesurada, que le era extraña.

Estaba allí tumbado y esperaba el momento en que su hermana y Katia Reimer pasaran por el sendero con otra gente joven, descuidada y alegre, que le era tan extraña como el resto del mundo. No había ido con ellos, porque amaba á Katia Reimer con un bello amor triste y puro; ella no sabía nada de semejante amor, y no podría compartírle nunca. Y deseaba estar solo con Katia, á fin de experimentar aún más completamente la impresión de su belleza inaccesible y toda la profundidad del dolor y de la soledad que le abrumaban. Estaba allí, tendido en el suelo, entre malezas, indiferente á todos, como fuera de la vida, de aquella vida que iba á pasar ante él con toda su exuberancia, con cánticos y alegría, en aquella oscura noche de Julio.

Durante mucho tiempo permaneció así tumbado, y las tinieblas se iban haciendo más negras y más opacas, cuando se oyeron á lo lejos rumores de voces, de risas, el crujido de las ramas secas bajo los pasos, y se hizo evidente que se adelantaba un grupo de gente joven y alegre. Y todo aquello se acercaba como en una sinfonía de jubilosas notas.

—¡Oh Dios mío! — dijo Katia Reimer, con su voz de contralto, llena y sonora.—Aquí se puede romper la cabeza. Enciende una cerilla, Tinof.

En la oscuridad se oyó una voz estrafalaria y cómica de polichinela:

—He perdido las cerillas, Catalina Eduardovna.

Sobre las risas se alzó otro timbre de bajo, joven y contenido:

—Permítame usted que le alumbre, Catalina Eduardovna.

Katia Reimer respondió, y su voz era seria, como transformada:

—Se lo ruego, Nicolás Petrovitch.

La cerilla brilló, y ardió durante un instante con resplandor blanco y vivo, no iluminando entre las tinieblas sino la mano que la tenía, como si ésta colgara del aire. Después la oscuridad se hizo aún más intensa, y los jóvenes se alejaron con risas y bromas.

—Déme usted el brazo, Catalina Eduardovna—dijo la misma voz de bajo, joven y contenida. Hubo un instante de silencio, durante el cual Katia Reimer le dió el brazo; luego resonaron los seguros pasos de un hombre, mezclado á un modesto roce de faldas. En seguida la misma voz preguntó, dulce y tierna:

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?

Pablo no oyó la respuesta. Los que pasaban le habían vuelto la espalda; las voces se hicieron de repente más sordas, repercutiendo todavía una vez, como el reflejo que arroja la moribunda llama de una hoguera; luego se extinguieron. Y cuando parecía que ya no había nada más que las tinieblas densas y el silencio, resonó una carcajada de mujer con una vivacidad inesperada, y una voz aguda de tenor comenzó á cantar:

Mi corazón está alegre,
maravillado.
¡Viva María Petrovna,
mi bien amado!

La canción resonaba vibrante y alegre, y la sombra densa parecía querer ahogar á los paseantes. Después todo quedó tranquilo y vacío, como lo fuera un espacio desierto situado á miles de verstas sobre la tierra. La vida había pasado ante Pablo con sus alegrías, sus cantos y su belleza; pasó en aquella noche de Julio.

Entonces Pablo se levantó, y murmuró en voz baja:

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—
y lágrimas silenciosas acudieron á sus ojos.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—

clamó de nuevo, y echó á andar hacia adelante, sin objeto, en la oscuridad de la noche, que se ensombrecía cada vez más. Una vez tropezó con un árbol, y se detuvo perplejo. Luego rodeó el tronco con sus brazos, apoyó en él su rostro, como si hubiese sido un amigo, y se entregó á una desesperación muda, sin gritos y sin lágrimas. Después se alejó lentamente del árbol que le había acogido, y siguió andando.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?— repitió como un estribillo quejumbroso, como un débil ruego de piedad; y toda su alma palpitaba y gemía en tales palabras. La oscuridad amenazadora rodeaba aquella alma llena de un gran amor, que rogaba á fin de obtener algo luminoso que ni ella misma conocía; y por esto era su súplica tan ardiente.

No había ni silencio ni calma en el bosque; el hálito de la tempestad conmovía el aire; las copas de los árboles murmuraban, y el viento que corría entre las hojas sonaba como una risita seca. Cuando Pablo salió del bosque, el viento estuvo á punto de arrebatarse la gorra y le azotó violentamente el rostro, aportándole el fresco olor del heno. La decoración era de una majestad amenazadora. Detrás, el bosque se alzaba como una masa negra que gemía sordamente; delante, densas y sombrías como tinieblas que hubieran tomado forma, avanzaban nubes de mal augurio. A lo lejos se extendía un blanco campo de centeno, y de aquella blancura que rompía la oscuridad, en la que no se manifestaba luz alguna, se desprendía un temor místico é incomprensible.

Cuando brilló el relámpago y se delinearon las nubes en una fina masa de agitadas sombras, se extendió por el campo, de un extremo á otro, una llamarada de un rojo de oro, y las espigas se pusieron á correr con la cabeza baja; semejantes á un rebaño espantado, ondulaban en aquella amenazadora noche de Julio.

Pablo subió á un ribazo, extendió los brazos como si hubiera querido reunir sobre su pecho el viento, las nubes negras y todo el cielo, tan bello en su furor. Y el viento giraba sobre

su rostro, como para palparle, y penetraba con un silbido en el espesor de las hojas, que le obedecían; el trueno estallaba y retumbaba, y las espigas seguían corriendo, muy inclinadas al suelo.

—¡Anda, ven!—exclamó Pablo; y el viento cogió sus palabras y se las volvió á meter furiosamente en la garganta, de suerte que, entre los rumores del cielo, no se pudieron oír aquellas palabras de rebelión y de súplica que el hombre débil dirigía al gran *Incógnito*.

Fué en verano, durante una sombría noche de Julio...

Pablo miró al techo, sonriendo con sonrisa tierna y animosa, y las lágrimas brotaron de sus ojos. «¡Qué llorón me he hecho!», murmuró meneando la cabeza; y, como un niño, se enjugó las lágrimas con los dedos. Se volvió lleno de esperanza hacia las ventanas; pero allí, sombría y tétrica, se condensaba siempre la horrible niebla, con su eterno reflejo amarillento, proyectado sobre el techo, las paredes, la arrugada almohada. Y las imágenes puras del pasado quedaron como espantadas, vacilaron, palidieron y se hundieron en algún profundo agujero, entrechocándose y gimiendo.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—repitió Pablo como un conjuro; pero esta piadosa impetración quedó sin fuerza ante nuevas imágenes, todavía confusas, pero ya familiares y terribles. Como un vapor infecto sobre aguas estancadas se elevaban de aquel negro agujero, y la memoria despierta evocaba con autoridad escenas recientes.

—¡No quiero, no quiero!—murmuró Pablo; y su cuerpo se retorció por el dolor.

Volvió á evocar el campo, pero esta vez de día, un día extraño, malo, inquietante. Hacía un calor ardoroso; el sol brillaba; un olor húmedo y angustioso llegaba no se sabía de dónde. Pablo estaba oculto entre unos arbustos, al borde del río, y temblando de miedo miraba con unos anteojos á unas mujeres que se bañaban. Y volvía á ver los rosados tonos de sus cuerpos, el cielo azul, que parecía rojo, y se veía á sí mismo

lívido, con las manos temblonas, con las rodillas manchadas de tierra. Después vió la ciudad, y de nuevo mujeres, indiferentes, fatigadas, de mirar insolente y frío. Subían de la profundidad del pasado, con sus rostros pintados y pálidos, entre los que aparecían caras de hombres barbudos, botellas de cerveza, vasos medio llenos, y, como al través de una humareda, bailaban sombras, mientras que resonaba un piano importuno, que lanzaba las fatigosas é importunas notas de una polka.

—¡No quiero!—murmuró Pablo dulcemente; pero ya se rendía.

Ahora los recuerdos penetraban en su alma como un cuchillo agudo en la palpitante carne. Y eran siempre mujeres, de cuerpos privados de alma, repugnantes como el viscoso fango de los establos y extraordinariamente hechiceras, á pesar de su evidente suciedad y de su venalidad. Y estaban en todas partes. Estaban en las conversaciones cínicas, cáusticas como vitriolo, en las anécdotas estúpidas que oía en torno suyo y que á su vez sabía contar tan bien; estaban en los dibujos que hacía para enseñarlos á sus compañeros; estaban en los pensamientos y en los sueños, agitados como pesadillas y como éstas atrayentes.

Y cual si hubiera estado viva, como todo lo que no puede olvidarse nunca, se alzó ante él una noche llena de vapor y de bruma. Aquella noche, hacía dos años, entregó la pureza de su cuerpo y de sus primeros besos á una mujer pervertida é impúdica. Se llamaba Luisa, vestía un uniforme de húsar, y no hacía más que quejarse del crujir de sus pantalones. Hoy, Pablo se acordaba apenas de cómo ocurrió la cosa; no recordaba bien sino la casa paterna, á la que volvió tarde, casi al amanecer. La casa estaba silenciosa; en el comedor le esperaba la cena: una gran chuleta recubierta de una capa de grasa fría. La cerveza le había dado náuseas; y cuando se acostó, el moldeado techo, mal iluminado por la bujía, se puso á ondular, á dar vueltas y á balancearse. Varias veces salió de su cuarto vacilando, tratando de no hacer ruido, agarrándose á las sillas.

Bajo sus pies descalzos, el piso estaba muy frío y resbaladizo, y aquel frío inusitado evidenciaba que la noche reinaba desde hacía mucho tiempo, que todos dormían y que solamente él iba y venía, presa de un sufrimiento extraño á aquella casa pura y honrada.

Con un sentimiento de odio Pablo examinó su cuarto y la odiosa moldura del techo; después, resignado ante los recuerdos que afluían, se abandonó á su poder terrible.

Se acordó de Petrof, un hermoso joven, lleno de aplomo, que hablaba de mujeres venales con perfecta tranquilidad, sin pasión, y que decía á sus compañeros:

—Jamás beso á una mujer pública. No se besa más que á las que se ama y se respeta, pero no á esa basura.

—¿Y si ellas quisieran besarte?—preguntó Pablo.

—¡Que lo intenten!... Me apartaré.

Pablo sonrió con amarga tristeza. No sabía hacer lo que Petrof, y besaba á aquellas mujeres. Sus labios tocaban aquellos cuerpos fríos, y hasta una vez—era horrible pensar en ello,—por un raro desafío hacia sí mismo, besó una mano blanda, que olía á cerveza y perfumes. La besó, como para castigarse, como si sus labios hubiesen podido realizar un milagro y transformar á la mujer venal en una criatura pura, bella y digna del gran amor de que su corazón estaba sediento. Y ella dijo:

—¡Cuánto lames!

Y ella le puso enfermo. Le transmitió una enfermedad repugnante y vergonzosa, de la que las gentes hablan en secreto con murmullos burlones, ocultándose detrás de las puertas; una enfermedad en la que no se puede pensar sin terror y sin asco hacia uno mismo.

Pablo se tiró de la cama y se acercó á la mesa. Allí cogió libros y cuadernos, los abrió, los volvió á cerrar, y su mano temblaba. Y, oblicuamente, sus ojos se fijaban en el lugar de la mesa en donde estaban encerrados, cuidadosamente cubiertos de papeles, los instrumentos de curación.

—Si tuviera un revólver, me mataría inmediatamente. En este sitio...—pensó, y apoyó un dedo en el costado izquierdo, en donde latía su corazón.

Después, mirando ante él con aire reconcentrado, se preguntó cuál de sus compañeros poseería un arma, y volvió á tumbarse en la cama deshecha. Reflexionó sobre la cuestión de saber si atinaría al corazón; y luego de haberse quitado la americana y la camisa, se puso á examinar con interés su pecho, todavía poco formado.

—¡Pablo, abre!

La voz de Lilia resonaba en la puerta.

Estremeciéndose de miedo, porque ahora se sobrecogía á cada ruido, á cada grito inesperado, Pablo se volvió á vestir rápidamente y descorrió el cerrojo, á su pesar.

—¿Qué quieres?—preguntó de mal talante.

—Nada... darte un abrazo. ¿Por qué estás siempre encerrado? ¿Tienes miedo de los ladrones?

Pablo se tumbó en la cama, y después de haber tratado en vano de sentarse á su lado, Lilechka dijo:

—¡Córrete! ¡Cómo eres! Ni siquiera quieres hacer sitio á tu hermanita.

Pablo se alejó un poco sin decir palabra.

—Hoy me aburro—dijo Lilechka.—No sé por qué, pero hay algo que me tiene fastidiada. Sin duda es el tiempo. ¡Me gusta tanto el sol y hace un tiempo tan malo! Estoy de tan mal humor, que tengo ganas de morder.

Y acariciándole dulcemente la cabeza, le miró con ternura y preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, Pablo?

—Nunca he sido alegre—contestó él.

—No, Pablo; estás así desde que hemos vuelto del campo. Te escondes de todo el mundo, no ríes nunca. Has dejado de bailar.

—¡Estúpida ocupación!

—Sin embargo, antes bailabas. Bailas muy bien la mazur-

ka, mejor que todos tus compañeros; pero bailas bien igualmente todos los otros bailes. Di, Pablo, ¿por qué estás así? Anda, dímelo, queridito mío, Pablito.

Y le dió un beso en la mejilla.

—¡No me toques! ¡Vete!... Y con un movimiento de hombros, añadió en voz baja:—Mancho...

Lilechka se echó á reír, y replicó acariciándole:

—¡Qué has de manchar siendo tan limpio, Pablo! ¿Te acuerdas de cuando nos bañaban juntos de pequeñitos en la misma bañera? Eras blanco como un lechoncillo de leche; tan limpio, tan limpio...

—¡Vete, Lilechka! Por Dios, te lo ruego.

—No me iré hasta verte alegre. Tienes un lunarillo junto á la oreja. Hasta hoy no me había fijado en él. Déjame que te lo bese.

—¡Vete, Lilia! No me toques. Te repito—dijo sordamente Pablo tapándose la cara—que mancho... ¡Soy un sucio!—Suspiró profundamente al pronunciar la torturadora palabra, y le sacudió un estremecimiento de la cabeza á los pies.

—¿Qué tienes, Pablo, querido mío?—dijo Lilechka, asustada.—¿Quieres que llame á papá?

—No, no le llames. No tengo nada. Me duele un poco la cabeza.

Lilechka le acarició dulcemente, con desconfianza, contemplándole con aire pensativo. Después dijo con tono indiferente:

—Ayer preguntó por ti Katia Reimer.

Tras un momento de silencio, Pablo habló sin volverse:

—¿Qué te preguntó?

—Una porción de cosas. Cómo vivías, qué es lo que hacías, por qué no ibas nunca á su casa. Te han invitado, sin embargo.

—No me necesita...

—No, Pablo, no digas eso. No la conoces. Es muy inteligente y muy culta, y la interesas. ¿Te crees que no la gusta

más que el baile? Lee mucho y hasta quiere organizar un círculo de lectura. Siempre me está diciendo: «¡Qué inteligente es tu hermano!»

—Es una coqueta y una indecente...

Lilechka enrojeció, rechazó á Pablo con cólera y se levantó.

—¡Qué modo de hablar! Eso es muy feo.

—¿Feo? Sí. ¿Y qué?—replicó Pablo con tono provocador, mirando á su hermana con ojos brillantes de maldad.

—¡Que no tienes derecho á hablar así! ¡No tienes derecho!—gritó Lilechka completamente roja, con la mirada tan hostil como la de su hermano.

—Puesto que soy malo...—dijo Pablo.

—Eres insolente, insoportable; envenenas la vida de todo el mundo... ¡Egoísta!

—Y tu Katia es una indecente. Y todas sois lo mismo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Lilia. Cogió el picaporte de la puerta, y reprimiendo el temblor de su voz, dijo:

—Tenía lástima de ti, y por eso vine. Pero no la mereces. Y no volveré jamás. ¿Lo oyes?

Pablo permaneció inmóvil. Lilechka se encogió de hombros con furor y salió.

LEONIDAS ANDREIEF

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Tristán ó el pesimismo, novela por D. Armando Palacio Valdés.
Madrid, 1906.

De los novelistas de la generación anterior, Armando Palacio Valdés es quizás el que conserva más frescas las facultades artísticas y aquel en que menos se notan, no ya los estragos, sino las variaciones que suele introducir el tiempo en la manera de escribir de los más afamados literatos, cuando éstos producen durante largos años. Armando Palacio Valdés ha variado poco. Su última novela, *Tristán ó el pesimismo*, nos le presenta tal como le aplaudimos en los días de *Maximina* y *Riverita* y de *La hermana San Sulpicio*.

Con la publicación de la novela antes citada ha coincidido la elección de Palacio Valdés para la Academia Española en la vacante que dejó el gran novelista Pereda. Así se ha reparado una preterición que se iba haciendo verdaderamente inexplicable, pues hace ya bastantes años que el autor de *Tristán* tenía ganada ante la opinión general la investidura académica; aunque, por lo visto, no la tenía aún entre los señores inmortales, tan fáciles en premiar los merecimientos literarios que adquieren en el cultivo de la oratoria parlamentaria las principales figuras de los partidos políticos. Estas elecciones tardías, como la de Palacio Valdés, tienen la compensación y la ventaja de que los méritos del electo son ya tan conocidos y notorios, que nadie se pregunta por qué le hacen académico, sino por qué no le han elegido antes.

Diez y seis novelas, traducidas todas á diversos idiomas

extranjeros (*El señorito Octavio, Marta y María, El idilio de un enfermo, José, Riverita, Maximina, El cuarto poder, La hermana San Sulpicio, La espuma, La fe, El maestrante, El origen del pensamiento, Los majos de Cádiz, La alegría del capitán Ribot, La aldea perdida y Tristán ó el pesimismo*) y varios libros de crítica y de cuentos forman la labor literaria á que ha estado consagrado Palacio Valdés por espacio de más de un cuarto de siglo, y con la cual hará su entrada en la Academia.

Esa labor no declina, ciertamente, en *Tristán ó el pesimismo*, que debe, á mi parecer, considerarse como una de las más felices y acabadas obras del autor, en la cual ni la composición ni el estilo presentan síntomas de decadencia. El título de esta novela puede inducir á error á los que crean demasiado en la exactitud de los títulos literarios. *Tristán* no es, en realidad, una novela contra el pesimismo, ni una novela en que se plantee la magna cuestión filosófica del pesimismo. Es la novela de un pesimista, de un disgustado de la vida, de un hombre difícil, cuya sensibilidad aumenta los dolores y las molestias inevitables, aun en una vida afortunada, y en cambio permanece inerte ó fría ante las venturas y ventajas de esa existencia.

Es, pues, la novela de un personaje cuyo temperamento es pesimista; pero la cuestión del pesimismo queda fuera de la obra. Una cuestión filosófica de tal magnitud no cabe en realidad dentro de los límites de una novela. De llevarla á un libro de esta clase, mejor que presentar á un sujeto pesimista, y que por serlo es infortunado, sería mostrar el triunfo constante del dolor en diversos lances humanos que indicasen la generalidad del fenómeno, si el novelador quería sostener la tesis pesimista, ó bien, si era al contrario, presentar la victoria de la constancia humana sobre el dolor.

Ni siquiera creo yo que Palacio Valdés haya querido demostrar que el pesimismo es un mal y que aquel que lo profesa tiene mucho adelantado para ser una confirmación viviente de su doctrina. Más que por pesimista le ocurren á *Tristán*

las desventuras que padece y hace padecer á las personas con quienes trata, por lo desequilibrado é imposible de su carácter. Es, en resumen, un sujeto mimado por la vida y echado á perder por ese exceso de suerte, como los niños mal criados á quienes hacen inaguantables la blandura y el regalo. Novela sin pensamiento trascendental tituló Palacio Valdés la primera de las suyas, y lo más probable es que esta de ahora no tenga tampoco pensamiento trascendental y sea, como sencillamente reza su portada, una novela de costumbres.

La composición de esta obra es muy sencilla. Está basada en el contraste, en un paralelismo de acciones y un parangón de lances de fortuna entre Tristán y su deudo Germán, hombre animoso y bueno. A Tristán todo le sale bien, y de todo está descontento. En cambio á Germán le ocurre una de las mayores y más humillantes desgracias que puede sufrir un hombre: su mujer, de quien está profundamente enamorado, le engaña. En igualdad de condiciones subjetivas, Tristán debía ser feliz y Germán desgraciado. Mas por la diferencia de caracteres sucede lo contrario. Tristán destruye la felicidad que se le ofrece, y Germán, con su buen natural y su nobleza de alma, vence la adversidad y reconstruye la arruinada dicha.

Yo no sé cómo compone y escribe el Sr. Palacio Valdés, cuál es la génesis y desarrollo de sus obras, hasta que pasan á la imprenta, ya con su redacción definitiva. Me parece ver en sus novelas, como punto de partida, un pensamiento claro y sencillísimo (en ésta el mal de la misantropía) que se encarna en un personaje ó un suceso, y en torno al cual, como partiendo de un núcleo que nunca queda obscurecido, va tejiéndose la acción, van apareciendo personajes y van surgiendo episodios.

En la novela de que ahora trato esa acción se desenvuelve con una claridad y un encadenamiento lógico que la hace parecer más sencilla de lo que es, pues no es pobre en sucesos ni carece de episodios que la amenicen y distraigan con su variedad al lector. Esa misma claridad se observa en los ca-

racteres, y no porque sean extremadamente simples (el de Tristán desde luego no lo es), sino por la clara comprensión de los mismos y la excelente expresión que les da relieve y pone todos sus rasgos salientes á la luz. Entre los personajes hay la debida proporción. No es ésta una de esas novelas en que las figuras secundarias eclipsan ó empequeñecen al protagonista. Tristán no es la figura de más envidia moral, ni siquiera de más envidia estética de la novela; pero el novelista la ha puesto en primera línea y logra que sea la que más cautive nuestra atención. En esto es en lo que consiste el ser protagonista, que es una cuestión de perspectiva, de punto de mira, casi podría decirse que de distancia, del lector.

Este tipo de Tristán es muy curioso. Genéricamente, es un tipo frecuente en la literatura moderna; específicamente, es original. Es un tipo de decadencia, de hombre inapto para la vida, echado á perder por un exceso de sensibilidad y de intelectualismo, que desviados de sus cauces naturales, engendran un egoísmo suicida, por virtud del cual el sujeto cuya característica mental es ésta se convierte en el peor enemigo de sí mismo. Es interesante comparar la manera que tiene de concebir y de presentar ese tipo, que hemos convenido en llamar fin de siglo, el Sr. Palacio Valdés con la que generalmente han tenido los novelistas que sacaron á luz tipos semejantes. Por lo común, el tipo del decadente fin de siglo ha sido pintado con simpatía, con cierto dejo de secreta admiración, como una flor malsana de la civilización, como un refinado y un neurótico superior, como un sér, en fin, en quien las flaquezas é incoherencias de la acción están compensadas por cierta excelencia espiritual. Palacio Valdés presenta de otro modo á su héroe: Tristán es menos brillante, pero más humano y natural que son, por lo general, esas figuras aristocráticas de decadencia. La parte ridícula de su carácter, la debilidad de su voluntad, las pequeñeces de su egoísmo y las vacilaciones de su inteligencia resaltan en la silueta novelesca. No es, con todo, un personaje concebido sin amor, con seque-

dad analítica. Hay en él un fondo de ternura inquieto y fugaz, que le salva de hacerse antipático y de caer en lo grotesco. Es odioso á veces, pero otras veces excita la compasión.

En gran parte contribuye á la amenidad de esta novela y al agrado con que se lee la variedad que ofrece, así en la índole de los personajes como en el tono general del relato y en los sucesos varios que en él vanse engarzando. Lo humorístico, lo sentimental, y hasta lo trágico—y no sólo lo trágico incruento de los conflictos psicológicos, sino lo trágico de veras,—se combinan en *Tristán* con sabia proporción, fundiéndose en armónico conjunto y alejando de la obra esa nota de monotonía que tan frecuentemente se observa hasta en libros de gran vigor artístico.

En la galería de personajes es donde es más visible y concreta esa variedad. Allí, junto al carácter enfermizo y ondulante de Tristán, vemos el carácter noble, claro, sincero, profundo en el sentir, grave sin afectación de austeridad, guiado por altas aspiraciones morales, de Germán Reynoso, un hombre bueno, que nada tiene de empachoso ni adusto, bueno con bondad simpática y abierta. La figura cómica del paisano Barragán, de un cómico serio y sin hiel, creación de un verdadero humorista, para el cual las imágenes de lo ridículo están templadas por un espíritu de humana benevolencia, resalta poderosamente en el plano secundario en que se mueve. García, el amigo fiel de Tristán, es también una excelente figura novelesca. Gonzalo Núñez, el cínico calavera, está bien visto y presentado sin exageración, con expresiva sobriedad. Buen número de personajes episódicos, que pasan por la escena novelesca permaneciendo poco en ella, se nos muestran con una naturalidad y un vigor en las líneas descriptivas, que ayudan poco á la impresión de realidad que *Tristán* produce. El sabio del Ateneo es, por ejemplo, un tipo chistosísimo, que está rebosando vida. No diremos que sea D. Fulano ni D. Zutano; pero todos los que hemos frecuentado en algún tiempo centros intelectuales de esa clase le hemos visto y oído, y he-

mos aguantado con mayor ó menor paciencia sus pláticas.

Las figuras de mujer están trazadas con simpática delicadeza. Descuella entre ellas la de Clara, imagen de la mujer amante y buena, de alma noble y sencilla, iluminada por la sana alegría de un organismo bien equilibrado. En Elena, que es figura de menor relieve, ha pintado con delicadeza el novelista la mujer que cae por frívola y vanidosa más que por pervertida. Es un tipo, frecuente en la realidad, de heroína de adulterio. Araceli, la señorita presumida que sueña sólo con el brillo de la vida elegante y la distinción aristocrática, y Marcela Peñarrubia, la mujer distinguida, de mala cabeza, que se lanza á las aventuras galantes y anda bordeando los fronteras del *cocotismo*, sin perder enteramente el decoro exterior, están pintadas con gracia y exactitud por el novelista.

Mención particular merece también la idílica pareja de Cirilo y Visita, delicado capricho del novelista, que ha presentado con ternura compasiva y grave la fuerza triunfante del amor dominando las desdichas de la vida. Ella es ciega, él medio paralítico, y son los dos personajes más felices de la novela, porque son buenos y se aman. En el humilde jardín de aquellas almas claras y sencillas han brotado algunas de las más delicadas flores del sentimiento, violetas escondidas é ignorantes de su propio perfume.

A la variedad en los personajes acompaña la de los sucesos. Asistimos á escenas de vida literaria, al estreno de un drama, á conversaciones de Ateneo; presenciamos escenas campestres de plácido sabor horaciano, en que hay personajes rústicos tan bien trazados como los de los pastores que aman y reverencian á Clara, su bella señorita. El amor honesto y el amor culpable, el honesto en Clara, el culpable en Elena, pasan por las páginas del libro, que á veces nos provoca á la risa con las figuras de Barragán y del sabio Paredes, y otras veces, como en la escena de la noche de bodas de Tristán, en la del desafío con el marquesito del Lago y en aquella en que Germán descubre la infidelidad de su esposa, nos agita con un estremeci-

miento dramático. No elogiaré entre estas escenas aquella en que la madre del joven muerto por Tristán en duelo se presenta á maldecir al matador de su hijo, porque en ella aparece muy forzada la verosimilitud; pero en la concepción, más que en la ejecución, llega á la altura de lo trágico.

Esta variedad de elementos que en la novela del Sr. Palacio Valdés concurren la hacen aproximarse á la complejidad de la vida, cuya trama encierra tantos matices, tantas relaciones pequeñas y poco aparentes que ligan tenuemente los hechos y que requieren la mirada perspicaz de un observador para ser discernidas y una fantasía plástica y fecunda para ser imitadas en las obras de arte.

Campea en la última novela de Palacio Valdés el dón raro de la gracia. El ingenio y la donosura en el decir se cristalizan en una porción de frases ocurrentes que son como la sal de la novela, y aligeran con su donaire la narración. El chiste culto y urbano y las amenidades de la paradoja animan con frecuencia el diálogo. Por lo que toca al lenguaje, no es Palacio Valdés de los escritores enamorados de un preciosismo verbal. En ésta, como en sus anteriores obras, el estilo es llano y fácil, nada artificioso ni rebuscado, estilo, en fin, que se acuerda siempre de que es un mero medio de expresión, y aspira, ante todo, á la transparencia de las imágenes que va presentando al lector, á que no se perciba sobre ellas un velo de lindas y bien concertadas palabras, sino que éstas parezcan fundirse y disolverse en las imágenes mismas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: COSTUMBRES: El correo en el tiempo y en el espacio. = CUESTIONES SOCIALES: La taberna. = PSICOLOGÍA COLECTIVA: Tácito y la multitud. = CUESTIONES ÉTICAS: La cuestión de la felicidad en el siglo XVIII. = ESTÉTICA: Lo lindo y la mujer contemporánea. = OCULTISMO: La inmortalidad humana.

COSTUMBRES

EL CORREO EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO. — Arturo Lancette publica en *L'Italia Moderna*, resumiendo el hermoso libro de Clavari y Attili, un interesante artículo sobre *la vida del correo*. Cuando, al despertarnos, hojearnos nuestra correspondencia, pensamos muchas veces en el viaje que la carta que recibimos ha tenido que recorrer. Cerrada y franqueada, la vemos caer en el buzón postal, y de allí, en unión de otras muchas, en un rudo saco que, tras viajes más ó menos largos y accidentados, y pasando por multitud de manos, llega á la capital en que vivimos, para ser abierto en ella y para que su contenido se distribuya entre sus diversos destinatarios. ¡Qué gigantesco trabajo de organización supone, sin embargo, el viaje de esa carta!

Las primeras noticias que tenemos de un servicio de Correos alcanzan á dos mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, durante la dinastía primera de los Faraones; era un servicio primitivo, ideado por los soberanos de Egipto para hacer saber sus decretos á sus súbditos. El nombre de *posta* con que se conoce el servicio en la mayor parte de Europa (con diver-

sas variantes: *posta* en Italia, *poste* en Francia, *post* en Alemania é Inglaterra) viene del latín *pósita*, del verbo *ponere*, poner; el nombre de *correo* con que se le conoce en España (con su variante *correio* en Portugal) viene del latín *currere*, correr; los griegos lo llamaban *ángelos*, anunciadores, ó *emerodromi*, corredores de día, y los árabes *berid*, de los nombres de las torres que les servían de estaciones postales.

Dejando á un lado el servicio rudimentario de Egipto, en el que los particulares se servían de palomas mensajeras, y el de los persas, mejorado por Ciro y por Dacio con estaciones para el cambio de caballos, puede decirse que la primera organización formal del correo fué la instituída por Augusto en Roma con el *cursus publicus*, dividido en *celeris* y *tardus*, como si dijéramos de grande y pequeña velocidad; en el primero iba la correspondencia oficial, en carros tirados por caballos, y en el segundo los objetos pesados, en carros llamados *birola* ó *clábula*, de dos ruedas, tirados por bueyes; á lo largo del camino había estaciones con cuarenta caballos de cambio en las cuadras, y con habitaciones para los correos. A la muerte de Augusto, el *cursus* tuvo sus alternativas: de Tiberio á Cómodo no se hizo nada por mejorarlo; Trajano, Antonino y Valentiniano lo renovaron; Atila lo destruyó, y Nerva y Diocleciano lo atendieron mucho. Después de la invasión de los bárbaros, el correo casi desapareció, hasta que Carlomagno estableció los *missi dominici* y reconstituyó el *cursus*.

Entre los árabes, Mohaviá organizó, en el siglo VIII, un excelente servicio, que fué abandonado por sus sucesores; pero á los árabes se deben las hojas de aviso con la lista de lo comprendido en cada envío, y el permiso de que los correos pudieran llevar correspondencia de particulares, cosa no consentida por el *cursus* romano. El sultán Mamelusks Ribars organizó, en el siglo XIII, un servicio tan admirable, que los agentes podían recorrer cien millas en pocas horas; y en 1146, Nureddino estableció un servicio de palomas mensajeras digno de competir con los modernos de su clase.

La Iglesia, por su parte, utilizando la experiencia adquirida para las comunicaciones secretas de los primeros cristianos, instituyó los *cursores*, escogidos entre las personas más fieles y discretas, que, con trajes de frailes ó de peregrinos, viajaban á pie llevando mensajes y propalando noticias. Las Ordenes religiosas obtuvieron privilegios para el transporte de su correspondencia, y la Iglesia, con la extensión de su poder, dió al correo su carácter internacional. Las Universidades organizaron á su vez el servicio de correspondencia entre los estudiantes y sus familias con los *magni* y *parvi nuncii*, y los *missi volantes*, que duraron hasta la revolución de 1789. En el mismo principio del privilegio se fundó el correo del comercio, especialmente desarrollado por la Liga Anseática; entre los comerciantes se distinguieron los tratantes en bueyes, que al ir á las ferias llevaban las cartas de sus paisanos. España se distinguió en el siglo xiv por el desarrollo que obtuvo la correspondencia privada, transportada por sociedades mercantiles, y los Países Bajos se hicieron notar por el servicio marítimo que establecieron con Inglaterra.

En tiempo de Maximiliano y Carlos V la familia Tasso obtuvo el monopolio del servicio postal en los Estados hispano-germánicos, y tras éste y otros ensayos, especialmente los hechos en Francia por Luis XI y Luis XIV, se llegó, en tiempo de la Revolución francesa, por la abolición de todos los privilegios, á la organización de un servicio postal del Estado accesible á todos los ciudadanos, y mucho más tarde, en nuestros días, mediante los Congresos postales, se constituyó, en 1874, la *Unión postal universal*, en la que han entrado casi todos los países civilizados, para el transporte y distribución de toda la correspondencia oficial y privada, mediante los modestísimos gastos de franqueo estipulados por las diversas naciones.

El transporte de la correspondencia se hace, naturalmente, por medios más rápidos, los ferrocarriles y los vapores; pero aunque ésta es la regla general, quedan todavía, ya en países que carecen de vías férreas, ya entre localidades que se ha-

llan en el mismo caso, diversidad de medios de transporte; sin contar los naturales y corrientes de las *diligencias*, de los caballos y de los peatones, se emplean en el Norte de Rusia, Laponia y Finlandia, los renos, y en Siberia los perros; dos renos pueden cargar con diez arrobas y andar 400 kilómetros en veinticuatro horas; doce perros enganchados á un carrito pueden transportar dos hombres y cinco quintales de correspondencia. En África se sirven generalmente de camellos; en la Nubia los correos son negros que corren agitando en una mano una campanilla y en la otra un bastón de palma con la valija. En el Japón y en China los carteros son corredores que llevan un cesto de correspondencia á cada extremo de un varal. En el Perú los carteros rurales tienen que saber nadar, pues las corrientes de agua son tan numerosas, que con frecuencia tienen que atravesarlas á nado; lo mismo ocurre en la India durante la mala estación: los carteros van en traje de baño, con vejigas de contrapeso, para echarse al agua cuando les cierra el camino; en China hay también algunos carteros acuáticos en las regiones palúdicas, pero allí tienen una canoa, sólo que es tan pequeña, que apenas puede meterse en ella con el saco del correo, haciendo de remos con los pies. En el Cáucaso todavía llevan el correo en carros tirados por bueyes; y es muy curioso el servicio de correos de las Landas de Francia, donde los carteros van en zancos. En la península de Alaska los correos tienen que recorrer 2.600 kilómetros, atravesando á nado ríos enormes, de tan rápida corriente, que nunca se hielan; pero en cambio, llegado á su destino, recibe 80 pesetas por cada carta. En la India los carteros rurales están continuamente expuestos á ser devorados por las fieras, y en Marruecos, por un puñado de pesetas, tiene el cartero que andar siete ú ocho días por el desierto sin más comida que pan é higos, y cuando se duerme se ata á las piernas una torcida de cera encendida que, al consumirse, le quema, obligándole á despertar.

CUESTIONES SOCIALES

LA TABERNA.—París tiene para su alimentación—dice Jorge Cahen en la *Revue Bleue*—17.000 panaderos y 14.500 carniceros; pero cuenta en cambio con 33.000 taberneros, y si en toda Francia la fabricación de pan ocupa á 160.000 ciudadanos, las tabernas por sí solas ocupan cerca de 500.000. La vigésima parte de los electores, un 20 por 100 de los fabricantes de diputados, está ocupada en expender vinos, cervezas y licores. ¡Así anda ello!

La taberna es hoy lugar de reunión, y en ella, no sólo se bebe y se canta, sino que se pasa una parte más ó menos grande del día. Sobre el mostrador de zinc, antes de la comida, los compañeros de taller vienen á ofrecerse una ronda: el ajeno maldito ó la rabiosa copita de rascatripas hacen la delicia de los obreros. El pequeño burgués, en el café del Comercio ó en el del Universo, según sus ideas radicales ó conservadoras, echa su manilla y traga también su vermut; el pilluelo de diez y seis años, como el viejo de setenta, el peón, el capataz, el rentista, el comerciante ó el empleadillo, todos, cada cual en su puesto favorito, acuden á la taberna á charlar, á jugar, á haraganear, á olvidar las miserias de su trabajo ó el aburrimiento de su desocupación.

El adulto todavía imberbe va también allí, arrastrado por sus compañeros de mayor edad ó más atrevidos. Si es vicioso, ó solamente si es débil, entrará al primer ofrecimiento; si tiene sentido moral y se resiste, las burlas de sus compañeros acabarán con su resistencia; y una vez aprendido el camino, no lo olvidará; en adelante será esclavo de su hábito, y volverá diariamente á la taberna, más que para beber, para cortar la monotonía de su trabajo, ó simplemente para disfrutar de aquella atmósfera caliente, del confort de la instalación, de la embriaguez, de la luz y del ruido.

Hay tabernas para todas las clases, para todas las bolsas,

para todas las necesidades, desde las que se ocultan en los sótanos hasta las que se ostentan en los bulevares con espejos, arañas y dorados. En unas se bebe, se charla y se juega; en otras, por 10 ó 30 céntimos, se puede dormir en los divanes ó en las mesas; en otras se ofrece cama y compañía, y en algunas cuentan con seguro asilo los vagabundos, merodeadores, rateros y presidiarios.

En los pueblos rurales, sobre todo, la taberna ejerce una influencia decisiva, convertida en campo atrincherado de los agentes electorales: allí se leen los periódicos, se comentan las noticias del día y se discuten las personalidades del país. Un parroquiano, por la fogosidad de su oratoria ó por la seguridad de sus afirmaciones, se hace el favorito de la clientela; le harán concejal, y acaso alcalde; se convertirá en agente del aspirante á diputado, estimulando el celo de la clientela con su propaganda. El tabernero será miembro influyente del comité de acción, y hasta podrá servir de vigilante y de guía, recogiendo informes, circulando órdenes y transmitiendo proposiciones. Y así se han convertido las tabernas en focos de agitación electoral, en pequeñas plazas públicas, toros cerrados de la democracia.

Todo conspira para el creciente desarrollo de las tabernas, hasta el interés aparente del Estado mismo: el tabernero es el más productivo y seguro de todos los contribuyentes; no sólo paga sus impuestos de consumos, sino también la licencia, los derechos sobre las bebidas y sobre el alcohol, sin contar las demás contribuciones generales; es un precioso proveedor del Tesoro; y si la Facultad de Medicina se lamenta cuando el año ha sido de abundante consumo espirituoso, en cambio el fisco se regocija y el ministro de Hacienda ve colmado el déficit.

Hay que pensar seriamente, sin embargo, en los estragos del alcoholismo, generador de la tuberculosis, de la locura, de la esterilidad, de la degeneración de la raza y de la despoblación del Estado. Hace cincuenta años no se consumía en Fran-

cia más que un litro y 46 centilitros de alcohol por habitante, y hoy se consumen 4 litros y 72 centilitros; hace cincuenta años apenas se conocía el ajenjo y los *bitters*: hoy se beben más de 30 millones de litros de estos venenos. Claro es que la sobriedad y la virtud no pueden decretarse; pero la experiencia demuestra que en los países donde se ha dejado plena libertad al desarrollo de la taberna el consumo de alcohol ha crecido, y con ese consumo, y paralelamente, ha crecido también la mortalidad; en cambio, en las naciones que se han preocupado del problema del alcoholismo, como Suecia y Noruega, el consumo anual ha bajado en veinte años, desde 23 y 16 litros por habitante, á 5 y á 2 litros, respectivamente, habiendo llegado á ponerse á la cabeza de las demás naciones en cuanto á disminución de la mortalidad y aumento de la longevidad.

Bien vale la pena de poner trabas al consumo del alcohol para obtener tan hermosos resultados.

PSICOLOGÍA COLECTIVA

TÁCITO Y LA MULTITUD.—Dice Boissier, en un reciente libro sobre Tácito, que este historiador «es quizás el más grande pintor de multitudes que haya existido jamás». Brugnola, en la *Rivista d'Italia*, confirma esta opinión y procura mostrar cómo la Psicología colectiva, que hoy ha conquistado honroso puesto entre las ciencias sociológicas, tiene en Tácito un ilustre precursor, pudiéndose apreciar en el estudio de la sublevación de las legiones de Pannonia y de Germania hasta dónde llegaron las intuiciones geniales del autor de los *Anales* sobre el alma de las muchedumbres.

De las tres colectividades, Senado, pueblo y soldadesca, que se presentaban á la mirada del historiador de aquella época, la que más atraía la atención era, naturalmente, la última; el Senado, sombra de lo que fué bajo el régimen republi-

cano, estaba degradado, sin parecer tener otro oficio que la adulación y el servilismo; el pueblo, amigo de divertirse, idolatraba á quienes halagaban sus bajos instintos, y es natural que Tácito, alma viril y arrogante, despreciase aquella grey de brutos, considerándola en sus narraciones en general como espectadora pasiva á inconsciente de los hechos. La soldadesca, en cambio, había conquistado el primer puesto en el Imperio, y de su actitud dependían los destinos del mundo conocido de entonces. De ahí que Tácito prestara especial atención á su estudio.

Apenas muerto Augusto y proclamado Tiberio, las tres legiones de Pannonia comenzaron á moverse con sorda agitación, soplando en ellas el fuego de la indisciplina un tal Percennio, antiguo jefe de la *claque* teatral de Roma y experto en el arte de sugestionar á las multitudes. Ya en corrillos de soldados, ya en sabrosos apartes, les mostraba la miseria de su condición, sus fatigas, su mísera paga y sus duros castigos, excitándoles á pedir mejoras en todo por medio de instancias ó con las armas en la mano, pues, en último resultado, ellos eran los más y podían imponer su voluntad. Leyendo estas páginas de Tácito parece que se tiene entre manos un periódico moderno que da cuenta de los preliminares de una huelga, con los discursos de los jefes del movimiento á los obreros para halagarlos con risueñas perspectivas y lanzarlos á la protesta colectiva y violenta. La semejanza sigue en las demás fases del movimiento, que se propaga con rapidez desde los pocos individuos activos (*meneurs* ó agitadores) hasta los demás elementos amorfos que componen la multitud. Es necesario conocer á fondo el alma de la multitud para apreciar el momento *sinérgico* y *sinestésico* como Tácito supo apreciarlo con su poderosa intuición.

Los discursos de Percennio dieron su resultado; y, sin hacer caso de las órdenes del general Bleso, unieron las insignias de las tres legiones como una sola, y quisieron que Bleso enviara á Roma á su propio hijo para exponer sus reclamaciones.

Bleso intenta contener la revuelta, y hace prender y encerrar á los más revoltosos; pero el motín crece, y los presos son puestos en libertad con los desertores y los condenados á muerte. Entonces un tal Vibuleno, llevado en hombros ante el Consejo que preside Bleso, grita con voz potente: «Habéis devuelto la vida á estos infelices; pero ¿quién la devolverá á mi hermano, mandado matar por Bleso? ¿Dónde, Bleso, has echado su cadáver? Concédeme siquiera sepultura, y hazme matar también á mí si lo deseas, pero deja á nuestros compañeros que nos entierren juntos». Puestos en busca del cadáver, parece que el tal hermano de Vibuleno ni siquiera había existido. Pero el efecto estaba logrado con aquella mentira, y el que empleó aquel ardid mostraba conocer perfectamente el alma de la multitud; cuando ésta se halla excitada acoge fácilmente todo cuanto puede empujarla en la dirección que ha tomado. La habilidad está en hacer vibrar en el corazón de la multitud la cuerda más sensible en aquel momento. ¿Qué importa la falsedad de una acusación? ¿Quién va á comprobarla en aquel instante crítico?

El mismo conocimiento de la psiquis colectiva demuestra Tácito al describir las alternativas de irritación y de abatimiento que suelen producirse en las multitudes cuando, realizado algún exceso, se muestran ante la representación de la autoridad y, aunque conscientes de su fuerza, no aciertan á sustraerse al temor de las represalias y del castigo. Tal fué el caso de las legiones insurrectas cuando se hallaron en presencia de Druso, el hijo de Tiberio, enviado por el emperador para aplacar la revuelta. «Traspuesta la empalizada—dice Tácito,—los revoltosos refuerzan en las puertas los cuerpos de guardia y mandan piquetes de armados á ciertos sitios del campamento; los demás circundan en corro imponente la tribuna del jefe; Druso imponía silencio con la mano; los cabezas de motín, cada vez que de Druso volvían los ojos á la multitud, armaban estrépito con sus gritos tremebundos, y luego, mirando de nuevo á Druso, se atemorizaban; primero un clamoreo

salvaje, y luego, repentinamente, la calma; diversos movimientos del ánimo los espantaban y aterraban». No puede retratarse mejor el estado de aquellos espíritus.

La sublevación persistía, sin embargo, y no llevaba camino de arreglarse, cuando un suceso cambió radicalmente el aspecto de las cosas: la noche siguiente á la llegada de Druso se produjo un eclipse de luna, que fué interpretado como signo de la ira divina contra los rebeldes. Druso aprovechó el estado de los ánimos malquistando á Percennio y Vibuleno y prometiendo atender las peticiones justas de las legiones, enviando al efecto á Roma una comisión; pacificados con esto los ánimos, hizo matar á los dos agitadores primero y luego á los más significados de los revoltosos, y las legiones espontáneamente se disgregaron, volviendo cada una á su puesto.

Así acabó aquella revuelta, y cosa semejante ocurrió con los dos ejércitos de Germania. Y es curioso ver con qué felicitisbo se hallan reseñados por Tácito los momentos culminantes de esas rebeliones, coincidiendo en un todo su narración con las conclusiones que los más perspicaces cultivadores de la psicología colectiva han formulado en nuestros días.

CUESTIONES ÉTICAS

LA CUESTIÓN DE LA FELICIDAD EN EL SIGLO XVIII.—«La felicidad—decía en 1772 Saint-Lambert—es objeto de los deseos de todos los hombres, y no de sus reflexiones. Buscándola sin cesar se instruyen poco de los medios de obtenerla, y no les ha hecho producir hasta ahora más que algunas máximas, unas canciones y pocas obras». Quiere decir con esto Saint-Lambert—añade en *La Grande Revue* Mauricio Pellisson—que no se ha escrito ninguna obra maestra sobre la felicidad, y eso es cierto; pero en el mismo siglo XVIII se han publicado varias obras que no carecen de interés ni de mérito sobre este asunto, especialmente *El templo de la dicha*, de Castillon y Robinets.

El Cristianismo, acentuando el rigor de su disciplina moral, había dejado la felicidad para la otra vida, como recompensa de la presente. Para un cristiano austero, querer gozar de la dicha aquí abajo es rechazar el dogma fundamental de que esta vida no es más que la expiación de la falta original. La alegría es funesta, y sólo el dolor santifica; la tierra no es para el cristiano, y no debe ser, otra cosa que un valle de lágrimas.

Este concepto triste de la vida produjo en el siglo XVIII una reacción. El nada sospechoso P. Buffier estudia en su *Tratado de la sociedad civil* «los medios de hacerse feliz en la sociedad contribuyendo á la dicha de los demás», afirmando que no por ser incapaces de una felicidad perfecta debemos despreciar la que está en nuestras manos. Levesque de Pouilly no entiende que nuestra existencia terrestre sea un tiempo de destierro, sino de preparación, y afirma que «por la gracia divina el cristiano es infinitamente más feliz por lo que espera que por lo que posee, siendo las flores que goce aquí abajo los gérmenes de la dicha eterna». Maupertius quizá no sea tan ortodoxo, pero es profundamente cristiano también, y sostiene que «es un error y un fanatismo creer que los medios de llegar al mismo fin deben ser opuestos ó diferentes en esta vida y en la otra, y que para ser eternamente feliz sea preciso sumirse en la tristeza y en la amargura». A fines del siglo el gran vicario de Burdeos, Gourcy, declara que no podemos aspirar á la perfecta dicha sino en Dios, pero que ya que no podemos disfrutar de esta dicha nos queda otra de segundo orden, por decirlo así: que la compasión de Dios ha sustituido á la primera y que debemos aceptar con reconocimiento.

El protestantismo en el siglo XVII tuvo el mismo concepto de la vida terrestre que el catolicismo, pero en el siglo XVIII dulcificó también sus asperezas. Formey cree que la verdadera dicha no está prohibida al hombre; Luis de Beausobre, pastor en Berlín, repudia del modo más terminante y vivo el pesimismo de los teólogos antiguos; no se digna discutir siquie-

ra las máximas y principios de los ascetas, lugares comunes de retórica, y nada más; y dice: «los placeres tienen su utilidad, dan nuevas fuerzas al espíritu, dejan á la economía animal una libertad necesaria, alivian nuestras penas y hasta nos las hacen olvidar, estrechando los lazos que deben unir á los hombres».

En el siglo xvii, la palabra misma de *placer* no sólo era sospechosa, sino mal notada; se proscribían los placeres en bloque, sin distinguir los honestos de los demás. Cincuenta años más tarde, Lemaistre de Claville, personaje grave, escribía un libro sobre *El verdadero mérito*, que estuvo muy en boga, y en el que se contiene esta declaración de principios: «Aconsejo el uso de los placeres, pero no quiero que se embriaguen en ellos; para prevenir esta embriaguez y garantizarse contra ella, lo mejor es consultar con la prudencia y con el gusto en la elección misma de los placeres». Es la filosofía de Horacio, en la que también se inspira el abate de Saint-Pierre en sus dos tratados sobre los *Medios de vivir feliz* y *Medios de ser más felices en la vida privada*, cuya tesis es la de que debemos divertirnos, pero con moderación.

Puede decirse que al comenzar el siglo xviii el concepto medioeval de la vida tendía á desaparecer: la civilización material se extendía, y todo conspiraba al mismo fin. La doctrina antigua se mantenía en pie, sin embargo; y aunque los hechos la contradijeran, no bastaba que se hubiera dejado de practicar el ascetismo y el pesimismo: era preciso combatirlos de frente, doctrinalmente, y eso es lo que hizo Voltaire en 1728, escribiendo sus *Observaciones sobre los pensamientos de Pascal* en los momentos en que todo debía hacerle pesimista, pues estaba en la mayor miseria: «Nuestra existencia —decía— no es tan desgraciada como nos lo quieren hacer creer: mirar el universo como un calabozo y á todos los hombres como criminales á quienes van á ejecutar, es idea de fanático; creer que el mundo es un lugar de delicias, donde sólo debe haber goces, es sueño de sibarita; pensar que la tierra, los hombres y los animales

son lo que deben ser en el orden de la Providencia, es propio de un hombre cuerdo». Se ha dicho que Voltaire, á pesar de estas ideas, ha escrito *El poema de Lisboa, Cándido y El marsellés y el león*, donde aparece como el más desesperado de los pesimistas; pero esos son rasgos y excesos de su humor satírico. Juzgar mala la vida es, según él, el peor de los errores; y á la afirmación de Pascal, que dice: «Si hay un Dios, sólo él debe ser amado y no sus criaturas», Voltaire replica: «Hay que amar también, y muy tiernamente, á las criaturas; hay que amar á su patria, á su padre, á su mujer, á sus hijos; hay que amarlas tanto como que Dios nos las hace amar, á pesar nuestro». Así planteaba Voltaire la tesis que luego desarrollaron Vauvenargues, Diderot, Toussaint y tantos otros.

Pero no bastaba decir que en la tierra puede haber felicidad: faltaba saber en qué consiste esa felicidad y cómo debe alcanzarse. La antigua tesis rigorista lanzó á la tesis opuesta á los espíritus exagerados: al idealismo puro se opuso el sensualismo refinado. La Mettrie en 1740 resucitó en su *Antiséneca* el peor de los hedonismos, afirmando que «la felicidad está, ante todo, en la satisfacción de los órganos», opinión compartida por la señora del Chatelet al decir en sus *Reflexiones sobre la dicha* que «Lenôtre tenía mucha razón para pedir al Papa tentaciones en lugar de indulgencias». Más discretos ó menos escandalosos, otros hicieron consistir la felicidad en el reposo; así la define Fontenelle: «un estado, una situación tal, que se desearía su duración sin cambio»; «la mayor parte de los cambios que hace un hombre en su estado para mejorarlo—añade—aumentan el sitio que ocupa en el mundo: su volumen, por decirlo así; pero ese volumen mayor ofrece mayor espacio á los golpes de la fortuna; el que quiere ser feliz, se reduce y se estrecha todo lo posible». Según esto, el mejor modo de vivir es no hacer nada; este concepto está calcado en el de la beatitud celeste, estado de reposo eterno é inalterable.

En su *Ensayo de filosofía moral*, Maupertius se aproxima

á las ideas de Fontenelle: «Llamo placer—dice—á una percepción que el alma gusta más experimentar que no experimentar; llamo pena á una percepción que el alma gusta más no experimentar que experimentar; el tiempo que dura un placer es un momento feliz; el tiempo que dura una pena, un momento desgraciado; la vida es un deseo continuo de cambio de percepciones, y se pasa en deseos, no en placeres; todo el intervalo que separa un deseo de su ejecución quisiéramos aniquilarlo; este intervalo sólo está compuesto de momentos desgraciados»; la vida debe, pues, pasarse en evitar *el mal de vivir*. Esta idea es semejante á la sostenida por Edmundo Scherer, de que «la felicidad es una idea que se disuelve en el análisis», porque «la dicha no es más que la satisfacción, y lo propio de la satisfacción es desvanecerse en cuanto existe; una vez que se ha obtenido, no se desea ya, puesto que se posee; el goce se encuentra, por otra parte, inferior á lo que uno se había imaginado, precisamente porque se había creído permanente; se queda uno así engañado é infiel, y se pone uno á desear otros objetos», con los que ocurre lo mismo. Por eso Scherer niega la existencia de la dicha, y esta especie de quietismo laico subsiste en muchos espíritus.

El concepto vislumbrado por Voltaire y bosquejado por Vauvenargues, de que la felicidad está en la acción, se define en teoría completa por Elías Luzac en su libro sobre *La felicidad*, en el que, partiendo de que la existencia es una sucesión continua de estados, el reposo es contrario á ella, y la dicha está en la actividad, en las transiciones de un estado desgraciado á otro feliz, y de éste á otro más feliz aún. La consecuencia práctica de este concepto es que hay que prevenir y evitar todo lo que sirva de traba á la libre acción; por eso la primera condición de la felicidad es la salud, y de ahí la fórmula definitiva de Cabanis en este orden de ideas, estimando la felicidad como «el libre ejercicio de las facultades, el sentimiento de la fuerza y de la facilidad con que se las pone en acción, en el bienestar físico, del que resulta el bienestar moral, que

no es más que el mismo bienestar desde otro punto de vista». Pero obrar no es agitarse, sino avanzar; no se aspira á retroceder ni á bajar; se aspira á marchar adelante y á subir; la dicha consiste, pues, no sólo en retener el bien, sino en perseguir y alcanzar lo mejor. La felicidad implica, por lo tanto, el progreso, y en Voltaire estaba ya depositado el germen de las ideas que Condorcet desarrolló sesenta años después. Y otra consecuencia de la teoría de la acción es que entre los dos motores que nos impulsan á la acción, el interés personal y el interés general, el que más felicidad nos proporciona será el que abra mayor campo á nuestra acción, que es el interés general. Y si la práctica de los deberes sociales es la causa principal de la felicidad, la dicha consiste en el deber: «ó la moral no es nada—decía Formey,—ó es la ciencia de la felicidad».

ESTÉTICA

LO LINDO Y LA MUJER CONTEMPORÁNEA.—Así se titula un artículo publicado por Peladan en la *Revue Bleue*.—¿Es lo lindo un diminutivo de lo bello?—se pregunta. El arte griego nos muestra á la vez sus Victorias y sus Minervas y las figurinas de Mirrina y de Tanagra; no preside la misma concepción en las estatuas que en los muñecos de Atica: en unas se busca el tipo, sin contingencias de tiempo ni lugar; en otras se expresa la visión accidental de la forma.

El carretero que al ver á la señora Recamier soltó una interjección admirativa, no hubiera dicho «¡qué hermosa mujer!» al encontrarse con la modistilla más vivaracha. En labios del obrero, *bella* quiere decir alta, fuerte, análoga á los modelos de dibujo, es decir, típica, alegórica de la especie; *linda* designará, por el contrario, una bachillerilla, quizá bajita, pero graciosa, pizpireta, de expresión encantadora muy viva. El siglo XVIII es lindo, y nadie lo llamará hermoso; los hombres mismos son coquetos en aquel período en que la mu-

jer domina, y Querubín, bajo el traje del indiferente de Watteau, simboliza la plástica de entonces. La Revolución dispersó y degolló la sociedad más cumplida que haya existido jamás; y esta sociedad se había especializado tan bien en el arte de agradar, que no supo defenderse y prefirió perecer á luchar fuera de las reglas y groseramente.

No hay actualmente una joven y linda mujer que no sueñe con el automóvil, es decir, con un traje informe, incoloro, que tiene algo del buzo y del esquimal, un traje que borra el sexo y que suprime el deseo de agradar; cuando baja de la máquina, el hambre, la sed y el sueño la agobian, come con gorra y no piensa en manejos de coquetería que pasarían desapercibidos para sus caballeros: la higiene aplaude; pero ¿quién ignora las innumerables antinomias que existen entre la belleza y la salud? Las reuniones mundanas no ofrecen tampoco al artista circunstancias favorables; después de la comida, los hombres se van á fumar, y las tertulias se reducen á conciertos aburridos, en donde las damas están alineadas en sillas y los caballeros agrupados á las puertas. Con estas separaciones, la mujer pierde la voluntad y la costumbre de agradar, y el hombre permanece indiferente hasta el momento en que se inflama.

Lo lindo, resultante de las costumbres, ha desaparecido: la prueba es el corsé recto, que suprime el vientre, pero también el talle, en provecho de la salud y en detrimento de la belleza. Desde los señores del bosquecillo del *Triunfo de la muerte* hasta las obras venecianas y boloñesas, los caballeros están mejor vestidos que las damas. Compárese el traje de los *mignons*, de los mosqueteros, de los marqueses de Molière, con el de las mujeres, y sienta mucho mejor y está tan adornado, y así lo sigue siendo hasta la Revolución. El bello sexo, según los museos y las estampas, data del momento en que el hombre abandonó su traje y se hizo feo, por abdicación inexplicable; desde el punto de vista decorativo se suicidó, y desde entonces la mujer pudo afirmar su privilegio por la demostración más completa cuando sale bien: la demostración *ad absurdum*.

La desproporción ornamental que agobia el aspecto masculino exalta, por el contrario, la gracia femenina, y cada moda se basa en la exageración de una dimensión: ora la vertical triunfa adelgazándose hasta el exceso, ora la crinolina ensancha la grupa hasta lo grotesco. ¿De dónde viene que el absurdo, en lugar de dañar á la coquetería, la da un picante imprevisto? De un factor poderosísimo: la sexualidad. Entre nosotros y la mujer, la corriente de concupiscencia falsea las relaciones del juicio, y el fenómeno de atracción abole la crítica: desde Cleopatra hasta las más seductoras contemporáneas, la belleza, verdadera ó supuesta, no ha desempeñado papel alguno en las pasiones inspiradas por la mujer. ¿Quién puede soñar con la Pompadour del Louvre, á pesar del prestigio histórico?

¿Qué obras del pasado podían rehacerse hoy, sirviendo de modelo la mujer contemporánea? La *Yoconda* de Vinci. En esta tela inmortal todo concurre á un efecto prodigioso, desde el fondo imprevisto, irreal, fabuloso, hasta el conjunto, que participa del de las Madonas, hasta la mirada omnisciente, que es la mirada propia de Vinci; hay en *Yoconda* poco que sea propio de su tiempo y de su lugar, y la obra maestra no es más que un juego divino de expresión entre la boca y los ojos: extinguió esos dos puntos de irradiación, y el alma de la esfinge desaparece; la *Yoconda* no es más que una mirada, pero que sólo tiene igual en la órbita de la esfinge líbica. La *Yoconda*, sin embargo, puede rehacerse hoy; hoy pueden encontrarse pupilas para incautarlas hasta lo infinito. La *Yoconda* es una concepción del misterio; y el misterio, que no tiene otro asiento que el alma humana, espera en 1906 como en 1500 al encantador que sepa evocarlo. En las razas latinas se encuentran siempre *Monna Lisas*; lo que no se encuentran son leones á lo Vinci que sepan pintarlas. Fuera de la belleza típica, no hay más que una mujer, la bella del corazón durmiente, que no se despierta si el dedo imperioso de la pasión no viene á despertarla.

El pintor ó el escultor de hoy cree más semejante su obra sorprendiendo á su modelo en el momento más flojo de su vida ordinaria, cuando los resortes morales se han distendido. Un rostro es una linterna, y hay que encenderla para hacerla mágica; sólo la sensibilidad preside á la significación de la mirada y de la sonrisa, y nuestros artistas carecen de sensibilidad; no ven más allá de la exterioridad, y tomando el medio por el fin, se les verá titular las figuras de mujeres por el color de su traje: «retrato blanco», «señora de amarillo». Los procesos intentados al arte contemporáneo se reducen á uno solo: la sensibilidad de los artistas se rebaja ó, más bien, se embota: no ven más que el cuerpo, y lo ven feo, difuso y enfermizo.

OCULTISMO

LA INMORTALIDAD HUMANA.—William James ha dado en Ingersoll una interesantísima conferencia sobre el tema que encabeza este trabajo, y multitud de revistas extranjeras la han reproducido.

La inmortalidad —dice W. James— es una de las mayores necesidades espirituales del hombre. Bien sabemos lo que dicen á esto, no sólo los fisiólogos, sino muchos laicos que están al tanto de la ciencia popular: ¿Cómo podemos creer en otra vida, cuando la ciencia ha demostrado terminantemente que nuestra vida íntima es una función de la materia gris de nuestras circunvoluciones cerebrales? ¿Cómo puede subsistir la función después de la descomposición de los órganos?

«El pensamiento es una función del cerebro.» La ciencia ha llegado á esta conclusión, y habremos de callarnos ante sus afirmaciones. Pero la cuestión es ésta: ¿es verdad que esta doctrina científica nos obliga á *no creer* en la inmortalidad? Reconozcamos que la inmensa mayoría contestará que *sí*, y que los que contesten *no* parecen ser unos inconsecuentes. La verdadera objeción contra la inmortalidad está, en efecto, ahí, y

lo que hay que demostrar es que, aunque la vida de nuestra alma sea literalmente la función de un cerebro que perece, es posible que la vida continúe, muerto el cerebro. Vamos á verlo.

Cuando el fisiólogo piensa que su ciencia corta toda esperanza de inmortalidad, afirma que «el pensamiento es una función del cerebro», y piensa lo mismo cuando asegura que «el vapor es una función de la ebullición», y la luz «una función del circuito eléctrico», y la fuerza «una función de una cascada de agua». En este último caso los diversos objetos materiales tienen la función de crear ó engendrar sus efectos, y su función puede llamarse *función productiva*. El fisiólogo piensa que lo mismo ocurre con el cerebro, que engendra en su interior la conciencia, como produce la colessterina, la creatina y el ácido carbónico; su conexión con la vida del alma debe también llamarse *función productiva*, y claro es que al morir el órgano, como la producción no puede continuar, el alma tiene que morir.

Pero en el mundo de la naturaleza la función *productiva* no es la única; hay también funciones *transmisivas* ó *permisivas*. La ballesta de un arco tiene función *transmisiva*: quita el obstáculo que tiende la cuerda y permite al arco volver á su forma natural; en el caso de un cristal coloreado, de un prisma ó de lentes de refracción, tenemos la función *transmisiva*: la energía de la luz es filtrada y limitada en colores por el cristal, como los tubos de un órgano dejan salir el viento de la cámara de aire por diversas vías y produciendo diversos sonidos: las voces de todos los tubos están contenidas en la columna de aire que tiembla al salir de ellos, pero el aire no es engendrado por el órgano.

La tesis de W. James es ésta: cuando pensamos en la ley que asevera que el pensamiento es una función del cerebro, no estamos obligados á pensar en la función *productora* únicamente; «tenemos el derecho y el deber de tener en cuenta la función *permisiva* ó *transmisiva*»; y eso es lo que olvidan los psi-

cofisiólogos comunes. Supongamos, por ejemplo, que el Universo entero de las cosas materiales sea una mera masa de fenómenos, y que la gran cúpula que nos oculta la gran antorcha supersolar pudiese hacerse menos opaca á ciertas horas y en ciertos sitios, y dejara pasar algunos rayos por este mundo sublunar: estos rayos serían rayos finitos de la conciencia, y variarían en cantidad y calidad. Llamadas de sentimiento, visiones clarividentes, corrientes de percepción, fluyen en el Universo infinito. Supongamos que nuestros cerebros sean como pequeños puntos, casi transparentes, donde está extendido el velo. ¿Qué sucederá? Que así como el aire atraviesa mi tráquea, mientras hablo, determinado y limitado en su energía y en sus vibraciones por la peculiaridad de las cuerdas vocales que forman mi voz, la materia genuina de la realidad atravesará nuestros cerebros con todas las limitaciones y formas de nuestra individualidad.

Cualquier hipótesis abstracta parece irreal: la idea de que nuestros cerebros sean tantos puntos transparentes en el gran velo ó que sean tantos lentes colocados fijos en el muro de la Naturaleza, transmitiendo luz de la surgiente supersolar, parece en verdad una imagen fantástica. ¿No es más verosímil comparar nuestra conciencia á una especie de vapor, de perfume, de electricidad nerviosa generada en el propio recipiente? La función no significa sino una simple variación concomitante. Cuando la actividad del cerebro muda de un modo, la conciencia muda de otro. Cuando las corrientes penetran en los lóbulos occipitales, la conciencia *ve* las cosas; cuando penetran á través de la región frontal interior, la conciencia *dice* las cosas á sí misma; cuando las corrientes se cierran, la conciencia se adormece; científicamente hablando, no podemos anotar más que el simple hecho de la concomitancia; y todo discurso, en pro ó en contra de la *producción* ó de la *transmisión*, ó sobre el modo con que se producen, es una hipótesis más, y una hipótesis metafísica. Cuando vemos el vapor que sale de una caldera, podemos imaginar que allí sólo hay una altera-

ción molecular. Pero en la producción del pensamiento por el cerebro los términos son heterogéneos, y nada podemos afirmar con seguridad.

La teoría de la *producción* no tiene más ventaja que la de ser más popular; la de la *transmisión* tiene cierta superioridad positiva. Es verdad que no puede concebirse exactamente cómo se efectúa el proceso de la transmisión; pero las relaciones *externas* del proceso alientan nuestra fe: la conciencia en este proceso no está obligada á ser engendrada de nuevo en gran número de casos; existe ya, coeva del mundo, tras los telones del teatro de la vida; esa teoría evita la repetición de los milagros, y está de acuerdo con la filosofía idealista, mejor que la de la producción; se armoniza también con la concepción de un límite, de un «umbral», cuya altura varía según las circunstancias; está también de acuerdo con esos fenómenos oscuros, conversiones religiosas, inspiraciones providenciales, vocaciones, presagios, curaciones, apariciones y toda la escala de las facultades medianímico-místicas, ocurridas en todas las edades de la Historia.

La acción de los sentidos es la que vence la resistencia del cerebro: mi voz y mi cara, por ejemplo, excitan vuestros oídos y vuestros ojos; por ellos vuestro cerebro se hace más permeable al conocimiento de lo que yo digo. Pero en los fenómenos misteriosos es difícil ver cómo los órganos de los sentidos pueden intervenir; un *médium*, por ejemplo, mostrará saber cosas que parece imposible que las haya sabido por conducto del oído ó de la vista. Por la teoría de la transmisión no ocurre que tales hechos sean producidos: existen ya en el mundo trascendente, y todo lo que ocurre para que aparezcan es un anormal descenso del «umbral» del cerebro para dejarlos pasar. En los casos de vocaciones, conversiones y alucinaciones mentales, parece como si una fuerza extraordinaria de fuera, distinta de la acción de los sentidos, hubiera entrado en la vida; todo lo cual se explica naturalmente por la teoría de la transmisión, y es paradójico y sin sentido en la de la producción. En la transmisión

sólo necesitamos suponer la continuidad de nuestras conciencias personales con un océano generador de todas las conciencias que permita á veces á las olas excepcionales saltar el dique.

Pero ¿de qué modo *positivo* la teoría de la transmisión ayuda á concebir nuestra inmortalidad? El espíritu moderno vacila en la fijación de los límites de esa inmortalidad. Si el hombre vive eternamente, ¿por qué no han de vivir lo mismo los animales? Y esta suposición nos aterra. William James confiesa que ha intentado representarse la cosa, y ha sufrido inexplicable opresión con la sensación de tal experimento; pero luego ha visto que en el fondo de esta concepción había un gran error, siendo lo maravilloso que nadie lo ve, y que resulta de una ceguedad que todos padecemos: la de nuestra inmensa vanidad, que pretende proyectar nuestra incapacidad en la vastitud del Cosmos y quiere medir las necesidades de lo absoluto por la mezquindad de nuestras personales necesidades. A nosotros nos asusta que la inmortalidad pueda extenderse á todos los seres animados, y ni siquiera comprendemos que hayamos de codearnos *per saecula saeculorum* con millones de hotentotes y zulús; nuestros antepasados iban más lejos todavía, y, cortando por lo sano, no admitían que los demás hombres que no fueran ellos pudieran tener otra aplicación que la de servir de combustible para las llamas del infierno.

La cultura moderna nos ha hecho más humanos, pero no nos ha despojado de prejuicios. Podemos admitir la inmortalidad para nosotros; pero nos agobia pensar que los demás vayan á gozar también de ella. ¿Para qué han de ser inmortales los chinos? Dios mismo no sabría qué hacer con tanta gente. Y engolfándonos en el asunto, nos sentimos presa del vértigo; comenzamos por dudar que la gran masa humana pueda ser inmortal, y luego perdemos la fe en nuestra misma personalidad. Ese es el estado de ánimo en que nos ponemos: pensamos que la multitud innumerable de seres es tal como se nos aparece, y cada uno dice para sí: «no necesito á éstos, y, por consiguiente, éstos no son necesarios».

Abramos los ojos, y veremos á cada uno de esos seres que nos parecen repulsivos, ó por lo menos indignos de la inmortalidad, vivir, con la alegría del vivir, una vida tan viva como la nuestra, y todos cumplen su misión. Cuando un hombre se despierta ó nace, no está otro obligado á dormirse ó á morir para mantener constante la suma de todos; la ley de la «conservación de la energía» del mundo físico no tiene aplicación al mundo espiritual. No hay límites al aumento positivo de los seres en su vida espiritual; y como el sér espiritual *desea* su continuación, la *oferta* de la vida nunca podrá exceder á la *demanda*. Dios, por otra parte, es fuente inagotable que no puede venir á menos; El, que tolera la existencia de nuestra pequeñez, puede también tolerar la existencia de infinidad de seres y cosas que nos son extrañas ó nos parecen despreciables. ¿No debemos querer que todo ramo y toda hoja de la selva salvaje de este mundo sea inmortal? El corazón del Sumo Sér no puede sufrir ni una sola de esas exclusiones que nos causan placer á nosotros, mínimos seres de corazón mezquino. El significado *cósmico*, el significado *íntimo* de las otras vidas excede á toda nuestra potencia de simpatía y facultad de visión.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	Págs.
<i>La guerra y la vida</i> , por Ricardo Burguete	5
<i>Madrid en 1833</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos	25
<i>Evolución penitenciaria</i> , por Fernando Cadalso.....	55
<i>Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	72
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	98
<i>Movimiento económico-social de España.—La política agraria</i> , por Francisco Espinosa y González Pérez.....	111
<i>España fuera de España.—Cicerón y los españoles</i> , por H. de la Ville de Mirmont.....	134
<i>En la niebla</i> , por Leonidas Andreief	158
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero	178
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	185